Conquistar a un Ogro



Hijas de la desgracia V

Laura A. López

Regenta

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Final
Continúa con la serie Hijas de la desgracia
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó Te robé el corazón, podría gustarte…
Biografía

Conquistar a un ogro

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

IMAGEN: PIXABAY



safecreative

2602234664584

INFO ABOUT RIGHTS

Capítulo 1

La residencia de lord John Preston en Londres quedó en silencio tras llegar de un baile en el que su hija, lady Camellia Preston, había bailado hasta el cansancio, pero sin hacer comentarios sobre los caballeros tensos que estaban en los salones.

En las calles también todo se sentía extraño. Hombres con casacas rojas recorrían la ciudad, cuando antes era menos común ver un despliegue militar. Su cuñado, lord Mulgrave, hombre había dejado su cargo como lord del Almirantazgo, trepaba las paredes cada vez que leía algún periódico y hablaba sobre navegar hacia América, a lo que su hermana se negaba con una vehemencia brutal, debido a que los padres biológicos de todas ellas habían muerto en un naufragio.

Camellia se quitó los aretes que le había obsequiado su cuñado Matthew años atrás y suspiró al guardar sus alhajas en el joyero.

—¿Qué es ese suspiro, querida? —indagó Martha, su madre.

—No lo sé, madre. Los caballeros al parecer no buscan esposa o tal vez no soy tan atractiva. Debería considerar la segunda opción a estas alturas, llevo dos semanas y lo único que se me acercó fue una mosca en la mesa del tentempié. Este asunto de buscar esposo me resulta extenuante. No sé cómo mis hermanas soportaron tanta desidia. Estoy a punto de publicar un anuncio en *El London Gazette* pidiendo que alguien con mis mismos intereses me pida matrimonio para evitar la fatiga de ir a un salón e intentar agradar a un montón de políticos, que lo único que hacen es reunirse en un rincón y hablar de dinero o de quién es peor entre los partidos. Francamente, estoy al borde de arrojarle un zapato a alguien.

—Oh, cariño. Te sientes extenuada. Nadie en la casa te está presionando para conseguir un buen esposo.

—Pero es mi deber. Estoy cansada de buscar en lo que se supone que es la buena sociedad. Solo me falta bailar con ratas para encontrar un buen candidato en una coladera de la ciudad.

—El problema es tu lengua. Deberías guardar un par de tus ideas solo para ti. No te hace daño soltarlas a tu almohada en la noche y no decírselas al público general.

—No es el problema, trato de ser correcta, me esfuerzo más de lo que se esforzaron mis antecesoras. Ellas se casaron con hombres ricos, atractivos y que las aman. Incluyendo a Iris, a quien no le dirigí la palabra hasta el año pasado por tomar riesgos innecesarios al casarse con alguien que tenía la reputación tan maloliente como el jardín de Versalles. La tiene viviendo como una verdadera reina y ella me restriega su felicidad junto al ladronzuelo como si él fuese de oro. Quizá me perjudicaron con su matrimonio y por eso no consigo a un sujeto desesperado por casarse y que me aliente a desafiar lo correcto para tenerlo.

—Oh, querida. Has bebido demasiado, no hay otra explicación para lo que te ocurre.

—Creo que no bebí lo suficiente para dormir al tocar la almohada. ¿No tiene un lugar para mí en su cama, madre?

—Eres grande para esas cosas...

—A lo mejor mi padre tiene espacio en la suya.

—No lo molestes, se encuentra un poco cansado y pensativo.

—Le faltan sus hijas, madre. Solo quedo yo y eso no es mucho consuelo después de haber vivido con cinco mujeres.

—Lo sé, pero es la ley de la vida. Tú también nos dejarás. Él y yo debemos aprender a vivir juntos y solos como en el principio. Este nido se está quedando vacío.

—¿Y si no me caso y me quedo con ustedes?

—No es mala idea, pero no realizarás tus ideales.

—Tal vez lo mío no sea casarme y mi objetivo sea parecer un parásito.

—Dices tantas tonterías... —Su madre le dio un beso en la frente y después le recorrió el rostro con los dedos—. Duerme bien, Camellia, mañana será otro día...

—Buenas noches.

Una vez que su madre salió de la habitación, esperó a que nadie hiciera más ruido y entonces se levantó de la cama para ir a la de su padre. Fue a hurtadillas hasta la puerta, la abrió y entró a sus aposentos como un ladrón en la noche. Aquel dormía de espaldas a la entrada, su cama amplia tenía mucho espacio de sobra que ella podría aprovechar para apolillar sin que nadie la molestara.

Corrió un poco la manta y se acostó.

—Todavía sigues moviendo la cama de la misma forma que cuando tenías tres años, Camellia... —comentó su padre.

—Creí que estaba durmiendo...

—Lo estaba, pero a mi edad el sueño es más ligero. Me levanto temprano como si necesitara aprovechar el día por más que trasnochara. El tiempo pasa y no se detiene, querida.

—No quiero que el tiempo continúe su camino, deseo que se quede congelado aquí, a su lado, junto a la persona que jamás me decepcionará.

—Mis hijas son mis tesoros y tú, como la menor, eres la más valiosa. No se lo digas a tus hermanas o tendré problemas de celos

y sabes que, ante cualquier confrontación, prefiero ganar con mi ausencia.

—Merecen saber quién es la favorita. —Camellia rio y después se puso seria.

—¿Qué esconden todos los varones de la ciudad, padre?

—¿A qué te refieres?

—No creo que la pésima reputación de Cedric sea el inconveniente para que estén poco interesados en las damas. Estuve observando y no soy solo yo el problema y tampoco es que sea poco atractiva. Los caballeros se susurran entre sí, hablan de clubes como Brooks's y White's, de Pitties y otras cosas que no entiendo. Además, hay regimientos con más frecuencia y ni siquiera hablemos de Charles, que está a punto de tener más canas por estar con un cuaderno en cualquier horario y querer subirse a un barco. Está demente... Simplemente, los hombres han perdido la cordura.

—No, querida. No hemos perdido la cordura, hay rumores de que algo grande se está gestando al cruzar el mar y todos están atentos.

—¿No me dirá de qué se trata?

—Tú mereces estar tranquila y disfrutar de tu vida. No ganas nada con chismes de caballeros. Recuerda seguir el consejo de Lily: huye de los políticos. Es lo mejor que te ha podido recomendar en toda tu vida.

La joven levantó una ceja, queriendo saber lo que solo ellos sabían que las convertía en ignorantes felices y arregladas. No le gustaba quedar al margen de nada. En algún momento esperaba que alguien dijera palabras de más para saberlo.

Después de un rato su padre le deseó buenas noches y los ronquidos empezaron. Lejos de odiar ese sonido, le recordaba a

cuando esa cama estaba llena de niñas que lo amaban. El ruido era como una canción de cuna para ellas, era casi melódico oír sus gruñidos.

Por la mañana, despertó sola en la inmensidad del lecho ajeno. Se desperezó y después salió de la habitación.

En el pasillo, la señorita Bruster iba con su libro. Esa imagen que durante muchos años la persiguió le hacía darse cuenta de que ella también había envejecido. No estaba gritando por cualquier escondrijo buscando a niñas que se comportaban como comadrejas escurridizas.

—Su madre ya sabe que la desobedeció al ir a la habitación de su padre —habló la institutriz.

—Buen día, señorita Bruster. Necesitaba un poco de cariño. No me quedaría sola en esa habitación tan grande. Ya no tengo hermanas con quienes podría dormir. Estoy sola, ¿o lo ha olvidado?

—No, no lo olvido. Todavía me queda un mes en esta casa. Aproveche mis consejos. En un par de semanas estaré educando a la hija de un duque. He sido tan afortunada. Por una niña me pagarán más que por las tres de aquí.

—¿De verdad también se atreve a dejarme?

—Es la ley de la vida de una institutriz. La recordaré siempre, al igual que a sus hermanas.

—Esto es tan deprimente. ¿Sabe que la temporada es un fracaso?

—Será un fracaso porque usted está buscando un buen candidato. La intención es buena, pero lo que debe hacer es buscar al peor de todos y escogerlo para ser feliz. Es una regla en la familia, vamos de mal en peor y lo sabe. Debe bajar sus expectativas. No busque un delincuente, ese puesto está cubierto. Busque algo más...

—¿Un político? ¿Un comerciante? ¿Alguien con mala reputación por ser libertino y arrogante? Necesito un buen consejo, señorita Bruster.

—Oh, fue más abajo que un delincuente. —Rio la institutriz—. Apunte a alguien que no la tolere, se divertirá mientras lo conquista. En esta casa los consejos convencionales no nos sirven ni para limpiar los oídos. Solo siga el ejemplo de lo que no se debe hacer y todo estará bien...

La mujer siguió su camino sin saber que había sembrado en Camellia la idea que ella misma había cultivado por años al observar a su alrededor. Sí, su familia era extraña. Cualquiera creería que, al tener padres tan maravillosos, sus vidas serían perfectas, pero a ellas no les gustaba la perfección. Una parte de las jóvenes de esa casa creían en la idea de reformar a alguien, sus esposos eran como proyectos de caridad, mientras que las otras ponían por encima de cualquier cosa la comodidad. Ella no sabía en qué puesto terminaría, si sería de que las recogía hombres rotos o de las que intentaría aplastarlos. Cualquier opción era posible.

La joven fue a la habitación que durante años compartió con sus hermanas y que en ese instante solo tenía su cama. Las otras, al igual que las de Lily y Daisy, fueron retiradas. La casa cada vez se sentía más grande, ella era la única encargada de llenar espacios, inventar sucesos e intentar acompañar a sus padres en este proceso difícil de dejar ir a sus hijas. Sus hermanos viajaban con frecuencia y pasaban poco tiempo bajo el mismo techo, por lo que no servían como compañía para nadie más que ellos mismos.

Bajó para el desayuno y encontró a sus padres avanzando al menos con la mitad de sus alimentos. Su padre tenía el periódico en la mano, pero al ver que ella se acercaba, lo dejó doblado en su regazo, ni siquiera intentó hacerlo.

—Buen día, ¿qué tiene de interesante el periódico? ¿Hay algún cotilleo? Estaba pendiente de la rana en la mesa del tentempié en el

baile de lady Arnold.

—No ha salido nada, querida. Lo mejor es que te informes de los chismes por las doncellas o el mayordomo —alegó su padre.

—Está bien. Al menos ellos tienen algo nuevo que contar, porque en esta casa hay demasiado silencio. Deberíamos invitar a todos a una gran cena.

—No es una mala idea —musitó Martha.

—¿Y qué harás? ¿Pelearte con tus hermanas? —cuestionó John.

—Y también con mis cuñados. Hay más gente para atentar contra la paciencia, ¿o no? Deberíamos probar el carácter de quienes se integran a la familia.

—Si quieres conservar tu mano, no lo intentes con Alexander —afirmó su madre.

—No arriesgo mi vida. Tal vez lo intente con Charles, como mucho me golpeará o quizá me sacará a la calle. A Matthew no le veo sentido poner a prueba su paciencia, tal vez termine impacientándome por su tranquilidad.

—¿Y por qué no lo intentas con Cedric? —cuestionó John.

—Dios me libre de desafiar al favorito de la familia, es probable que pierda mi lugar si lo miro de reojo...

John sonrió.

—No es mi favorito, Camellia, es mi practicante de leyes...

—Su mano derecha, el iluminado, un semidiós y mucho más. No quiera engañarnos y no se engañe. Tiene un favorito en esta familia y no es ninguno de nosotros, es él y nadie me convencerá de lo contrario. Cuando Cedric está, hasta se le ilumina el rostro y se

olvida de todos, solo existen sus papeles, leyes, clientes y todas esas cosas aburridas de las que siempre hablan... —se quejó la joven.

—Tiene un futuro brillante para ser un buen letrado. Ha pasado por las peores situaciones y ha salido victorioso. Es un hijo más para mí...

Capítulo 2

Los papeles se acumulaban sobre la mesa de Roger Cecil, conde de Warwick, alguien acostumbrado a hacer negocios con la madera y el acero. Los mejores y más lujosos carruajes eran fabricados por él. Ganaba mucho dinero con eso y se ocupaba personalmente de que todo marchara a la perfección.

Desde pequeño, nunca se había conformado con tener dinero proveniente de tierras. Las matemáticas fueron su pasión, por lo que siempre estuvo metido en libros de esa materia y hablaba sobre esos temas siempre. Él calculaba todo, no había algo que se le escapara, llevaba en mente cualquier pulgada, pies o yardas, lo que pudiese medir para llevar a cabo sus ideas.

Encontró potencial en la madera y el hierro, por lo que construyó sus carruajes. También contaba con un astillero y construía barcos para quienes lo quisieran, incluso para la Royal Navy.

A sus veintiocho años tenía ya un imperio que siempre dirigía con mano dura. No le preocupaba nada más que seguir construyendo un futuro para llenar sus arcas.

—Milord, el astillero está listo. La Royal Navy ha pedido que comencemos con los buques y la producción de armas... —pronunció Donald, su ayuda de cámara y asistente.

—Perfecto. No quiero que nos atrasemos. Estamos pendientes de los rumores que corren. Te dije que el panorama político cambiaría, Donald, no me creíste.

—Como usted dijo que eran solo rumores...

—Francia está pellizcando los brazos a otros países. Austria es el principio y no solo yo lo veo, también lo han hecho los consejeros de

Su Majestad. Inglaterra debe estar preparada para este destino inesperado para muchos. ¿Y las telas ya están listas? Necesitamos costureras.

—Las telas de algodón y lino están en camino. ¿Para qué las necesita? Es una cantidad desorbitada.

—Si los rumores de guerra son ciertos, seré el dueño no solo de las armas, también de los vendajes. Todas son oportunidades para aprovechar. ¿No lo crees?

—Eso es brillante, milord, aunque un poco frío. Quizá es mejor que no lo mencione frente a su abuela. Ella es una mujer sensible.

—Mi abuela ni siquiera está en Londres. Debe estar viviendo cómoda y feliz en Norfolk. Desde ahí no puede molestarme con sus ideas delirantes que me hacen perder tiempo. El tiempo es dinero y yo debo aprovechar cada segundo. Esta guerra es la oportunidad perfecta para proyectar mis negocios. Si hay algo que siempre existirá, son los conflictos. Habrá heridos y para ellos serán los vendajes y, para los muertos, fabricaremos ataúdes. Nos benefician los vivos y los no tanto...

Donald asintió. El conde era un hombre frío, poco sentimental y de nula empatía. Lo contrató porque era inteligente y entendía cualquier cosa que él pudiera plantear. No le gustaba dar vueltas, era directo y de pocas palabras. Siempre llevaba un cuaderno, una libreta y una regla que guardaba en su frac para medir cualquier superficie y después calcular su proporcionalidad. Era un prodigio para medir, calcular e ignorar a las personas y amar los números.

—Iremos al taller de carruajes y construiremos un espacio rápido para el corte y confección de los vendajes. Debemos evitar los desperdicios.

Su asistente fue el primero en salir del despacho, mientras él recogía sus planos, cuadernos y otros papeles. Cogió sus gafas y las

colocó sobre sus ojos. Debía aceptar que tenía problemas de vista por estar tan metido en los libros, por lo menos no los necesitaba cuando iba a algún evento social para hablar con personas importantes que le ayudaran a agrandar su imperio.

Mientras caminaba observando unas líneas de unos papeles, pisó algo en medio de su salón.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó al notar un bastón en el suelo. Se ajustó las lentes y lo miró con más atención, conocía a la perfección ese objeto. Al levantar los ojos, la vio, era ella, su abuela, el diablo encarnado.

—Sabía que algún día saldrías de ese despacho, Roger. Trae mi bastón. Lo dejé ahí para que no pasaras de largo.

Él obedeció y se acercó con sigilo para dárselo. Tan pronto ella lo tuvo en sus manos, comenzó a golpearlo con él en la cabeza.

—¡Basta, abuela! —espetó.

—No voy a parar, rufián. ¿En dónde está tu supuesta esposa? No existe, ¿no es así? ¡Me mentiste!

Roger puso los ojos en blanco al saberse descubierto.

—Sí, le mentí porque no quería perder tiempo en un salón.

—No puedes hacer nada solo, por eso vine para encargarme de ti y de que tengas una esposa. Créeme, querido, dormir con una bolsa de dinero no es tan placentero como hacerlo con una mujer. No te sonrojes, alguien tiene que decirte las cosas. Qué hubiese dado yo para que mi nieto fuese un hombre común, amante de las fiestas y las mujerzuelas. Tu madre era un ratón de biblioteca y eres exactamente lo que nunca quise que fueras.

—Gracias por el cariño, abuela. Debería estar agradecida porque no soy un libertino derrochador.

—Tu abuelo era un libertino encantador cuando lo conocí, al igual que tu padre, para después casarse con esa cosa que fue tu madre. Quiero que seas un joven normal, Roger. Necesitas dejar tus negocios en manos de administradores como cualquier otro noble lo haría. Eres como un esclavo de tu oficio.

—No quiero que nadie me libere de mi esclavitud, abuela. Estoy perfectamente b... ¡Abuela! —espetó al sentir que aquella lo cogió de la oreja.

—Escúchame, mentiroso. Te casarás esta temporada porque lo harás. Ya quiero morirme y no puedo hacerlo si no sé si existirá mi legado.

—Tiene mucha fuerza, abuela. Podría usarla para otras cosas que no fuesen torturar a su nieto más querido —se quejó.

—Porque lo eres debo insistir. Te comportarás como un hombre normal, irás a bailar y conversarás sobre asuntos convencionales. Mientras cuentes el peor antecedente, más mujeres se acercarán. Nadie quiere vivir con un matemático empedernido con sus negocios. ¿Escuchas? Lo harás porque le debes esto a todas las generaciones anteriores.

—Lo único que debo hacer es vivir mi vida sin que nadie me diga cómo.

Su abuela lo soltó y fue a sentarse, mientras lloraba desconsolada por lo que su nieto le había dicho.

—Morirás solo, Roger. La soledad es el destino más triste para una persona. Mírame, después de toda una vida ni siquiera tengo a mi hijo, solo estás tú y me odias...

Era muy rígido con todo, odiaba lo sentimental y no empatizaba con nadie, pero las lágrimas de su abuela eran como su talón de Aquiles. No le gustaba verla así, débil, ella era fuerte y decidida. Sabía que usaba trampas para manipularlo, pero siempre cedía.

—No puede hacerme esto. Debo ir al taller a ver los carruajes, tengo dos en armado, un Landau y un Berline.

—¿En qué interfiere mi pedido de que no te quedes solo? Puedes seguir haciendo lo que deseas siempre, pero con una preciosa esposa que te espere en casa, con hijos juguetones y educados.

—Me hará perder tiempo valioso que podría invertir en crear recursos. No necesito gente que me moleste. Una familia sería una molestia.

—Dime, Roger, ¿cuánto del oro que tienes irá contigo al infierno? Ni siquiera hablo del cielo, porque ahí no entrarás ni usando todo lo que has recaudado durante tu vida. Cuando mueres solo queda un cuerpo vacío. No te llevas nada de lo que construyes aquí. Hoy todo te llena de orgullo y te ayuda a vivir cómodo, pero la realidad es más cruel en la soledad. ¿Con quién compartes lo que ganas? Me haces un bastón cada año y, a medida que transcurre el tiempo, se vuelven más absurdamente caros.

—Hacer esto es lo que me hace feliz. ¿No debo vivir con felicidad y conforme con lo que hago? No me hace falta nada. No conozco ni quiero conocer nada más allá de mi mundo. No puedo querer algo que ignoro, ¿lo entiende? A usted la aprecio porque la vi desde que nací y si le pasa algo, lamentaré su pérdida. No me interesa nada más de lo que ya conozco.

—Respeto tu pensamiento miserable, querido. Si me quieres irás conmigo a los salones. Solo te pido una oportunidad para que abras tu mente y descubras que hay mucha felicidad en cosas ajenas a la riqueza.

—Una, solo una y es solo porque me chantajea. No malinterprete obligación con deseo, pues no deseo tener una abuela tan manipuladora. Si usted es así, una esposa puede ser mil veces peor. No quiero a una extraña viviendo aquí.

—Te acostumbrarás. Ahora, ¿me llevarás a ver los carruajes? Me aburrí esperando que salieras. Mis baúles ya están colocados en mi habitación. Querido, a esta casa le hace falta una mano femenina. Tu madre nunca fue un ejemplo, lo único bueno que salió del matrimonio de mi hijo con esa mujer fuiste tú, mi encanto.

—No me llame encanto, no quiero que los sirvientes se burlen de mí si la oyen decir eso.

La mujer sonrió como si nunca hubiese llorado. Era una verdadera actriz del drama y no sentía culpa por ello. Su nieto necesitaba conocer la vida fuera de las cuatro paredes que lo esclavizaban.

—Te diré cómo me gusta. Las personas creen que no tienes ni alma, ni vida. Si te digo motes cariñosos, creerán que no vives en una cueva primitiva.

—No toque la reputación seria que construí en todo este tiempo.

—Esa reputación la construiste desde que naciste. Eras el niño más callado, serio y amargado que conocí. Ni siquiera jugabas como otros y no hablemos sobre que odias montar a caballo.

—Pero sé boxear, ¿eso no es algo bueno? Los caballos son para los carruajes, ¿para qué incomodarme si puedo ir en un coche de lujo? Tonterías, abuela.

—Los hombres a caballo conquistan, querido. ¿No viste a tu primo lejano, Harry?

—Ah, Harry, el que vive de sus tierras y que siempre está presumiendo a alguna suripanta nueva en sus historias dantescas. Sí, lo veo y no lo envidio.

—No es necesario que lo envidies, sino que tomes las cosas con un poco de calma como lo hace él.

—Debe estar enfermo por tantas mujeres con las que estuvo. De hecho, considero que su pistola ya no tiene balas.

—Tu humor, encanto, debes mejorarlo. Así desagradarás más a la gente.

—Por supuesto, a la gente que no aporta ideas ni algo útil. Los hombres de negocios son mi objetivo. No quiero perder el tiempo con tonterías. Necesito estar ocupado haciendo algo.

El conde llevó a su abuela al carruaje, miró a su asistente de forma acusatoria, era evidente que él sabía que su familiar estaba en la casa y la dejó pasar. Ese corazón suyo era un problema para él, porque afectaba su paz y creatividad para los negocios.

Fueron a recorrer los talleres, mientras Donald conversaba con la abuela de Roger sobre las flores de su jardín. Él era un sirviente versátil, que sabía escuchar a cada tipo de persona. El más difícil de tolerar era el que le pagaba el sueldo, pero sabía que tenía un lado amable y que por eso seguía trabajando para él, de lo contrario, se hubiese ido tiempo atrás.

—¿Por qué no dejas de obsequiarme baratijas, Roger? Esto es lo que merece tu abuela.

—Abuela, ¿sabe cuánto cuesta este Berline? Es demasiado dinero.

—¿Es demasiado para desperdiciarlo en una anciana decrépita a la que odias y has desterrado a Norfolk?

—¡Condenación! ¡No diga esas cosas! Es solo que tendría que invertir demasiado dinero...

—Eres un tacaño miserable. Prefieres que tu único familiar cercano con vida muera por una espalda torturada en un carruaje común. No eres capaz de darle más comodidades a tu pobre abuela...

—El bastón es valioso.

—Pero no me ha servido para romperte la cabeza para que abras tu mente. Un carruaje me dará más opciones para ponerte tan cerca de Dios o del Diablo para que cambies de actitud. Si no me das un carruaje como este, olvídate de mí.

—Amenace con algo que importe, abuela. —Él rio con suficiencia.

—Claro. Hablaré con todos los varones de esta ciudad y contaré lo tacaño que eres y que odias montar. ¿Sabes cómo quedará tu reputación, querido?

—Bien jugado, abuela. Es demasiado astuta para ganarle. Son sus años de experiencia.

—Sobreviví a todos, Roger, no fue una coincidencia…

Capítulo 3

En casa de John Preston, sus hijas y yernos se encontraban en el salón. Habían ido a cenar. Los niños no estaban invitados a la cena y se quedaron en sus casas con sus respectivas niñeras. Era una noche para los adultos y eso incluía a Camellia en una mejor posición que antes.

—¿Es cierto que Camellia no ha cazado ni una mosca? —preguntó Cedric con una sonrisa burlona.

—No cazo insectos como tú, Cedric. Mi hermana tiene un complejo de rana y por eso le gustan las moscas —replicó Camellia.

El intercambio de palabras hacía reír a la mayoría, incluso al mismo Cedric que fue insultado.

—Eres una joven muy audaz para retar a un marqués, Camellia —afirmó Cedric.

—Con los títulos de todos ustedes podría formar la frase: «me da lo mismo». El único al que le tendré respeto será a mi esposo.

—Si es que lo consigues. Siempre puedes buscar en una taberna, solo nos falta un ebrio que no respete ni la ginebra adulterada —alegó Matthew—. Puedes extender la colección de personas malas o, simplemente, puedes intentar buscar a alguien decente, que no tenga apuros, problemas y toda esa parafernalia. Si encuentras a uno que cuente con esas características, me avisas, me haré su amigo.

—¿Y si buscamos un esposo para nuestra cuñada más joven en el parlamento? Hay mucha escoria en ese lugar... —propuso Charles.

—En verdad agradezco que quieran ayudar con sus ideas tan brillantes; sin embargo, es mejor que no escupan hacia arriba,

porque les cae el escupitajo en la cara. Traeré al mejor peor candidato que cualquier dama podría tener.

—Camellia, no digas esas cosas. Todos son buenas personas, tal vez con un defecto más sobresaliente, pero por algo están aquí —pronunció su madre.

—Sí, están aquí porque nos gusta la maldad. No hay otra explicación, no una convincente. Tal vez, la pérdida de juicio temporal.

—Exageras como siempre, Camellia. No importa lo que traigas a esta casa, sabes que será bien recibido —habló John, sonriente.

—No sé si lo querrá tanto como para conspirar en mi contra como lo hizo con Iris, padre. Usted metió a un delincuente en la familia.

—Cuida que no te falte un arete, Camellia —recomendó Iris—. La envidia hace que te olvides de lo importante...

La joven tocó su oreja para saber si aún los tenía. Achicó los ojos al darse cuenta de que su hermana se estaba burlando de ella por haber guardado sus pendientes cuando Cedric Harding era alguien a quien le picaba la mano y tenía que rascarse con algún objeto ajeno.

—Lo dice quien escondió la platería cuando mi madre y yo escondíamos telas...

Las risas estallaron. Iris no se ofendió, sabía sobre sus defectos y cómo fue prejuiciosa con el que después se convirtió en su queridísimo esposo.

—Esto se pone más divertido cada año. No sé si cuando William y Dimitry se casen, las cosas serán iguales —opinó Alexander, que después le dio un sorbo a su whisky.

—Para eso falta mucho. Todavía estamos explorando la vida —dijo William, sonriente.

—La exploración incluye una infestación de ladillas. Vaya forma de explorar —opinó Iris con una sonrisa burlona.

—Es lo mínimo que podían traer a esta casa. Lo único que deseamos es que tengan buenas esposas —comentó Primrose.

—Nosotros no pedimos que ustedes hicieran caridad con cada varón con mala suerte. No pidas demasiado, Primrose —gruñó Dimitry.

—Considero que, en este caso, Primrose tiene razón. No necesitan esposas indecentes que le hagan dudar de la paternidad de sus hijos. Sean inteligentes al escoger —recomendó Charles, que golpeó su copa de whisky con sus concuñados cercanos y alzó la copa para el lejano.

La noche continuaba entre burlas que, de hecho, se trataban de partes de la vida de aquellos que integraban esa familia o, más bien, de quienes la agrandaron. Camellia siempre se divertía con anécdotas de todos. Casi siempre contaban las mismas historias; era una forma distinta de vivir. Pasaron de ser nueve a sumar ocho miembros más, entre esposos e hijos. El mundo de su infancia había evolucionado. Quedaron atrás los días en que peleaban por listones, recibían bolsas de dinero para guardar silencio o no hacer escándalos, no había llantos por haberse estirado los cabellos al ser obligadas a un tratamiento de «arreglo de asuntos» que propuso su madre y eso evolucionó a un verdadero ajuste de cuentas cuando debían trenzar el cabello antes de dormir.

La vida era diferente para la familia Preston y ella no quería desencajar con la nueva dinámica. Llevar un esposo angelical a una de esas cenas sería como torturarlo en el averno. Necesitaba alguien de la misma calaña que ellos y Camellia suponía que no tendría inconvenientes para enamorarse, porque todas sus hermanas lo

hicieron. Cuanto menos recomendable era el candidato, mayor era el interés en casarse. Si todo estaba bien en su sangre, nada podría fallar con su idea.

Después de la cena, las visitas se retiraron y ella fue a su habitación, en donde prefería mirar por la ventana hacia el horizonte oscuro, iluminado solo por pequeños faroles muy separados entre sí. A la noche siguiente tenía una nueva invitación para un baile y ahí se encargaría de solo una cosa: buscar a los peores para sacar lo mejor de ellos y conseguir un esposo con potencial.

Durante el día, observó todos sus vestidos, algunos ni siquiera se los había puesto aún. Buscaba uno especial, que la hiciera verse como un espécimen inocente que necesitaba que alguien abusara de su bondad, era el cebo perfecto para un pésimo candidato. Estaba segura de que podría hacerlo. A veces creía que estaba enloqueciendo, pero buscar a los buenos no estaba resultando tan aceptable como ella pensaba. Sí existían hombres interesantes y atractivos, pero para ella no tenían esa chispa, algo que los hiciera especiales para alguien que venía de una familia de gustos exóticos. Quería alguien que encajara con su familia y su persona. No debería ser difícil encontrar el mal, las damas de esa casa los atraían.

Por la noche, su padre la acompañó al carruaje y la halagó porque se veía diferente a los otros días en los que salían para ir a los bailes.

—Te ves diferente, Camellia. ¿Qué estás tramando? —indagó John que la miraba con desconfianza.

—Lo mismo de todas las noches, padre. Necesito un esposo. A estas alturas, mis hermanas ya habían conocido a sus esposos. Siento que estoy atrasada.

—Querida, esto no es una competencia por quién se casa más rápido con una persona de dudosa reputación, riqueza o moral. Han

sido coincidencias, en nuestro caso, afortunadas. Todo tiene su tiempo, el tuyo llegará.

—Quiero que llegue pronto y, si necesito forzarlo, lo haré.

John negó con la cabeza. Si algo tenía Camellia era el dramatismo y la impaciencia. Era capaz de actuar sin pensar con tal de no desencajar. Sin proponérselo, sus hermanas habían establecido una especie de norma: conocer pronto a sus futuros maridos y comprometerse antes de que terminara la primavera. Su hija menor sentía una presión en el pecho al pasar varias semanas en el mercado matrimonial sin haber encontrado siquiera un candidato con quien competir.

Camellia se mantuvo en silencio durante el trayecto en el carruaje. Sus padres hablaban sobre todo un poco, mientras ella se concentraba en ajustar su estrategia. Su idea no era algo que estuviese decidida, sino que actuaría sobre la marcha de acuerdo al escenario que se le presentara.

Al llegar, los anfitriones los anunciaron y saludaron antes de hacerlos pasar. Ella observaba con interés lo que ocurría a su alrededor. Como siempre, los caballeros se mantenían en grupo, alejados de las damas que parecían formar otro. Parecía cualquier otra noche normal en la que sería ignorada una vez más, aunque en esta oportunidad recabaría información sobre los peores caballeros en ese salón.

No tardó mucho en oír lo que deseaba.

—Lord Inverness ha estrenado nueva amante, por lo que, en esta temporada, quizá no tomará esposa y seguirá con su habitual tradición. Pronto llegará a los cuarenta y, según la gente que lo conoce, hace lo mismo. Quizá sea una táctica para evadir una temporada más, jamás lo sabremos... —dijo una mujer de una tertulia cercana a Camellia.

—Sí, también dicen que el duque de Fife está en una situación desesperada, buscando a una candidata con mucho dinero. No cualquiera podría ser la duquesa. Está tan empobrecido que ni los prestamistas le dan el saludo por temor a no recuperar nada de lo que le prestan. Es casi un paria con título... —comentó otra del mismo círculo.

Mientras hacía balance de los presentes, anunciaron a un caballero. El murmullo general eclipsó de inmediato a los otros candidatos defectuosos, a quienes ella ya había diseccionado con sus proyecciones.

—Después de mucho, su abuela lo trae otra vez. Esta temporada es la peor en mucho tiempo, lord Warwick solo vive para ignorar a cualquiera y tiene un humor horrible. Quien fuese su esposa será la criatura más infeliz de Inglaterra... —recitó la primera mujer que había hablado mal de lord Inverness.

Un nombre más estaba en la lista de solteros apetecibles. Tenía a un mujeriego, un pobre diablo y un ogro. Debía conocer a dos de ellos, no podía llegar a un hombre en la ruina cuando la competencia en la familia ya era feroz. Quedaba entre el amante de suripantas y el más alegre del baile.

La parte fácil era conseguir bailar con el libertino, la misión más dura sería el otro, el ogro. Debía idear un plan para hacerlo. Ella era una gran actriz, por lo que eso debería servirle para algo.

—Madre, iré a la mesa del tentempié... —anunció la joven.

—Pero si apenas hemos llegado, Camellia. ¿Qué estás pensando?

—Sí, Camellia, dinos qué quieres hacer —pidió su padre que la conocía tanto como su madre.

—Está bien... Quiero conseguir bailar con los peores candidatos a esposo. He escuchado dos nombres: lord Inverness y lord

Warwick...

El letrado cerró los ojos al oír cada uno de esos títulos, uno peor que el otro.

—¿Eso de los peores candidatos era verdad? —cuestionó Martha.

—Sí, no quiero a ningún buen partido. No encajaría en la familia. ¿Imaginan que Alexander cuente lo del obsequio de bodas para Charles y Daisy? Creo que no será agradable para una persona convencional oír que tiene un concuñado que envía presentes excepcionales. Y ni hablemos de que sabrá que estará sentado junto a un salteador de caminos jubilado. Solo piénsenlo.

—¿No puedo persuadirte de que busques algo más honorable que un libertino? —curioseó su padre, esperanzado.

—Por supuesto, todavía tengo al ogro.

—Lord Warwick es una persona poco agradable. Es aburrido para ti, es un hombre de negocios que ignora a las mujeres con alevosía, sería humillante que te acercaras y terminara rechazándote. Muchas lo han intentado. —Su padre quería persuadirla.

—Muchas, pero yo no. No pienso abordarlo. Es evidente que tiene un punto débil: la mujer mayor que lo acompaña. ¿Para qué tirarle al ave si puedo echar el nido?

—Usas tu inteligencia para el mal, jovencita. Deberías reconsiderar —murmuró su madre.

—Intentaré lo que tenía pensado. Ustedes solo esperen y verán cómo consigo su nombre.

Ajeno a los planes de Camellia, se encontraba Roger en compañía de su abuela. Él ya estaba nervioso por culpa de que

aquella anciana quería que encontrara una mujer. Su objetivo era sencillo: sobrevivir esquivando mujeres. No le resultaba una odisea, pero era lo que sabía hacer. Ni siquiera sabía tratar con una dama. Nunca escuchó a su preceptor en algo distinto a las materias que le enseñaba. Tuvo que aprender a bailar porque aquel lo había amenazado con no avanzar a cosas más interesantes.

—Deja esa libreta o te la meteré en la oreja —amenazó su abuela, que, seria, saludaba a los demás asistentes.

—Es lo único que puedo hacer. Necesito verificar mis cálculos.

—Lo único que verificarás será tu respiración después de que te golpee si no dejas eso.

Capítulo 4

Él tuvo que guardar su libreta porque sabía que su abuela podría cumplir su amenaza, lo dejaría avergonzado y él perdería negocios por no poder manejar el carácter de una mujer peligrosa con un bastón.

Antes de que pudieran adentrarse un poco más, una joven pateó el bastón de su abuela y casi la tiró al suelo. Roger reaccionó para coger a la anciana, al igual que la persona que lo había hecho.

—¡Oh, lo lamento! —expresó Camellia con ambas manos sobre su pecho. Agradó sus ojos fingiendo estar aterrada. Su rostro completo era la viva imagen de la inocencia.

La mujer mayor se incorporó con un poco de dificultad y le sonrió a la joven, conmovida por su rostro que parecía arrepentido.

—Tenga cuidado, es una anciana, no frágil, pero puede ser malvada desde una cama —masculló Roger mirando a la joven de ojos grandes y azules. No pudo sostenerle la mirada mucho tiempo porque no estaba acostumbrado a hacerlo con las damas, se sentía cohibido y eso lo hacía ponerse a la defensiva. Se sentía más cómodo junto a los caballeros. Con un solo vistazo pudo darse cuenta de que era hermosa. Por lo que sacó de nuevo su libreta y fijó sus ojos ahí una vez que su abuela se enderezó.

—Lo lamento tanto, espero que me disculpe, milady. A veces soy tan torpe...

—No le haga caso a mi nieto. Roger es un verdadero patán a veces. Querida, ¿cómo es su nombre?

—Lady Camellia Preston....

—Preston... ¿Preston el letrado? ¿Es su tío?

—Más bien es mi padre. Me crio desde que tenía un año porque mis progenitores murieron en un naufragio.

—Oh, lo siento mucho, querida.

—No tengo recuerdos de eso, gracias a Dios, solo de mis cariñosos padres, John y Martha.

—Es un placer conocerla. Siendo la hija del letrado, creo que no solo le acompaña la belleza, sino también la suerte... Le presentaré a mi nieto. Él es Roger Cecil, conde de Warwick...

Cuando su abuela se dio vuelta para mirarlo, este tenía su libreta cubriendo su cara.

Camellia quería reír, pero no podía porque estaba metida en el personaje de la niña torpe y arrepentida. Lord Warwick era un caballero de voz muy gruesa, casi como si diese órdenes todo el tiempo. También contaba con gran atractivo, era alto, de nariz recta, cejas gruesas y oscuras, su cabello era negro como la noche y sus ojos grises como el acero, al menos en lo que pudo ver.

Antes de que su abuela pudiese decirle algo, ella colocó su mano frente a la libreta de él, interrumpiendo su vista. Roger observó la extremidad y después levantó la mirada hacia la joven. No podía creer su atrevimiento.

La dama mayor rio al notar la audacia de la hija del letrado. Esa era la mujer que necesitaba su nieto para abrir los ojos. Ella tenía lo que a él le faltaba.

—Es un placer conocerlo, milord.

El conde tuvo que ceder ante esa mano a punto de meterse en su boca. La cogió sin mucho cuidado y casi la acercó con fuerza, haciendo que ella se tambaleara un poco.

—El placer es mío... —Él dejó el beso, pero no le dirigió ni una mirada, mientras que ella parecía estudiarlo a cada paso.

—Roger, anota tu nombre en su carnet, bailarás con ella.

—Pero...

—Hazlo, querido. Esta niña es encantadora.

Camellia alzó una ceja con suficiencia. Era evidente que tenía que atacar el lado más débil de la cuerda. Nada peor que un ogro dominado por su abuela.

Roger deseaba estallar; sin embargo, no sería bien visto. Además, ella era la hija de uno de los letrados más influyentes de la ciudad, le convenía intentar poner una sonrisa, aunque no recordara nada sobre los convencionalismos sociales. Anotó su nombre en el carnet de la joven, aunque seguía evitando su mirada. Debía ser capaz de hacer que sus demonios quedaran enterrados en su garganta y no pegara el grito al cielo por lo que le estaba haciendo la anciana.

—Lo veré cuando sea el momento, milord. —Camellia hizo una venia para el conde y su abuela.

La abuela de Roger le golpeó el pie con su bastón para que dijera algo.

—Así será, milady... —logró articular después de hacer una mueca de dolor casi imperceptible.

Cuando Camellia se retiró, Roger miró a su abuela con desaprobación.

—¿Quería que me pusiera como alfombra para esa mujer? No conforme con ser torpe, es maleducada. Estaba leyendo, no puede interrumpirme.

—Edúcate, Roger, es un baile. La gente viene a bailar y no a leer. Eres horrible intentando conversar con una mujer.

—No me interesa conversar con ellas, no tengo talento para eso.

—No se necesita talento para conocer a una dama, solo predisposición. Deberías poner de tu parte. Es la hija de lord John Preston. Si realmente sabes hacer negocios, conoces a este hombre, aunque sea por nombre.

—He oído hablar de él. Tiene buena reputación, aunque hace como dos años estuvo envuelto en un asunto vidrioso con el marqués de Richter.

—Solo fueron chismes sin fundamento. Terminó aclarado. Ahora tienes una oportunidad de bailar con alguien que tiene lo que se requiere para ser tu esposa: buen nombre, una familia adinerada y es preciosa. Es tu antítesis.

—No se haga ilusiones, solo vine a cumplir con lo que pidió y, considero que esta dama ha hecho que su única oportunidad se pierda para siempre.

—Eso es lo que tú crees, encanto...

Después de eso, Roger pudo concentrarse en hablar con conocidos. Lo hacía con soltura, tanta, que Camellia no podía creer que ese fuera el mismo hombre que no se dignó a mirarla ni siquiera una vez. Para ser un ogro, se veía demasiado amistoso.

Le intrigaba la diferencia de trato; quizá actuaba diferente según el género, como sus cuñados con su padre. El lenguaje masculino, pensó, no se centra en agradar, sino en conquistar para obtener algo.

El conde hablaba sobre el rumor que corría sobre Austria y muchos de los hombres que estaban ahí eran de negocios o tenían a

alguien en algún estamento militar. Les resultaba preocupante que Francia fuese a por Inglaterra.

A pesar de lo preocupados que parecían, Roger no empatizaba con ellos, enseguida comentó sobre sus inversiones. Los otros estaban impresionados por su frialdad, aquel hacía números con los vivos y los muertos, pura matemática infernal. Mientras él disgustaba a la gente con sus negocios a costa del dolor ajeno, sintió que su oreja comenzaba a arder y también incomodidad, como si estuviese siendo espiado. No se equivocaba, miró a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de Camellia.

La picardía brillaba en su mirada. Ella parecía ser más de lo que estaba dispuesto a tolerar. No era tonto, a su abuela le había encantado la joven y él comenzaba a sentirse asustado por su destino y el de su tranquilidad. Aquella parecía no conocer la palabra «no» aunque la deletrearan mil veces.

Él desvió los ojos para evitar seguir viéndola. No le temía a ninguna mujer, pero siempre mantenía distancia. Sabía que una dama era capaz de tirar por tierra el imperio más próspero. Su abuela era el ejemplo perfecto, consiguió sacarlo de su casa para algo distinto a hacer negocios, pero si algo tenían en común era la terquedad, y él no se dejaría avasallar, al menos no tan fácilmente.

Cuando llegó el momento del baile entre Camellia y Roger, este pensaba que, hablando de oportunidades y de mucha matemática, ella se olvidaría de que él había firmado con su nombre en el carnet. Fue un error, la joven fue a buscarlo con la determinación impregnada en su rostro.

—Buenas noches, caballeros... —saludó Camellia con una sonrisa y unos movimientos graciosos de sus manos al hacer una reverencia.

Los que acompañaban a Roger correspondieron con amabilidad. Uno de ellos se acercó a la joven.

—¿Le molestaría que llenara su carnet? —preguntó aquel con una amplia sonrisa.

—Por supuesto que no, caballero. Estaré encantada de bailar con usted —correspondió—. Ahora es el turno de lord Warwick.

El conde se sonrojó al notar las miradas de todos, como si no creyeran lo que estaban oyendo.

—Qué afortunado, lord Warwick. Aproveche el tiempo, le hace falta diversión —comentó uno de los hombres que integraba la tertulia, se sentía aliviado de librarse de él al menos por media hora. Le resultaba agradable, pero era demasiado calculador para su gusto.

Los otros asintieron al oír al otro varón decir esas palabras. A Roger no le quedó más que acercarse a Camellia. Uno de ellos le hizo un gesto para que le ofreciera el brazo a la dama, por lo que este lo imitó, estaba oxidado en cuestión de modales. Su roce con mujeres fue escaso a lo largo de su vida y obligado por su padre que era bastante liberal. Después de que él falleciera años atrás, no volvió a ningún burdel para disfrutar de los placeres de la carne. Admitía que era placentero, pero no le apetecía salir de su casa para perder el tiempo intentando conquistar a alguien que a la larga terminaría ignorando, porque para él lo más importante era demostrar sus conocimientos.

Camellia cogió a Roger del brazo y lo apretó con fuerza contra ella.

—Pensé que seguiría escondiéndose, lord Warwick...

—No firmé para charlar, era para bailar, milady... —aclaró observando hacia el frente sin dirigirle una sola mirada a la joven.

—Es parte de lo que incluye. Usted es tan raro como todos los caballeros de este salón. Se reúnen y cuchichean. Son pocos los que se arriesgan a un baile o a una conversación con una dama.

—Hay cosas más importantes que casaderas desesperadas, milady.

—Alúmbreme con su sabiduría, lord Warwick. Le recuerdo que puede que hoy las damas seamos casaderas desesperadas; sin embargo, ¿quiénes son los que rogarán por un heredero para dejar su dinero y apellido? Ustedes necesitan más de nosotras que nosotras de ustedes, ¿o no? Es solo cuestión de tiempo. Mi padre dice que es mejor no quemar puentes, sino construir otros más fuertes. Cualquier ofensa contra una mujer puede utilizarse en su contra.

—Entiendo su punto, pero hay cosas más importantes que dejar un heredero ahora mismo, muchos ni siquiera alcanzarán a hacerlo.

—¿De qué está hablando?

—No es asunto de mujeres, por eso ustedes están tranquilas, es cosa de hombres.

Ella se mordió la lengua para evitar decir algo de lo que se arrepentiría. Ese hombre podría ser capaz de sacar a la luz lo peor de su personalidad. Él también sabía algo que muchas ignoraban o que no sabían que era preocupante.

Llegaron hasta el centro del salón para comenzar el baile. En ese instante, Roger cayó en cuenta de que no estaba seguro de poder recordar los pasos que le obligaron a saber de memoria. Consideraba que había reemplazado esos conocimientos absurdos por otros mejores, por más que la gente decía que el saber no ocupaba lugar, pero él consideraba que lo absurdo acaparaba uno importante que podría usar para cosas relevantes.

Mientras que él intentaba adivinar los pasos del baile, la joven frente a Roger parecía buscar sus ojos y aquel la esquivaba porque no le gustaba mirar a nadie que lo incomodara y ella comenzaba a resultarle demasiado mandona e interesada en sacarle información.

Aquella notaba el malestar de Roger al intentar ubicarse antes de que sonaran los acordes. En parte le divertía su actitud y, aunque era evidente que de agradable no tenía mucho, tampoco era el demonio que habían descrito las mujeres a las que oyó. No sabía si encajaría en el perfil de «malvado» que ella buscaba. Ser ogro era detestable, aunque soportable hasta cierto punto. Necesitaba ver un poco de su villanía, mas este no parecía distinguir la izquierda de la derecha al momento de bailar.

—¿Se le olvidó cuál es la derecha? —se burló Camellia, llamando la atención del conde con ese dicho.

Capítulo 5

—No soy alguien humorístico, pero le advierto que alguien saldrá con los pies planos y no seré yo —espetó Roger con molestia.

—Escuché que lo llaman el ogro. Supongo que se debe a su escaso sentido del humor... —alegó apretando la herida.

—Si a trabajar arduamente le dicen ser un ogro, lo soy. No me interesa perder el tiempo en nada que no sea redituable.

Los acordes comenzaron a sonar y la mayoría hizo el saludo correspondiente antes de empezar la pieza, salvo Roger, que miró a los demás antes de hacerlo.

Los pasos que daban eran desastrosos. Una piedra tenía más sintonía que este hombre. Al parecer, sí cumpliría su palabra de aplastar sus pies.

—¿En qué trabaja, lord Warwick? —preguntó, intentando no ser pisada por él. Para su buena fortuna, su vestido cubría sus pies y él debía adivinar en dónde estaban para pisarlos.

—El trabajo de un caballero no es del interés de una dama.

—Qué lástima que no quiera contarme sobre lo que hace. Quería compararlo con mis cuñados, que son hombres de negocios. Uno de ellos tiene una gran mina en América, otro en la India, el siguiente cuenta con contactos importantes en el gobierno por haber sido lord del Almirantazgo...

Para Roger la joven dijo las palabras mágicas: influencia, dinero y posición.

—Por fin habla de cosas interesantes, milady...

—¿Por lo menos sabe mi nombre?

—No lo recuerdo, quizá lo dijo, pero me interesan los nombres de sus cuñados.

—No se los daré si usted no me dice a qué se dedica. La mayoría de los caballeros no hacen nada más que beber e ir a burdeles.

—Me parece justo pasar información, por información. Algunas damas saben negociar...

Era inevitable que la ceja de Camellia se levantara sola al oírlo decir eso. Por supuesto que la negociación estaba a la orden del día en su casa, sin eso no existiría un cierto nivel de supervivencia.

—Lo escucho...

—Tengo un astillero, un taller de carruajes de lujo. Producimos los Landau y Berline. También cuento con tierras productivas, inversiones con otros nobles y comencé con la producción de armas para los regimientos británicos, desde espadas hasta otros tipos.

Al oír sobre regimientos, casi lo confirmaba.

—¿Existirá una guerra? —cuestionó con preocupación.

—No podría asegurarlo. Los regimientos se renuevan. Además, no es asunto de una dama preocuparse por guerras.

—Nadie quiere decirlo, pero el ambiente es tenso. He visto a los soldados en la ciudad intentando conquistar jovencitas...

—Una gran pérdida de tiempo. Deberían pensar en cómo sobrevivir si algo ocurre...

—Piensa con la cabeza helada, decir fría sería minimizar sus palabras.

—Es la realidad. No me gusta hablar de fantasías, ocupa tiempo innecesario en la vida. Ahora, hable de sus parientes...

Comenzó a describir a cada uno de ellos con amabilidad, no contó ninguno de los defectos que tenían y que los habían llevado a integrar la familia. Veía el rostro de lord Warwick sonreír y este podía mirarla por primera vez en toda la noche, pero no porque quisiera algún contacto con ella, sino por lo que le contaba que podría obtener de otros.

Lord Warwick había oído hablar de todos ellos, aunque sabía pocas cosas en realidad. Ella era quien estaba metida en el día a día. Esos caballeros eran personas interesantes con las que podría conversar para emprender algún nuevo imperio. A él le gustaba pensar, tenía excelentes ideas. Calculaba el tiempo justo para cada cosa, por lo que tenía un gran apartado para conocer gente nueva con la que pudiera compatibilizar en los negocios. No le importaba la vida personal ni los problemas de nadie, era simple, directo y sin empatía. Después de tantos años, una mujer tenía su atención completa, a la vez que la oía, notó su belleza y carisma. Irradiaba confianza con lo que decía, a la par que él intentaba no caerse durante el baile, pero, de todas formas, no se confiaba con lo que esta dama podría hacer. La picardía era sinónimo de astucia. A pocas casaderas les importaba que la víctima fuese o no un ogro, solo el dinero que podían gastar era lo importante. Esta no podía ser diferente al resto.

—Puedo presentarle a mis cuñados, pero para eso, tendrá que conseguir una invitación de mi parte... —afirmó Camellia, sonriente, al darse cuenta de que tenía su atención. Cuidaba cada detalle de su actuación para que este hombre se acercara a ella por cualquier razón.

Ahí estaba. Eso le confirmaba que no podía confiar en la astucia de una dama. Estaba a punto de jurar que olía el azufre del infierno alrededor de ella. Apenas pudiese, debía huir, porque esta joven lo desplumaría como a una gallina que se convertirá en sopa.

—¿No cree que pueda conseguir esa presentación yo solo?

—Mmm... No entrará a ese selecto círculo si yo digo una sola palabra. Créame...

—Está bien. Siempre me sacrifico por mejores cosas. Puedo negociar el precio de las piedras preciosas para mis carruajes.

—¿Siempre se preocupa tanto por cosas de su trabajo?

—Si no me preocupo y me ocupo de lo que me pertenece, ¿quién más lo haría?

—Un admirador, milord. Para eso existen.

—Si algo sé es que no confío en ellos...

La pieza terminó y ambos se saludaron. Roger parecía aliviado al dejar a la joven. Tuvo su primera buena conversación con alguien después de años, pero no volvería a ocurrir, aunque estaba obligado a acercarse a ella por este asunto de sus contactos; sin embargo, se creía lo suficientemente inteligente para acercarse por su cuenta y hacer el trabajo. Ella solo pensaba en meterlo en su ridículo y convertirse en condesa, con o sin su consentimiento.

Antes de que él se retirara, ella carraspeó la garganta y lo cogió del brazo. No pensaba ser humillada por un inadaptado.

—Debe pulir sus modales, lord Warwick. Si yo hubiese tenido la penosa idea de abandonarlo, al día siguiente estaría comenzando una larga lección con mi institutriz que me hará repasar años de conocimientos solo para que pudiese comportarme —comentó.

—No tengo esas complicaciones femeninas, se me permite ser como deseo. No debería presumir sus castigos, a nadie le importa.

Ese hombre era tan grosero, que no había forma de llamarlo caballero, pero estaba conforme con todo lo que había obtenido de información. Ella debía comenzar a poner el palo en la rueda para que él no pudiese tener vía libre hacia sus cuñados.

—Debe devolverme con mis padres, ¿lo sabe? —indagó Camellia que todavía seguía agarrada del brazo de Roger.

—Este asunto de los bailes me resulta cansado. ¿Por qué tantas concesiones?

—¿De qué concesiones habla? Solo debe ser amable con los otros mortales a su alrededor. Debería ser más sociable.

—Soy tan sociable como se puede.

—Pero por interés. Eso solo lo llevará a ser soporífero para el resto. Si habla de otras cosas distintas a los negocios, quizá hasta consiga esposa. Con su forma de ser eso sería demasiado.

—¿Para qué quiero una molestia? Las mujeres solo gastan, cacarean en la oreja del hombre hasta volverlo loco... Solo mi madre nunca fue así, era alguien ejemplar.

—Si usted sigue ese mismo patrón, se quedará sin descendencia. He aquí una nueva pregunta, ¿cómo fue concebido usted? Debe ser adoptado.

Él miró a Camellia con enfado. Era evidente que su padre hizo todo lo posible por meterse en la cama de una mujer estudiosa hasta que logró su cometido.

—Ese no es asunto suyo.

—Recuerde que debe tener esposa pronto. Ya se le comienzan a ver las canas, y eso no siempre es sinónimo de sabiduría, más bien indica que el tiempo pasa porque el reloj no se detiene.

—Habla tanto que me duele la cabeza. En el hipotético caso de que quisiera casarme con una dama, esta sería al menos una mujer instruida...

—Todas hemos sido instruidas para lo mismo. Solo tiene que escoger quién lo tolere...

Camellia se sentía en las nubes al oír el chirrido de los dientes del ogro. Era evidente que trataba de atajar sus demonios para no decirle nada. Aquel cuidaba mucho su vida social y ella, pues tenía de su lado una reputación golpeada por la última inclusión familiar.

John observó al joven con el que se acercaba Camellia. Suponía que ese era el escogido por su hija para probar sus teorías. Conocía a lord Warwick y lo hacía más por lo que el resto decía sobre él, que por lo que podía saber de sus negocios. Para su buena fortuna, no tenía ningún cadáver en el armario, era correcto hasta la médula. Buscaba aumentar su fortuna de manera lícita y amaba más el trabajo de lo que podría amar otra cosa. Dentro de las líneas generales, era un excelente candidato, pero en lo que respectaba al nivel de atención con las mujeres, los débiles y los necesitados, este hombre reprobaba con honores.

—Lord John Preston, ¿cómo ha estado? —preguntó Roger como saludo.

—Triste porque no tiene problemas legales, lord Warwick... —replicó con humor.

—La gente correcta jamás los tiene, letrado. He venido a dejar a su agradable hija... —comentó separando su brazo de Camellia.

Ella sonrió al darse cuenta de que podía ser amable y tener modales, solo que no quería usarlos con damas.

—Espero que se divirtieran... —pronunció John al estirar la mano para que su hija la cogiera.

—Sí, ha sido una salida interesante. No creo que regrese a los salones en un buen tiempo. Fue un placer conocer a su hija y poder saludarlo. Espero conocer pronto a los cuñados de los que me habló milady...

—Así será, lord Warwick... —El letrado hizo una inclinación de cabeza, mientras Camellia se despedía con una reverencia al igual que su madre. Una vez que el conde se retiró, John abrió los ojos y suspiró—. Qué hombre más intenso...

—No lo noté tan intenso —comentó Martha con tranquilidad.

—Mi padre tiene razón, es grosero, intenso y prefiere a los varones antes que a las mujeres. Es repugnante... —comentó Camellia.

—Es bueno que te des cuenta de eso. Lo mejor que puedes hacer es buscar a un buen candidato, querida. No necesitas que encaje en nuestro círculo, solo tiene que ser un buen esposo —afirmó su padre.

—No me malentienda, padre. Él es perfecto para reformar. Es el esposo perfecto, la pieza que encaja...

—Estás perdiendo el juicio, Camellia. Oh, John, haz algo...

—Hija, él no necesita ser reformado, no quiere. Tiene todo en orden. Escucha, dentro de lo que tú encuentras como defecto, es un hombre con todo en regla. No te conviene, es un pretendiente decente, pero inconveniente porque jamás te corresponderá. No tendrás lo que tus hermanas tienen...

—Lord Warwick tiene todo lo que necesito. Es un reto, mi obra de caridad, lo que demostrará que merezco pertenecer a esta familia y él también. No dejaré que los hechos arruinen una buena fantasía, padre.

—Tus hermanas huían de los que hoy son sus esposos. Deberías seguir el ejemplo si quieres tener lo que ellas poseen. Buscarlo solo te humillará, querida... —habló Martha para persuadirla.

—Pondré mi plan a prueba. Si esto funciona, tendré a un pésimo candidato en la puerta y si no, siempre puedo buscar un

político.

—Espero que recapacites. No es un mal hombre, solo vive de otra forma. No quiero que te metas en problemas por su causa.

—No lo haré, padre, lo prometo. Primero quiero empezar con su abuela. Esa mujer es la forma de llegar a él, lo domina.

—No puedes compararte con su abuela. Ellas claramente infunden respeto, Camellia. Estás perdiendo la cabeza. —Martha comenzaba a pensar que en verdad su hija estaba enloqueciendo por la presión social de su familia, cuando en realidad nadie le exigía nada. Era solo una idea absurda de su cabeza que ella sabía que la metería en problemas.

La noche siguió tanto para Camellia como para Roger. Mientras ella cumplía con sus compromisos para bailar, él seguía en las tertulias, conversando, oyendo y aprendiendo sobre los negocios ajenos. Su abuela estaba con sus amistades, todas mayores de sesenta años, que querían lo mismo que ella: que tanto sus nietos como sus nietas pudieran encontrar una pareja para continuar con el apellido.

Capítulo 6

Una vez que Roger y su abuela subieron al carruaje, la dama le dio un golpe en el brazo a su nieto.

—¿Qué hice en esta ocasión, abuela? Considero que he cumplido con lo que me pidió. Le di una oportunidad a sus ideas de sacarme de mi refugio. Con todo eso no está contenta.

—Lo estaré cuando te comportes como un caballero. ¿Sabes que puedes hablar de negocios y de todas formas ser amable? ¿Qué es eso de andar escondiéndose detrás de una libreta como si fueses un prestamista? Me avergüenzas. La gente cree que eres de esos que gustan de otros hombres. ¿Es eso lo que quieres que se hable de ti? Eso puede echar a perder tu negocio. No creo que las personas que quieran invertir dejen que les toques la retaguardia o algo similar.

Él estaba horrorizado con lo que escuchaba.

—¿Quién creería semejante cosa, abuela? Es absurdo.

—Los presentes en el baile de esta noche lo creen y hasta pueden asegurarlo. No creas que los chismes no tienen poder. Hoy tienes un imperio y mañana sale una noticia en donde se duda de tu hombría. Oh, Roger. No puedo creer que te descuides tanto.

—Pero si me vieron bailando con la hija del letrado. Eso debe contar para algo.

—Cuenta, pero como un chiste. La mayoría rezaba para que no hicieras el ridículo.

—Oh, por Dios... —Roger se sentía muy avergonzado. No podía creer que lo percibieran de esa manera.

—Lo que debes hacer es casarte. La hija del letrado es una excelente opción para esposa. ¿No notaste lo hermosa e inteligente que era?

—Que una mujer sea inteligente debería dar miedo, abuela. No me interesa ni ella ni nadie, solo quiero poder hablar de lo que me gusta y hacer lo que deseo.

—La invitaré a tomar el té con sus padres para que no se murmure sobre ti. Si la gente lo sabe, al menos creerán que estás desempolvando tu entrepierna para el matrimonio.

—¡Abuela! —exclamó escandalizado.

La anciana sabía a la perfección lo que deseaba y era meter a una mujer en la vida de su nieto, porque necesitaba alejarlo de esa locura, debía convertirse en un hombre de verdad, padre, esposo y socialmente aceptado, y no a regañadientes como ocurría. Solo él era incapaz de darse cuenta de que no tenía amistades verdaderas, contaba con personas que lo buscaban para ser oportunistas y aquel, con ingenuidad, creía que lo hacían porque era inteligente, sin embargo, era por la más pura conveniencia. Le hacía falta conocer la realidad de la vida. No se llevaría ni el dinero ni el contacto a la tumba. Las experiencias y los recuerdos valían más que eso. ¿Qué tenía él? La triste riqueza que no compartía con nadie.

—Haré lo que crea conveniente. Al menos deberías tener una esposa por arreglo. Con un niño en casa tendrás una reputación más respetable y la gente apreciará más tu presencia. Considéralo, querido. Es perfecto para tu imagen. Todos confían más en un caballero casado.

—¿No le parece que todo resulta muy conveniente? ¿Cómo es posible que, de un momento a otro, necesite tantas cosas para lograr una buena reputación? —inquirió.

—¿No te das cuenta de que la gente quiere librarse de ti en las conversaciones? Los aburres con tanta parafernalia. Ellos no solo quieren hablar de negocios, también de familia, de amistades, de buen whisky... ¿Tú de qué sabes conversar? Aburres con el cuento de que eres un hombre creativo. Pregúntaselo a tu asistente.

—No me considero aburrido.

—Conmigo peleas. Claramente no lo eres, pero con los demás, sí. No sabes cómo socializar, no lo haces. Necesitas tener un poco de roce con la realidad.

Roger no quiso seguir hablando de eso, pero lo que su abuela le dijo era intrigante. No estaba interesado en un matrimonio, no necesitaba algo que lo distrajera y menos en un periodo tan importante. La guerra se acercaba, todos comenzaban a llamarlo demente, mas él tenía los contactos políticos necesarios para saber que era cierto. La Royal Navy y los regimientos no estarían preparándose si Francia estuviese jugando backgammon con Austria. Los próximos invitados a jugar serían ellos.

Al llegar a su casa, la anciana fue a su habitación, mientras Donald lo esperaba en la suya para cambiarlo.

—¿Cómo le fue en su salida, milord?

—Bailé con una joven que atropelló a mi abuela en el salón. A ella le pareció encantadora y creyó conveniente que yo pagara por el simple error de estar ahí y ser su pariente —alegó Roger, entregándole el pantalón a su asistente.

—Debió sufrir mucho, milord. Usted no es de los que bailan por diversión.

—Sí. Ella hablaba, me preguntaba cosas e intentaba llevar todo lo que conversábamos hacia su lado, como una mujer controladora. ¿Sabes lo que me dijo mi abuela después de tener que soportar esos minutos con la hija del letrado? Que la gente comenzaba a pensar

que a mí me gustaban los varones y que lo mejor que podía hacer era casarme y tener un hijo para que eso desapareciera. Como si fuese que alguna vez existió algo similar. Es una tontería completa. Jamás escuché que alguien dijera eso...

—Ajá...

—¿Oíste algo, Donald? ¡Dime si oíste algo de esa ridiculez!

—Lord Warwick, se dicen muchas cosas de usted. Sé que nunca le ha gustado el chisme y por eso creí innecesario decírselo...

—¡Nunca es innecesario cuando compromete mi reputación!

—Lo único que oí fue que usted es un ogro con las damas, porque prefiere a los hombres. No sé si se refiere en un lenguaje más florido, pero es lo que escuché. Lo dicen porque nunca han oído que usted cuente algo distinto a negocios o hable de otros caballeros con admiración. Las mujeres no hablan bien de usted, solo comentan cosas malas...

—¿Por qué nadie me dijo esto?

—Usted no está interesado en oír cosas que lo distraigan de sus objetivos. Son sus propias palabras, milord. No me culpe por obedecer.

—Merecía saber que las personas a mi alrededor están equivocadas. Ven problemas donde no existen. Ahora resulta que la admiración hacia otras mentes brillantes es un problema. Quieren que sea como esos libertinos con complejo de primates que saltan de ventana en ventana para ver quién le abre las piernas. Les cuesta saber que hay caballeros decentes en esta ciudad —escupió Roger, molesto.

—La gente no lo entiende de esa manera. Usted es distinto al resto, aunque milady tiene razón. Una esposa hará que los chismes alrededor cesen.

—¿Sabes acaso cuánto cuesta mantener a una esposa?

—No, milord. El tiempo que trabajo con usted no me permite tener ese privilegio.

Roger estaba a punto de replicar, pero se detuvo.

—Mañana haré ese cálculo. Sírveme una copa de whisky y retírate. Despertaré temprano porque tengo mucho que hacer.

Su sirviente obedeció y después se retiró, dejando a Roger solo con su whisky. Aquel cogió la copa, dio vueltas al líquido y comenzó a caminar por la habitación, pensando en lo que había ocurrido esa noche. Desde un principio, su jornada estaba puesta para el fracaso. Su abuela era una matriarca de armas tomar. Ciertamente, él se había buscado que ella regresara a su vida como un resfriado mal curado. Siempre le insistió para que tuviese una esposa, pero, como siempre, él estaba ocupado atendiendo asuntos importantes. Una mujer nunca fue prioritaria en su vida, su madre no fue el ejemplo de esposa ni de progenitora. Ella siempre prefirió sus libros, sus plantas y sus experimentos botánicos hasta que uno de ellos no salió tan bien. Su padre adoraba la vida nocturna, solo cenaba con él y después no lo volvía a ver hasta el almuerzo del día siguiente, aunque fue un poco más presente y preocupado que su cónyuge por el hijo que habían tenido juntos.

Para mala suerte familiar, la sangre estiró hacia los conocimientos y no hacia los actos carnales. No pudo compensar lo mejor de ambos mundos. Nunca le gustó sentirse como un ser primitivo que utilizaba a las mujeres, siempre prefirió aprender lo que deseaba. En Cambridge aprendió no solo matemáticas, sino también a boxear, pero eso era solo con la intención de defenderse en caso de necesidad. Prefería que lo retaran intelectualmente. En este momento lo atacaban desde varios frentes, primero su abuela con sus exigencias que no eran nuevas y que debió atender en su momento para que no le estallara en la cara como ese día. También estaba la dama que ella había escogido, lo sabía. La anciana tenía

poco de tonta y mucho de astuta. La escogió porque le vio potencial para tratarlo como un insecto repugnante. Ciertamente, la hija del letrado era preciosa, con una voz sedosa y peligrosa que podía ser difícil de afrontar. No quería estar peleando con nadie. Conocía bien sus límites y ciertas exigencias femeninas que, por supuesto, no surgieron del lado de su madre. Él prefería su paz, no quería estar mediando conflictos por ropa, joyas o el jardín.

Cuando se acostó para dormir, no pudo hacerlo al momento. Tenía una espina clavada en la cabeza después de conocer a esa joven. ¿Sería su última temporada como soltero?

A la mañana siguiente, llevó su desayuno al despacho. Ahí sorbía su té, mientras calculaba los costos de tener una esposa. Su pluma era ágil sobre el papel, sus cálculos eran precisos y condenatorios. Tener a una mujer en casa era como quemar dinero por diversión.

Donald entró a su despacho y lo vio observando la hoja frente a él. Tenía más cálculos de los que nunca había visto.

—Buen día, milord. Se levantó temprano...

—No dormí, Donald. Estuve pensando en hacer cálculos. Sabes que cuando algo me preocupa, es imposible que pegue el ojo.

—Sí, es cierto. ¿Qué calculó?

—Esto es lo que cuesta una esposa. Es una cifra escandalosa. ¿Eso es lo que tú quieres para tu vida?

—En mi caso sería mucho menos que esto. Veo que ha sido generoso y sabe de las necesidades de una dama. Comprende que necesitan ropa nueva cada temporada y joyas por cada pelea. Noto que usted piensa pelear mucho. Podría bajar drásticamente este monto si tan solo considerara no tener conflictos.

—No podría evitarlo, porque si algo tienen las damas es ganas de pelear y yo soy como la pólvora, me dan un poco de chispa y no queda nada a mi alrededor.

—Lo único que está haciendo es encarecer el hecho de tener compañía. Ellas necesitan ropa, sí, pero no todo esto que usted calculó. Estos números están inflados, porque necesita una excusa para no casarse.

—¿Ser generoso es una excusa? Es darle todo lo que necesita para mantenerla callada, alejada y tranquila. La paz se construye con constancia.

—Y las excusas también. Esto le resultará conveniente, porque no tendrá que dar explicaciones sobre sus inclinaciones sexuales.

—¿De qué inclinaciones estás hablando? Que me gusten los libros no significa que no me atraigan las mujeres. Esto es una cuestión de no distraerme. Ellas son bulliciosas y distractores. ¿No has oído sobre todos los imperios de la antigüedad que han echado a perder esas criaturas bellas que parecen ángeles? Son el demonio. Mi abuela debió parecerle un ángel a mi abuelo, pero tú y yo sabemos que es el diablo con un bastón reencarnado en un cuerpo debilitado por los años.

—A su abuela no le va a gustar escuchar eso...

—Puede mostrarle esas anotaciones a ella a ver si la convence de que lo mejor y más económico es permanecer bajo escrutinio público que casarse.

—Es cierto. Que alguien despierte a mi abuela y venga aquí...

—Ella pidió que no la molestaran hasta que fuese hora del desayuno. Nadie quiere una paliza por despertarla, milord.

—En esta ocasión seré condescendiente. Tú ve y trae los números que hice sobre el astillero, necesito saber si tendremos la

cantidad de acero necesaria. Recién estuve considerando algunas cosas más que creo que pueden ajustar más esas cifras en cuestión.

—Por supuesto, milord.

Capítulo 7

En casa de John, Camellia estaba sonriente al despertar. Su noche había sido más fructífera de lo que creyó. Durmió tranquila después de haber conocido al espécimen perfecto y faltante de la familia.

Bajó las escaleras dando saltitos de alegría. Ahí encontró a Charles y Daisy y también a Alexander y Primrose. Su hermana estaba embarazada de su primer hijo y aún no se le notaba la panza.

—Buen día para esta excelentísima familia —saludó abriendo los brazos desde la puerta, después pasó junto a los asientos de cada uno para darle un beso de bienvenida.

—¿Te ha ocurrido algo bueno? —preguntó Alexander al terminar de saludarla.

—Con Martha hemos creído que perdió el juicio la noche anterior —comentó John, pinchando una salchicha para cortarla.

—Pensé que la pérdida de juicio era una falta de criterio familiar, y no me equivoqué —declaró Charles, burlón.

—No tengo cómo refutarlo y por eso estoy obligada a darte la razón, querido —replicó Daisy, sirviéndose un poco de pan.

—No desmeriten la pérdida de razón, porque eso es lo que los ha traído aquí. ¿Quiénes gestan o gestaron a sus hijos? Las desjuiciadas. Por eso, he decidido rendirme ante los defectos de la sangre y unirme en la cruzada de mis hermanas para buscar al peor próximo integrante de esta familia...

—¿Estás hablando en serio, Camellia, o solo bebiste vino muy temprano? —cuestionó Primrose, confundida.

—Estaría deseando que lo del vino fuese cierto, pero no lo es, Primrose —alegó su madre.

—Vaya, esto me interesa. ¿Quién es el próximo caballero para darle la bienvenida? Déjame adivinar... —habló Charles con una sonrisa socarrona en el rostro—. ¿Un prestamista? Eso es lo más bajo que puede caer alguien de esta familia, das la talla, Camellia.

Una risita burlona escapó de los labios de la joven que tomó asiento y comenzó a llenar su plato.

—Nada más lejos de la verdad, Charles. Anoche estuve considerando entre varios candidatos. Tenía pensado acercarme a un libertino, de esos que creen que son los mejores de la ciudad, después a un hombre sin riqueza, pero me decidí por un hombre que es demasiado trabajador y vive con una libreta en la mano, es dominado por su abuela y construye carruajes de lujo.

—Espera... —pidió Alexander, sorprendido—. Espero que no estés hablando de lord Warwick. Ese hombre es extraño. He huido de él en varias ocasiones. Es exitoso en lo que hace, pero no merece seguir respirando el mismo aire que todos nosotros. Considero que le sobra la nariz...

—Alexander... —espetó Primrose.

—Está bien, ¿no crees que le sobra la lengua? Deberíamos considerar resumir su existencia a algo más agradable: muerto o callado —opinó Alexander.

—¿Lo notaron? Es perfecto. Además, ha logrado dilucidar algo que me tenía pensando por semanas. Dijo la palabra: guerra...

Charles bajó sus cubiertos con tranquilidad y después miró a John y a Alexander.

—¿Guerra? ¿Qué guerra? —inquirió Daisy mirando a lord Mulgrave, esperando alguna respuesta.

—Eso es lo que han estado conversando los caballeros durante semanas. Es un rumor, pero es lo que yo entendí —siguió Camellia.

—¿Ustedes saben algo y no lo han dicho? —increpó Primrose, preocupada.

—¿Tú no tienes algo que ver con esto, Charles? Dime que no tienes información privilegiada.

—Daisy, no quería preocupar a nadie de la familia con lo que claramente es un rumor que ha hecho correr un magnate del acero como lord Warwick. La Royal Navy le solicitó barcos...

—Y armas... —completó Camellia.

—¿Tú no te subirás a ninguno? ¡Dime que no subirás! ¡Que no te irás de Inglaterra a ninguna misión que te pidan! —rogó Daisy.

—He renunciado, Daisy, pero si este país necesita que lo defienda tendré que ir.

Daisy se levantó de la mesa y salió corriendo del comedor.

—¡Daisy!

Su esposo corrió tras ella y todos quedaron en silencio, incluso Camellia. Aquella creía que le estaba haciendo un favor a la familia contando el descubrimiento, pero se dio cuenta de que hizo más daño que otra cosa.

—Era un secreto por una razón, Camellia. Sé que no es culpa de la lengua fácil de lord Warwick. No queríamos preocupar a las mujeres de la familia y... —Alexander se detuvo al oír los sollozos de Primrose—. Por favor, Prim, no es el momento, estoy reprendiendo a tu hermana.

—Daisy se quedará sin esposo porque lo matarán en el mar con cañones... —lloró Primrose que estaba más sensible por su

embarazo.

—Esto se está saliendo de control. Camellia, deja de hablar de más. No querrás alterar a Lily y a Iris con estos detalles. Son asuntos que los varones debemos atender. No es un tema de mujeres —gruñó John, enfadado con Camellia. Él también se levantó para ir a ver a Daisy.

Ella se quedó ante la atenta mirada del resto de los comensales presentes. Se dio cuenta de que se equivocó al hablar así y más cuando el esposo de una de sus hermanas estaba vinculado de alguna manera a la seguridad.

Nadie más comió. Camellia sentía hambre, pero ni siquiera se le ocurrió coger un pedazo de pan o una taza de té, porque sería condenada a la hoguera.

A sus familiares les costó calmar a Daisy. Le hicieron jurar a su esposo que no iría ni por más que lo necesitara Su Majestad. Lo hizo sin dudarlo, porque ella era todo el mundo para él.

En esa casa no había nadie que la mirase con aprobación, hasta el gato que habitaba las caballerizas la miraba como si estuviese acusándola de un crimen. Por un día puso a todos a sudar frío. No fue su intención, solo la curiosidad hablando, pero eso terminó descubriendo un secreto que estaba protegiendo a las damas de una preocupación. Después de ese grave error cometido, siguió pensando en el conde de Warwick y, por supuesto, en todo lo que se relacionaba con lo que ocurriría si los rumores se volvían realidad. Él no parecía preocupado o compungido, sino feliz por la desgracia. Eso lo convertía en un potencial esposo, aunque odioso para el resto. Alexander ya lo había vetado, solo le faltaban los otros.

Los días siguientes en casa de Camellia se calmaron, aunque su cuñado, Charles, la miraba como si fuese una amenaza ambulante.

—Lamento si dije algo inapropiado la última vez —se disculpó con lord Mulgrave.

—No es tu culpa describir algo y contarlo. La verdad es que no quería que Daisy supiera nada. Ella preferiría esconderse bajo la tierra antes que subir a mi barco. Lord Warwick es un hombre conocido en el mundo de los negocios, es alguien que no se detiene ante nada. No tiene nada que ver conmigo, solo cuento lo que he oído de él. Sé que cuenta con conexiones importantes con los políticos y tiene amigos muy arriba, junto a Su Majestad, no solo con los consejeros. Eso me da información útil, pero no completamente veraz, aunque si está produciendo barcos y armas, debe tener demasiados escenarios expuestos...

—Yo solo quería presumir que estaba persiguiendo a un pésimo futuro esposo, pero terminé armando un gran lío —lamentó entre lágrimas—. Sé que te metí en problemas que no pediste...

—No me gusta que las mujeres lloren, no te consolaré, pero no es porque no sienta compasión, es algo que no me nace, pero comprendo tu pesar. No quisiste hacerle daño a Daisy. Te perdono por eso. —Él puso su mano en el hombro con cuidado, como si la estuviese colocando sobre fuego.

—Te conozco desde que te casaste con ella. No puedo pedir algo que no eres capaz de dar, solo lamento la situación sin esperar nada. Pensé que estarían orgullosos de mí

—No podemos estarlo por tus tonterías, pero valoramos tu esfuerzo. Escucha, Camellia, si existe algo que tus cuñados no queremos, es drama. Si traes a un panadero como esposo, lo aceptaremos. No hay nada que no pueda solucionarse, ¿entiendes?

—Quería a alguien con vuestros antecedentes, de hecho, no me siento capaz de atraer a un caballero común. Es más, ya no sé qué es convencional y qué no.

—No importa lo que escojas, solo debe ser alguien que te quiera de verdad. Nosotros tenemos muchos defectos, pero lo único que nos une realmente es el amor hacia tus hermanas. Todos hemos sacrificado algo para poder amarlas como se debe. Es cuestión de que busques a alguien que te priorice. Si no lo hace, eso está condenado al fracaso. Si crees que lord Warwick será un buen esposo por los defectos que tenga, considero que será bienvenido de alguna u otra manera, como todos nosotros. No somos perfectos y eso es lo que nos hace diferentes al resto.

—Lord Warwick es una opción. Sé que hay mejores y peores, pero es lo que estoy estudiando en este momento.

—Entonces, aún estás a tiempo de cambiar tu camino y para que entiendas que nunca fuimos malas personas, sino solo gente equivocada, con problemas al hombro.

La joven asintió, aunque no cambió de idea para perseguir a lord Warwick. En cierta manera, él representaba algo que ella necesitaba enfrentar. Era la oportunidad de demostrar que en su sangre existía algo capaz de cambiar el destino del individuo más reacio del planeta. Después de esa conversación, sintió que estaba más liviana y podía continuar con su vida.

Un día, mientras el mayordomo revisaba la correspondencia, ella se colocó a su espalda y comenzó a ver. Aquel apartó una de las cartas y frunció el ceño. Antes de que él pudiese decir algo, Camellia se lo arrebató.

Al leer el membrete, entendió que se trataba de la abuela del conde de Warwick. Esta mujer la invitaba a una tarde de té para que fuese acompañada por su madre o una carabina. Sin dudarlo un segundo, fue corriendo hacia el salón de costura. Ella estaba ahí, bordando un pañuelo para su próximo nieto o nieta.

—¡Madre! —llamó la joven con rapidez.

—¡Oh, querida! —exclamó Martha, que antes estuvo demasiado ocupada para percatarse que alguien abrió la puerta—. Me asustaste, Camellia.

—Estaba muy distraída, madre. Venía a mostrarle esto. —Ella extendió la mano para entregar la carta.

—¿Qué es?

—Solo léala.

Ella pasó los ojos por el papel y leyó palabra por palabra. No se veía emocionada como Camellia había creído.

—Es una invitación. No estoy convencida, cariño.

—No puede decirme eso, madre. Esta es la oportunidad perfecta para comprobar que estoy en lo correcto.

—O es una oportunidad para huir. Deberías aprovecharla.

—¿Por qué no me apoya como a mis hermanas con sus esposos?

—Porque ninguno de ellos es un chupasangre que está esperando como una mosca en el festín para servirse de la desgracia ajena.

—Le pidieron que hiciera un trabajo y lo hace. ¿Eso es malo? ¿Los hombres del regimiento no matan a otros por el bien de Inglaterra? No quisiera pecar de tonta al exponer la situación, pero para mí es lo mismo.

—Tal vez tengas razón. Estoy siendo egoísta, querida. Te acompañaré si es lo que deseas. Solo que no quiero que nadie te humille. Si lo hace, busca a otro hombre para hacer tu caridad. Siempre hay otro con muchos defectos que puedes corregir y que

quizá tenga un poco más de predisposición que un hombre que, claramente, no te aprecia.

—Lo intentaré. Este cumple con muchos defectos. Se mete en asuntos políticos y usted le llama chupasangre. Por supuesto que este es el indicado.

Martha negó con la cabeza y la invitó a sentarse para que se pusiera a hacer algo útil.

***

En casa de Roger, él mantenía la puerta cerrada para que su abuela no traspasara ese límite sagrado, aunque a ella parecía importarle poco. Escuchó un ruido proveniente de la ventana del jardín. Al mirar hacia ahí, aquella estaba de pie, golpeando con cuidado el cristal para que abriera.

—No hay forma de que escapes de mí. Te comento que mañana tomaremos el té con la hija del letrado, he recibido confirmación. Pon tu mejor cara de huraño para que intentes espantarla. Con esta joven tendrás que usar tus mejores desencantos para que no termine siendo tu esposa. Ve preparando tu estrategia para ganarme. Tú no sabes que hasta el diablo me teme.

Capítulo 8

—¿Qué hizo, abuela? —increpó Roger, molesto.

—Lo que cualquier abuela preocupada haría por su nieto huraño. Abre la puerta y conversamos, encanto.

Él cerró los ojos con rabia. Estaba enfadado con esa mujer que decía querer su bien, pero lo que menos hacía por su persona era hacer lo que decía. Abrió la puerta y esperó unos minutos a que la mujer entrara a la casa.

—Es bueno ser recibida como una persona decente —declaró la dama.

—Le enseñaré los números para que no insista más con el matrimonio. Lo terminé hace poco y lo ajusté. —Él extendió tres hojas llenas de cálculos y hasta gráficos.

Aquella cogió lo que su nieto le dio y lo miró como si fuese traído de otro mundo.

—No entiendo nada. Resume esto, Roger —ordenó.

—Eso es lo que costaría tener a una mujer parlanchina queriendo sacarme tiempo valioso como lo hace usted.

La mujer dirigió sus ojos a los papeles y levantó una ceja.

—¿Tu paz tiene precio? ¿Por eso lo colocaste aquí para aumentar el gasto de tu esposa?

—Las mujeres desprecian la tranquilidad de un hombre, le quitan valor y juventud. En estas líneas se ve el decaimiento progresivo del interés masculino en alguien que constantemente pide atención y dinero... —Señaló uno de los papeles con la regla que solía utilizar para todo.

—Oh, por Dios... Estoy impresionada por lo que eres capaz de hacer para no sentar la cabeza, Roger. Perdiste más tiempo en hacer estos cálculos que en buscar a la persona que, según estos papeles, amargará tu vida y quebrará tu bolsillo.

—Esto debería ser suficiente para que desista de esa tontería, abuela.

—¡Pamplinas! —exclamó la mujer que cogió la regla que aquel tenía en la mano y lo golpeó varias veces en la cabeza—. Escucha una cosa, jovencito, conocerás a esta joven y si no te agrada, buscaremos otra, pero esta es la temporada. No me quedan tantos años. ¿Por qué no haces cuentas de cuánto tiempo me sobra en este mundo con toda la angustia que me das? Eso podría ser más exacto que todo este teatro en números que armaste en hojas.

El conde solo podía defenderse con su cuaderno forrado en cuero para no terminar golpeado. Para ser una anciana tenía demasiada fuerza y rabia.

—No quiero casarme. Ese empeño es lo que hace que sus días disminuyan, abuela. ¿Qué culpa tengo de que se meta en mi vida privada?

—Porque mañana puede estallar esta guerra y tú ni siquiera tienes hijos a quien legar lo que posees. ¿Para qué te esfuerzas tanto? Esto desaparecerá cuando te mueras. ¿Cuál será la razón por la que serás recordado? Tal vez en tu epitafio se cite: «Murió solo y amargado, amando sus números absurdos».

—Eso no suena tan mal, aunque sí me deja pensando en el hecho de no tener descendencia; sin embargo, ¿qué pasa si mi hijo prefiere dejar esto en mano de los administradores?

—Nada, querido. Te darás cuenta de que heredó la inteligencia de su madre y vivir su vida y no darse cuenta de que no hizo nada

por estar sentado detrás de un escritorio. Para eso están los administradores, Roger.

—Tengo las habilidades suficientes para llevarlo yo mismo. No necesito que nadie haga algo que yo puedo hacer. No le pagaré a alguien para que lo haga mal y lento.

—Ajá. Eres un tacaño. Espero que tu futura esposa gaste el dinero como si no existiera mañana.

—Se siente tan confiada creyendo que me casará con alguien.

—No, no me siento confiada, estoy segura de que lo haré. Insistir no es darte opciones, es quitarte la paciencia hasta que aceptes por cansancio. Veremos cuánto dura tu negativa. —La abuela rio con malicia, dejando un poco perplejo a su nieto. Después, se levantó del sillón y salió del despacho cerrando la puerta con cuidado.

Él rio ante lo que había dicho su abuela, jamás, no se casaría por cansancio, eso era absurdo. Lo único que le preocupaba era tener que perder tiempo en una tarde de té que no lo iba a beneficiar en nada, solo lo distraería de lo importante. Sus negocios estaban teniendo un gran crecimiento debido a lo que se gestaba en los países cercanos y Roger sabía que debía aprovechar este momento para enriquecerse aún más. Por más que eso se concretara, no estaba dispuesto a dejar todo lo que había construido en manos de un administrador que no le tomaría el cariño necesario a lo que él dedicaba su vida. No lo cuidaría como quien lo había cuidado. Su padre fue un hombre de buenos recursos, próspero, pero pasaba más tiempo persiguiendo faldas que acrecentando su fortuna. Al enfocarse y no perder tiempo en eso, Roger hizo lo que su padre nunca creyó importante: llenar las arcas del condado.

Estaba orgulloso de lo que llevaba haciendo desde que era pequeño. Su progenitor le mostraba cosas y después él las emulaba y obtenía mejores resultados. Ahí fue donde, para cuando él tenía

diez años, su padre dejó todo en sus manos y cuando cumplió quince, despidió a los administradores y se encargó de todo. No importaba que estuviese estudiando con un preceptor, en Eton o Cambridge. Sentía que podía con todo y así lo hizo. No vendría una anciana con ínfulas de general de Su Majestad a cambiar lo que llevaba años construyendo. Le demostraría que podría con lo que ella pensaba. Vería quién de ellos se desgastaría primero en ese duelo de voluntades.

Al día siguiente por la tarde, Donald trabajaba arduamente bajo las órdenes de Roger para no dejar nada pendiente hasta la llegada de la visita de su abuela. No le convenía ser tan descortés, pero soportaría hasta donde su paciencia pudiera.

La abuela del conde entró a su despacho y vio que ambos hombres sacaban fuego a sus plumas.

—¿Saben que existen más días de la semana, no es así? ¿No les parece tomar un merecido descanso? —preguntó la dama.

—El descanso es para los muertos, abuela. Aquí estamos trabajando...

—¿Y qué piensas tú, Donald? —curioseó la abuela.

—Que si dejo de trabajar me darán un descanso, pero eterno, milady...

—Pobre de ti que caíste en manos de este hombre sin escrúpulos, Donald. Ahora mismo los dos dejarán esas tonterías. Roger, ven conmigo al salón y tú, Donald, toma la tarde libre.

Lord Warwick abrió los ojos con sorpresa al oír las órdenes ridículas que estaba dando su abuela.

—No tiene autoridad para darle libertad a mis empleados, abuela.

—¿Es tu esclavo? No, entonces puede tomar un tiempo libre en el que su patrón estará ocupado intentando conseguir una esposa.

Donald intentaba no reír y concentrarse en lo que estaba haciendo. Sabía que eso que hacía la condesa viuda estaba a punto de hacer estallar a Roger.

—No me levantaré de aquí por voluntad propia, oblígueme —ordenó Roger, enfadado.

—Concedido, querido. —La mujer no dudó en cumplir con lo que su nieto pidió. Le quitó ambos tinteros a los dos—. Con eso tendrán tiempo para pensar en algo distinto a los números. Podrán buscar una vida propia.

No podía articular palabra. Estaba como un pez fuera del agua, abriendo y cerrando la boca ante la astucia de la anciana.

—Buscaré a mi primo para que pueda hacerle una visita permanente —espetó enfadado.

—Hazlo. Te dejaré el tintero para que le escribas a Michael. Él sí es un hombre que vale la pena y no como tú. Invítalo a que me lleve a su casa, de hecho, es el próximo a quien le conseguiré esposa.

—¿Me está desafiando?

—Sí, hazlo. Veremos cómo te sale este asunto. Sé que saldré ganando, hagas lo que hagas.

Aceptó el desafío de la anciana y cogió otro papel. Sin perder tiempo escribió una carta que, en resumen, decía: «llévate a la abuela, también es la tuya».

Esperaba que su primo estuviese en Londres y no recorriendo por todas partes como acostumbraba. Era otro hombre de calzón flojo y sin preocupaciones que habitaba ese país, alguien más que consumía el aire de la gente útil.

Un ahora después, el mayordomo de la residencia de Roger recibió a Camellia y a su madre para llevarlas hasta el salón principal en donde la condesa viuda las esperaba.

—¡Sean bienvenidas! —expresó la gran dama saludándolas con una venia.

Ambas mujeres correspondieron y se acercaron a ella.

—Es un placer conocerla, milady. Camellia me ha contado lo amable que fue cuando ella, con torpeza, tropezó con usted... —habló Martha.

—Oh, ni siquiera lo recuerdo. Es tan encantadora que la perdonaría hasta por pisarme el pie si lo desea.

—Es muy amable, milady. Pasemos al salón del té. Roger nos alcanzará cuando se le pase la tontería... —anunció enseñándoles el camino a la estancia—. Disculpen que la casa de mi nieto parezca una cueva de rufianes y no una casa en donde vive un conde rico. Siempre le hizo falta la mano de una dama.

—¿Y la madre de milord? —indagó Martha observando la decoración sobria. Coincidía con la dama que hacía falta la mano de una mujer.

—Ella era igual a una piedra: solo estaba ahí sin hacer nada. Siempre haciendo tonterías y su hijo heredó eso. Ella murió después de que uno de sus experimentos botánicos la envenenara.

Martha abrió los ojos como platos al oír eso. Miró a Camellia y ella, en lugar de parecer horrorizada, asentía como si evaluara algo.

Por supuesto, Camellia sabía que esa era la familia correcta. Con esos antecedentes, no había forma de que alguien superara en situaciones absurdas a lord Warwick.

—Esperemos que lord Warwick escoja una buena esposa para ordenar este lugar —pronunció Camellia con una sonrisa.

La abuela del conde la miró de reojo y asintió. Lo más probable es que se confabularan para lograr su objetivo.

—Por favor, pasen. Seguiremos conversando aquí...

La dama les indicó unos asientos para que se sentaran. Martha lo hizo, pero Camellia observaba el jardín trasero a través de la ventana, estaba bien cuidado y lleno de flores.

—El jardín es muy distinto a lo que existe dentro de esta casa —comentó.

—Sí. Si algo pudo hacer mi nuera fue plantar, pero no creas que lo hizo porque ama ver un jardín en primavera, sino porque de ahí sacaba sus experimentos. No confío en ninguna de esas rosas. Hasta los colores son extravagantes.

—Me parece que fue un genio incomprendido —alegó Camellia que esta vez tomó asiento.

—Querida, te pediré que no repitas algo semejante frente a Roger, o no lo volveremos a ver. Ha sido difícil sacarlo de su despacho, que más bien es una cueva oscura en la que hiberna. Si alguien sigue alentando ese comportamiento, pronto veremos que le salen alas de murciélago.

La madre de Camellia rio ante las ocurrencias de la mujer. Ella sí tenía muchas ideas para su nieto y no se guardaba nada, tal como su hija. Al parecer, era probable que se llevaran demasiado bien, hasta el punto de la complicidad.

El mayordomo entró con una bandeja con la tetera y tazas, mientras que una doncella llevaba en otra las masas, mermeladas y mantequilla para los scones.

—Avisa a mi nieto que ha llegado la visita y que se presente si no quiere que lo busque con mi bastón —pidió al mayordomo.

—Por supuesto, milady.

El hombre fue hasta el despacho y golpeó la puerta con cuidado. Sabía que los ruidos fuertes podrían crispar los nervios del conde. Donald le abrió la puerta y pudo entrar.

—Disculpen, pero milady dice que las visitas han llegado y que se presente si no quiere que ella lo busque con el bastón...

—Deberías mejorar tu comunicación, Murray, porque lo último pudiste haberlo omitido por respeto.

—Ya sabe, milord, quizá yo termine golpeado si no transmito las ideas de ella como debo.

—Por hoy terminamos, Donald. Ve a descansar un poco, pero no vayas lejos, puede que bebamos unos tragos esta noche para conversar.

—Sí, milord.

Roger salió después de sus sirvientes y caminó a largas zancadas hacia el salón del té. Ni siquiera se fijó si estaba o no arreglado, no le importaba, solo quería terminar pronto con el asunto.

Capítulo 9

Antes de abrir la puerta, dudó y retrocedió. Su valentía se había esfumado de manera repentina. No estaba listo para lidiar con tres mujeres, no podía hacerlo. No quería, solo porque su abuela estaba encaprichada para casarlo y él lo estaba para no ceder, estaba ahí. Si quería tener el control sobre su vida, debía poner orden en su casa y fijar límites.

Una vez que respiró con fuerza, giró el picaporte y entró.

—¡Oh, ahí estás, Roger! —exclamó su abuela con una sonrisa.

En ese instante, Camellia pudo apreciar mejor al conde. Sus ojos eran grandes y expresivos. En la tenue iluminación de la noche no pudo distinguirlo con claridad, pero en ese instante sí. Parecía poco convencido de estar ahí, su mirada indicaba duda y enfado, como si le hubiesen tendido una emboscada.

—Disculpen la tardanza —habló tratando de dirigir sus ojos a otra parte y no hacia la joven que lo observaba con marcado interés.

—Saluda como se debe, Roger —ordenó.

Él suspiró con disimulo y fue a coger la mano de las damas. Empezó por la madre de la joven que dio un asentimiento como saludo. Cuando llegó hasta Camellia y cogió su mano, sintió un hormigueo extraño en el cuerpo. Ella buscaba su mirada con determinación, hasta que tuvo que verla y después dejar el beso en su mano.

Camellia se sentía orgullosa al poder tener a ese caballero de esa forma. Era reacio y caprichoso, pero no la conocía, cuando supiera sobre ella, se daría cuenta de lo competitiva que era en ese aspecto. Debía ser ingeniosa para conseguir el matrimonio.

—Es un gusto saludarlo de nuevo, lord Warwick. He visto su jardín, tal vez quiera dar un paseo conmigo para que pueda mostrarlo mejor —mencionó Camellia con una sonrisa inocente, pero esa picardía punzante en su mirada.

—Sí, Roger. Ella debe conocer el jardín. Estábamos conversando sobre la sobriedad de esta casa. Es evidente que le falta un toque femenino... —La condesa viuda sirvió el té para su nieto.

—Mi casa está bien. Es mi morada y supongo que debe gustarme a mí y no a personas que ni siquiera viven aquí, como usted, abuela, que solo está de visita y sin invitación.

La mujer rio con gracia al ver que aquel tomaba asiento lo más lejos que podía de las vistas.

—¿Adivina quién vivió primero en esta casa y quién fue lady Warwick?

Él miró a su abuela reprendiéndola con los ojos.

—A los caballeros les gustan las decoraciones sobrias, milady. Las damas son las que gustan de más colores y aromas en los rincones de la casa para que se sientan como un hogar. ¿No cree que a su residencia solo le faltan unos jarrones y un par de flores de su precioso jardín, lord Warwick? —declaró Camellia, buscando un poco de atención. Necesitaba ver por dónde debía comenzar su conquista.

—No me interesan. Espero que no vuelva a opinar sobre mi casa, milady —espetó.

—Cuánta grosería, Roger. Se te han extraviado los modales —masculló su abuela.

Antes de responder con alguna otra cosa que complicase su existencia, el conde cogió un scon y su taza de té. Al menos eso le serviría para enfriar la situación.

La mano izquierda de Martha tocó la rodilla de Camellia. Ella deseaba irse, porque ya había visto suficiente sobre ese hombre y aquel era un no rotundo para la familia Preston; sin embargo, Camellia colocó su mano derecha sobre la de su madre para tranquilizarla. La actitud de Roger le recordaba a Iris cuando se sentía acorralada por Cedric, lo único que necesitaba era ser paciente para no mostrar su verdadero carácter y derramarle el té caliente en la cabeza.

—No me parece que el conde esté siendo grosero, defiende su espacio y es justo. Nadie puede hablar de lo feo que es este sitio hasta que se case con él. ¿Es así lo que dice, lord Warwick?

—Lo ha comprendido tanto que respondió con cosas que no necesitaba decir.

—Es un don que tengo, para poder aclarar cualquier malentendido.

Esta vez Roger sí creyó conveniente observar a Camellia. Aquella tenía su taza en la mano con una elegancia suprema. Su barbilla levantada indicaba que era petulante, pero no hasta el punto de ser desagradable y descarada. Ella era terriblemente desafiante, alguien que era, en términos sencillos: peligrosa. Su instinto le decía que, si él era frío y calculador, ella lo era el doble. Era astuta como una serpiente. Tenía todo para encantar, era bella al igual que una, pero venenosa como pocas.

La anciana estaba extasiada con lady Camellia Preston. Era un gato con las uñas afiladas y que atacaba a su presa en la yugular. Iba a lo que deseaba y era la aliada perfecta para que su nieto contrajera matrimonio y saliera a ver el mundo y no solo las cuatro paredes que mantenían presa a su mente.

Después de que el té terminara, la condesa viuda le dio unas palmaditas en el hombro a Roger.

—Muéstrale el jardín a milady —ordenó la abuela de Roger.

Él rodó los ojos, pero se levantó para obedecer. Suponía que ya había sido humillado lo suficiente y había perdido el tiempo.

—Venga —mandó Roger mirando hacia Camellia.

La joven se puso de pie para seguirlo. Él iba mucho más rápido que ella, por lo que tuvo que apresurarse para alcanzarlo.

—¿Siempre está tan apresurado, lord Warwick? Debería vivir más lento.

—¿Siempre habla tanto? Debería callarse, milady —replicó con molestia—. Hemos llegado al jardín, disfrute y evite las plantas de la derecha. Son las que mataron a mi madre, no quisiera tener que dar explicaciones si se muere en este lugar.

—¿Por qué parece estar enfadado cada vez que lo veo?

—¿En qué momento hará una pregunta inteligente? ¿No es evidente? No quiero que la metan por mis ojos, no quiero casarme con usted ni con nadie. Lo único a lo que aspiro es a seguir demostrando que los números son más importantes que las tonterías sociales.

—Lord Warwick, ¿sabe la razón por la que acepté el té? Créame que no es porque lo aprecie, es porque encaja con lo que busco para el esposo de una Preston. Cuanto más imperfecto y ruin sea, mejor se verá en los retratos familiares.

El conde trataba de no parecer impresionado por la confesión de la joven. Todavía no comprendía bien el alcance de esas palabras, pero suponía que no podía ser algo bueno.

—Déjeme entender, ¿le parezco perfecto por ser imperfecto?

—No, me parece perfecto por ser irreverente. No puedo decir que usted conozca de convencionalismos sociales, por lo que no comprenderá el funcionamiento de una familia competitiva como la mía.

—¿Y cree que mientras sus motivaciones sean más oscuras podrá convencerme de unir mi vida a una desconocida?

—No pienso de esa manera, considero que puede ser una unión interesante, en donde ambos conseguiríamos una ventaja.

—Diga solo una razón suficiente por la que debería considerar sus delirios como algo coherente.

Ella le entregó una sonrisa genuina. Ese era el momento de darle lo que él deseaba. Esto podría salir muy bien, como mal y todo por lo que estaba construyendo se destruiría desde los cimientos.

—No tendrá que seguir tolerando a su abuela para ir a los salones y para obligarlo a convivir con alguien que no le agrada tanto, aunque sé que con el tiempo eso podría cambiar. Solo póngalo a consideración. En unos días tendremos un baile de máscaras. Lo esperaré ahí para que me dé una respuesta. Seguiré pensando en otras buenas razones para tomarme como esposa, además de facilitarle la vida.

—Vaya, creo que usted y mi abuela fueron cortadas por la misma tijera de la astucia. No la conozco ni siquiera un día entero. ¿Qué le hace pensar que quisiera compartir el resto de mi vida a su lado?

—Es cuestión de considerarlo.

—No lo consideraré, la echaré a usted, a mi abuela y a quien quiera obligarme a algo que no me interesa. No quiero ser grosero...

—Entonces es mejor que no diga nada más, no querrá perder su encanto que tanto me agrada —dijo ella con sarcasmo, aunque

uno acompañado por una sonrisa—. ¿Sabe algo de plantas comunes o solo de las que matan? Este jardín es maravilloso. No había visto tal belleza, ni siquiera en el nuestro.

—¿Después de sus ofensas discretas cree que le hablaré de plantas? ¿Puede hacerme el favor de tomarse un té con una de estas hierbas? Jugaremos a la suerte.

—Se proyecta como un buen viudo. Definitivamente, usted dejará el ridículo a mis cuñados. Para la noche del baile de máscaras le hablaré sobre el sinfín de ventajas de casarse conmigo y usted, lleve su lista. Me agradan los caballeros organizados.

La joven continuó recorriendo el jardín, intentando tocar las flores que ella conocía y que sabía que no la matarían. Ese lugar estaba lleno de belleza y peligro.

Mientras ella caminaba hacia cada planta, él se quedó de pie en un lugar. Sacó su libreta del frac y observó si tenía algo pendiente para esa noche. Y no, no había nada que le impidiera asistir. No tenía excusa posible para evitarla; sin embargo, si estaba dispuesto a sacrificar su paz, lo haría con los alegatos finales para dejarla fuera de toda idea de casarse. Le mostraría las desventajas de un matrimonio para ambos y lo haría con números que conseguiría a través de los sirvientes, ellos eran la forma correcta para obtener información veraz para que sus matemáticas fueran las más acertadas posibles.

Aquel prefirió seguir mirando su libreta y después cogió un pequeño grafito para anotar cosas ahí. Para ese momento, cada uno estaba en un mundo distinto. Camellia lo observó murmurando y anotando frases en aquella cosa. Le recordaba a Charles que solía tener una libreta, pero no tan discreta como la del conde. Algún día sabría qué secretos guardaba esa cubierta de cuero.

—¿Le molestaría si recojo un par de rosas? —curioseó Camellia que se acercó al conde que estaba concentrado en lo que escribía en

la libreta.

—¡Condenación! —exclamó cerrándola con fuerza, no quería que ella viera lo que estaba escribiendo.

—¿Está planeando conquistar el mundo por eso no quiere que vea lo que escribió? Es evidente que no puede ser nada bueno si debe esconderse para poder escribir.

—No es asunto suyo. Coja las que quiera, solo no diga que yo se las entregué. Si no hubiese visto cómo se conocieron usted y mi abuela, creerían que son cómplices. Son capaces de inventar cosas increíbles y hacérselas creer al resto.

—Jamás lo difamaría, lord Warwick. Decir que usted dio un gesto amable para una dama podría ser tomado como difamación. No quiero arruinar su reputación tan cuidada.

—¿No quiere volver al salón? Estoy cansado de usted. Todo lo que tengo que hacer para mantener contenta a una señora de edad. Espero que esto me valga el cielo.

Camellia cortó un par de rosas, de aquellas que no tenía y vería para plantarlas en el jardín de su casa. En verdad eran hermosas y raras. Los zapatos del conde sonaban con impaciencia para que se apresurara y él pudiese retirarse. Ella estaba poniendo a prueba su paciencia tardando más de la cuenta. No toleraría humillaciones por nada.

Cuando terminó, cogió al hombre del brazo.

—Puede llevarme adentro y dejarme como lo haría cualquier caballero decente...

Él observó cómo ella se pegaba a su brazo como un parásito.

—Le dije que no quiero ser grosero, milady —gruñó.

—Entonces no lo sea... Déjese llevar. Tanta seriedad le hace daño a su sonrisa. Desde que lo conocí no lo he visto sonreír. ¿Por qué no lo hace?

—Usted no me conoce, no puede hablar de mí.

—Deje que lo haga y yo le contaré muchas cosas sobre mí para que podamos conocernos mejor. Recuerde el baile, venga preparado para rebatir lo que le he dicho. Veremos quién de los dos gana esta puja.

Aquel la llevó hasta el salón del té, la dejó en la puerta, cerró y se retiró sin decir nada más. Estaba exhausto al tener que convivir tanto con una desconocida.

—Déjame adivinar, querida. Esas flores las cogiste tú... —musitó la condesa burlona.

—¿Me hubiese creído si le dijera que fue su nieto?

—Oh, no lo creería, salvo que le hubiesen hecho un exorcismo...

Capítulo 10

El conde pasó el resto de la tarde encerrado en su despacho, pero sin tocar una sola hoja de papel. No podía pensar en cálculos, en negocios ni nada de eso, porque una extraña estaba ocupando su mente con desafíos absurdos y en ese instante se enfocaba en escribir todas las desventajas que representarían un matrimonio para él y las ventajas para ella.

No le faltaba evidencia para decir que lady Camellia Preston sería la única beneficiada con un trato de esos, mientras Roger tendría que lidiar con exigencias, gastos, hijos, quejas, ruidos y más exigencias. Casarse con alguien que tenía un carácter parecido al de su abuela podría ser el error garrafal de su historia y esa jovencita era una diablesa, porque claramente, su abuela era el diablo.

Se sentó y cogió una pluma, aunque no sin antes abrir su libreta y ver sus anotaciones anteriores. A partir de ahí la inspiración le había llegado y no pudo soltar el tintero hasta que fue de noche y la cena lo esperaba.

Donald entró al lugar y lo encontró bajo la luz de una lámpara.

—¿Qué está haciendo, milord? Su abuela lo espera para la cena.

—Estoy preparando el plan completo para desarmar los delirios de casadera de lady Camellia Preston.

—Esa joven que estaba aquí esta tarde es hermosa, milord. Sus socios lo envidiarán si se llegara a casar con ella. En verdad no puedo creer que le sea indiferente esa belleza.

—¿Qué te han enseñado las plantas del jardín? Cuanto más vistosas, coloridas y hermosas, más venenosas serán, al igual que las serpientes. Todo lo hermoso es venenoso. Hasta te hice una

rima, Donald. Mis dotes poéticas están tan empolvadas como creía mi preceptor.

—Considero que terminará envenenado por una mordida. Trate de no acercarse a su boca, milord. No obstante, creo que sus dotes de su poesía son porque alguien lo ha inspirado y, para su desgracia, ha sido esa mujer.

—No me calumnies, Donald. —Roger dejó lo que estaba haciendo y se puso de pie—. Iré a cenar y después tú y yo nos quedaremos aquí hasta que termine mis argumentos. Después de esto, esa damita no querrá volver a pensar en mí como un candidato. Tengo mucho que contarte sobre lo que me dijo esta tarde y no lo creerás.

—Las cosas que dicen las damas causan incredulidad, pero en la mayoría de los casos, resultan ser veraces.

—En este caso no lo es...

Roger fue al comedor y encontró a su abuela a punto de hincarle los dientes a una pata de cerdo.

—Te dignas a regresar, maleducado. Eres un anfitrión que merece ser asesinado a latigazos en la mazmorra.

—Yo no las invité, ni a usted y mucho menos a ellas. No tienen derecho a invadir mi paz.

—Oh, claro, perdón, señor rey de esta cueva oscura, tosca y deprimente. Este lugar huele a cigarro, tristeza, soledad y viejo.

—Lo último se debe a la presencia de una antigüedad en esta casa, y no soy yo.

—Tu humor ácido está mejorando, ¿puedo culpar a lady Camellia?

—¿Qué tiene que ver con mi humor?

—Que has comenzado a replicar con más ahínco que de costumbre. Su visita te ha puesto alerta.

—Es cierto. ¿Sabe lo que cree el depredador cuando acorrala a su presa? Que lo tiene a su merced, pero para alguien que está a punto de ser devorado le quedan dos opciones: rendirse y dejarse comer o luchar para salvar su vida. Ahora usted y ella pueden acorralarme, pero no puedo asegurar que me devorarán.

—Pasan los años y te estás haciendo más dramático. Nadie quiere devorarte, encanto, queremos que tengas una vida convencional, que dejes el trabajo de lado, al menos un poco.

—Abuela, una guerra se acerca, ¿cree que es el mejor momento para comenzar una familia?

—Ese es un avance, estás pensando de otra manera. Esa dama es una verdadera joya, no deberías dejar que te la roben.

—¿Robármela? Ni siquiera es mía, no pueden robarme algo que no me pertenece y, si me perteneciera, yo mismo la obsequiaría. Nadie podría tolerar semejante espíritu.

—No desees dársela a alguien más en el futuro. Tu abuelo fue un hombre de pantalones flojos antes de conocerme, después se los até a la cintura. Creyó que yo lo esperaría a que se cansara, pero no lo hice, seguí buscando a mejores candidatos y los conseguí…

—¿A dónde quiere llegar con eso? Si tenía mejores candidatos, ¿cómo llegó a casarse con él? No tiene sentido.

—Es cierto, el corazón no tiene sentido. Me fascinaba el espíritu indomable de ese hombre, pero tuve que ponerme en brazos de otro para conseguir su atención. No me siento orgullosa de acudir a los celos para conseguir un matrimonio; sin embargo, él necesitaba motivación. Un par de rumores aquí, bailes allá y en menos de una

semana lo tenía rogando en mi puerta, ofreciendo el precioso rubí que está en el joyero esperando a su nueva dueña…

—Eso no va a ocurrir, no iré a perseguir una falda. No tengo tiempo para esas cosas, una mujer no me quita el sueño, al menos no todavía, aunque si sigue intentando que quiera relacionarme con su candidata, sí tendría uno, pero sería con usted.

—Exageras. Eres dramático, eres el rey del dramatismo, pero así eres más atractivo para esa joven. Al parecer, le gustan los problemas. Su madre me ha contado sobre los cuñados peculiares que tiene y su obsesión para que su futuro esposo sea tan peculiar como ellos. Dijo que lady Camellia está convencida de que eres ideal para el puesto.

—Esa joven tiene algún desorden mental generalizado. No tengo inconvenientes con ella, ni tengo interés en malas relaciones con el letrado, lo único que deseo es poder seguir con este negocio. Mi astillero está haciendo cosas nuevas, buscar personal capacitado no es sencillo. Además, es tiempo de preparar un refugio. Mi propiedad en Durham podría alojarnos en una eventual guerra, no solo a nosotros, sino también a otros miembros de la familia, aunque no merezcan seguir respirando. No quiero que mi sangre sea parte de la carne del cañón.

—Lo que dices echa por tierra tu teoría de no ser un buen momento para tener familia, Roger. Podríamos refugiarnos con ella en Durham.

—Con usted es suficiente, abuela. No torture mis pensamientos con probables escenarios en donde tenga que compartir mi vida con esa mujer.

—No veo nada malo en eso. Espero que pronto abras los ojos y te des cuenta de lo afortunado que eres y que no te haga falta perderla para darte cuenta de eso.

Roger no le dio importancia a lo que decía su abuela. Al terminar su cena, le dio un beso en la frente y se retiró a su despacho. Donald entró después de unos minutos para continuar con lo que estaban conversando antes.

—¿Me contará sobre milady?

—Es cierto, te debo eso. Me confesó que no me busca porque esté enamorada de mí. Me parece que es evidente. Existen personas que no se enamoran en toda una vida juntos, ¿crees que ella podría enamorarse en un baile? Es imposible. Tengo demasiado sentido común para creer en esas tonterías. Quiere que sea su esposo para que me una al montón de pésimos caballeros con los que se casaron sus hermanas. Es algo tan absurdo...

—Esos son fetiches extraños. ¿Cree que están coleccionando caballeros con poca reputación?

—No lo sé, pero necesito que me consigas información sobre los cuatro cuñados de ella. He oído hablar de los negocios de algunos de ellos, pero no sobre sus reputaciones. No he tenido tiempo de ponerme al día con el chisme londinense.

—Ese no será problema, puedo tenerlo listo para mañana. Tengo fuentes confiables.

—¿Te refieres a la señorita Monroe?

—Lady Stell, milord —lo corrigió.

—¿En qué momento se casó la hija del banquero?

—Debería salir a dar un paseo para que no crean que ha terminado formando parte de su pared o que está persiguiendo pantalones por ahí.

—Es desagradable que crean eso. Mi reputación es importante para mí.

—Entonces, lo mejor es que se muestre con más damas ante los demás. Es sencillo. Una velada a la semana no le hará daño y con eso tendrá una imagen más limpia. Reuniones de negocios o con políticos no es lo mejor para que se hable bien de alguien con sus antecedentes sociales.

—¿Mis antecedentes sociales? No los tengo.

—Ese es el problema, milord. La joven de esta tarde es la primera mujer con quien lo vieron en años. Debería exhibirse del brazo de un par, al menos, con más frecuencia.

—Me pides cosas que no soy capaz de hacer, Donald. Me cuesta acercarme a las mujeres, no sé de qué hablar con ellas.

—Lo vi discutir con comodidad esta tarde con la visita. —Donald buscó el whisky para servirle a Roger.

—Ella incita a muchas cosas, al asesinato, por ejemplo.

—No parece ser una víbora. Considero que se ve inteligente e interesada en usted. Estas oportunidades no se dan dos veces en esta vida. Además, si usted se casa, me dará más tiempo libre para que también pueda buscar una esposa para mí. Los años avanzan y trabajar tanto ya no me llena...

El conde abrió los ojos con sorpresa al escuchar que su mano derecha le decía eso. El hombre que siempre estaba a su lado en cada momento de la vida.

—No puedes estar hablando en serio. Para eso te pago un sueldo, para trabajar, no para casarte...

Donald rio porque en verdad le hacía gracia la tosquedad del conde. En su mente, nadie podía tener vida propia, todo debía ser trabajo y, si no era eso, debía pensar en algo para trabajar.

—Oí que ahora que lord Brementon se casó, busca un asistente. Ya sabe que era muy excéntrico con el asunto de la política, hablaba de eso y hacía que las damas huyeran despavoridas de él, pero pudo encontrar a una que lo ayudó a expandir sus horizontes.

Lord Brementon era casi el integrante de una secta política, no dejaba de hablar de Whigs o Tories y los proyectos en la Cámara de Lores y los comunes. Siempre estaba informado sobre todo lo que ocurría. Llevaba un par de años casado con una mujer que, según decían las malas lenguas, lo pellizcaba cada vez que hablaba solo de política, obligándolo a conversar sobre otros temas de interés. Con el tiempo, ese hombre desapareció y se convirtió en otro esposo más del montón, que quería complacer a su esposa.

—Tal vez lord Brementon es el ejemplo más extremo de un tema de conversación... —comentó Roger sin identificarse con la situación.

—No, él es un insecto comparado con usted, porque aquel siempre quiso casarse. Buscaba a una dama con desesperación. Usted no necesita eso, es afortunado, le cayó una mujer hermosa, rica, con conexiones importantes y la rechaza.

—No la estoy rechazando. La rechazaría si la tuviese en cuenta, pero no pasa, ni pasará. Tú y mi abuela están comprometidos con sus propios ideales egoístas. Quieren que yo sufra lejos del trabajo mientras ustedes creen que me han hecho un favor.

—Sé que no existe un punto medio en esto, milord, pero considero que, a la larga, usted terminará como su madre. Ella murió haciendo lo que deseaba, pero de una manera dolorosa. Si milady hubiese dedicado más tiempo a su esposo y a su hijo, aún seguiría aquí.

—No hago esos trabajos peligrosos, Donald. Tampoco me desvelo, esto es algo que siempre me apasionó y pocos comprenden

lo que la pasión por algo es capaz de hacer. Aprender y demostrar capacidad es algo que siempre he necesitado.

—¿Para qué? ¿Para quién?

—¿Acaso debo agradarle a todos? Fuera de estas cuatro paredes hay gente que ni siquiera me conoce y me juzga, no quiero congraciarme con ellos, me gusta construir relaciones que generan algo.

—¿Alguna que le genere amistad? ¿Puede decirme el nombre de sus amigos más cercanos? Solo cinco.

Aquel pareció pensarlo al menos por unos minutos hasta que Roger señaló a su asistente.

—Tú y quizá Michael...

—Todavía le sobran dedos para nombrar.

—No conozco a más personas e incluso, con todo eso, tú eres más útil que Michael.

Capítulo 11

Camellia estaba lista para asistir al baile de máscaras que se llevaría a cabo esa noche. Se miró varias veces en el espejo y asintió. La señorita Bruster la había ayudado a prepararse.

—¿Está segura de que quiere hacer su jugada esta noche, milady? —preguntó la institutriz entregándole el antifaz a la joven.

—Absolutamente, señorita Bruster. He practicado mis líneas frente al espejo. Lord Warwick es un hombre difícil y lo que más necesita es una mujer fuerte que finja comprenderlo, aunque sea un poco, para convencerlo de que quiera ser mi esposo.

—¿Por qué lo quiere a él y no a otro si ni siquiera está enamorada?

—No tengo idea. Dejo que mis instintos me guíen, no me privo de sentir las emociones buenas o malas. Durante años en esta casa he visto lo mejor y lo peor de las personas. No tengo los mismos sentimientos que ellas respecto a nuestros padres que murieron, son extraños para mí y saber la verdad nunca hizo que olvidara a los seres que me dieron todo. No tendré la sangre de ellos, pero sí el amor más puro. Siempre me sentí diferente, a veces antipática, otras muy empática con los demás. Digo lo que pienso y creo, aunque en ocasiones me toca fingir. Trato de ser optimista cada día, esperando ser feliz como mis hermanas. Ellas me enseñaron que el camino a la felicidad no siempre es hermoso.

—Sus hermanas han tomado decisiones cuestionables y deberían ser un ejemplo de lo que no se debe hacer, pero en esta familia, todas siguieron una misma idea: dar una oportunidad a lo que otros creen que es un caso perdido.

—Exacto. Cedric debería estar tras las rejas, pero está en la planta baja, tomando whisky con mi padre, que lo ve como si fuese

un verdadero hijo. No lo había visto tan entusiasmado con los otros, que compartan la misma pasión los convierte en compañeros de armas. Lord Warwick, en cambio, es tan pobre de espíritu y lo único que tiene es dinero. Eso debe cambiar en su vida y yo estoy dispuesta a sacrificar un poco de tiempo a cambio de una felicidad futura.

—¿Y si a fin de cuentas no lo ama?

—Es muy atractivo y tiene una conversación envidiable para pelear. Eso es suficiente para que me mantenga entretenida de por vida. Si me gusta vivir a su lado, lo consideraré amor verdadero.

—Es tan optimista que comienzo a pensar que ha perdido el juicio tan escaso que tiene, lady Camellia.

—Es probable, pero puedo escudarme en que es por una oportunidad de ser feliz.

Las dos fueron hacia el salón y encontraron no solo a Cedric, sino también a Matthew y Lily.

—¿Ustedes irán con nosotros? —curioseó Camellia, cogiendo a Lily de las manos con cariño. Desde que sus hermanas se fueron de la casa, el afecto por ellas se había intensificado y siempre trataban de ser cariñosas las unas con las otras para siempre mantenerse unidas, aunque sin dejar de pelear por todo lo que siempre hacían.

—Sí, Matthew y yo lo haremos. Llevamos tiempo sin ir a un baile de máscaras. Trataré de ocultarme de mi esposo para ver si me reconoce en un mar de damas...

—No tardaré ni un segundo. El amor reconoce a su otra mitad con solo sentir su presencia —aclaró Matthew, confiado.

—Yo no los acompañaré. Es una pena que Iris y yo no podamos asistir. Sería una gala muy cómoda para nosotros.

—Mi padre estará tan triste de no estar con su yerno favorito... Tome, padre, un pañuelo para sus lágrimas... —alegó Camellia extendiendo el suyo.

John tomó eso con humor. Él y Cedric siempre estaban juntos trabajando en el despacho. Siempre le mostraba cosas nuevas para que pronto pudiera relevarlo y poder tener un poco más de tiempo para Martha y sus nietos, que estaban llenos de una energía contagiosa de la que ya carecía.

—No podrá evitar extrañarme, eso puede dolerte, Camellia. Sabes que me quiere más que a ti... —musitó Cedric para provocarla. Era consciente de que su cuñada lo tenía entre ceja y ceja después de que no les dirigiera la palabra a Iris y a él por haberse comprometido cuando ella no estaba de acuerdo con eso para poder tener oportunidades de matrimonio.

—Considero que mi padre es el más solidario de todos nosotros. A él también le agrada hacer caridad... —masculló Camellia que no le quitaba los ojos de encima a Cedric, aquel sabía cómo irritarla. Él hacía que su inteligencia quedara como pura credulidad. Era venenosa, pero aquel era inmune, Iris lo había maltratado tanto, que nada podía dolerle.

—¿Y no eres tú la del próximo acto de caridad con lord Warwick? Sí que tienes agallas para querer tratar con él. No es un hombre fácil y no lo digo porque sea o no desagradable, sino porque no sabe hablar de otras cosas que no sean dinero, crecimiento económico y negocios nuevos. Es un verdadero visionario, pero ¿a qué costo? No tiene amigos, solo socios, personas que querrán acercarse para conseguir provecho, mas no creas que él es una víctima, es un villano que hace lo mismo y quizá hasta peor —comentó Matthew.

—Cuando dices peor, significa que es perfecto para esta familia. Dime, Matthew, ¿a qué le temes? Adivinaré: ¿A que te moleste para hablarte de negocios?

El marqués miró a su esposa antes de responder.

—Con ese hombre no se puede ni almorzar tranquilo, ¿en realidad querría que entre a la familia? No. ¿No has pensado en buscar a un pretendiente en Newgate? Comeré mejor sentado frente a un asesino o algo así que junto a alguien que es un genio con los números.

—Y yo que te estoy ofreciendo a ti como señuelo para que me acepte. Está interesado en tus diamantes para sus carruajes de lujo.

—No estás hablando en serio, ¿verdad, Camellia? No me comprometas, pero... ¿dijiste carruajes de lujo?

—Sí. Creo que sería bueno que conversaran, pero solo si acepta casarse conmigo, ¿entiendes?

—Por Dios, Camellia, ¿y en dónde quedan los sentimientos? —indagó su madre.

—No me preocupo por ellos todavía. Lo importante es que me guste y tenga dinero. Eso es suficiente. Tiene una conversación envidiable con quien puedo ser sarcástica la mayor parte del tiempo. Recibo un pésimo trato para compensar lo que doy. Saben que no soy tan amable, pero no pierdo la lógica, cumplo con los dos requisitos más importantes para mantenerme a su lado hasta que su muerte nos separe, porque soy menor que él y sé que sobreviviré a su partida.

El letrado masajeaba su frente intentando no responder a Camellia, pero la conocía bien. Ella, al igual que sus hermanas, no se detendría a escuchar un buen consejo ni si eso le salvara la vida.

—Ella es determinada y sabe a la perfección lo que quiere. Aprendió de todos los errores de sus hermanas —declaró Lily con orgullo en sus palabras.

—Yo solo puedo compadecer a ese desconocido —reflexionó Cedric antes de despedirse y que ellos salieran para dirigirse al baile.

Una vez estuvieron en el carruaje, los más emocionados eran Matthew y Lily, que sentían que merecían esos momentos divertidos sin la presión del pasado por conseguir un matrimonio ni tampoco sus hijos. Camellia miraba por la ventanilla cómo las farolas de la calle quedaban atrás y pensaba en cómo encarar la situación. No estaba segura de que lord Warwick iría, quizá se arregló demasiado para algo que no ocurriría, pero ella no se detenía a pensar en lo malo, si una cosa no resultaba, otra debería tener resultados. Debía probar y probar hasta que consiguiera la correcta.

Martha y John hablaban con Matthew y Lily sobre lo que esperaban de esa noche. La madre parecía escuchar lo que decían, pero el padre miraba de reojo hacia Camellia, porque ella tenía un brillo en sus ojos, uno que había visto en todas las demás al momento de tomar una decisión. Para aquella, este baile no sería solo una diversión pasajera, su futuro sería decidido y era evidente que esperaba que todo le saliera bien.

***

En casa del conde, él había recordado que tenía un debate pendiente para sacarse de encima a lady Camellia Preston. Llevaba sus anotaciones y, por supuesto, con eso dejaba que todos los argumentos de su contraparte terminaran como deberían: sin efecto.

—¿A dónde cree que va, abuela? —preguntó Roger al notar que su abuela se acercaba al carruaje con su bastón en una mano y con un antifaz en la otra.

—A un baile de máscaras, encanto.

—La reconocerán al verla entrar a ese lugar.

—¿Y eso qué tiene? A ti también...

—¿A mí por qué?

—Ya lo sabrás. No podrás esconderte...

Él tuvo que aceptar que su abuela lo acompañara. No deseaba que fuera para que no se acomodara y Roger pudiera regresar pronto a su casa después de hablar con lady Camellia. Tendría que quedarse más tiempo en un salón que no quería, con personas que no deseaba, para bailar con pasos que no les agradaban. Con ese pensamiento, realmente comenzaba a sentirse como un verdadero ogro. Nunca había creído que lo considerarían así, pero en parte era culpa suya. No se preocupó por construir nada aparte de un imperio de hierro y madera.

Cuando llegaron al lugar, él le ofreció el brazo a su abuela y esta la miró como si tuviese un tercer ojo.

—¿Te estás convirtiendo en un caballero? Esa jovencita era lo que te faltaba en la vida.

Él rodó los ojos al oírla decir eso.

—Si no la ayudo, terminará cayendo en una montaña de estiércol. No entrará si huele a caballo.

—Siempre tienes una excusa para todo. Qué encantador...

Ambos se pusieron los antifaces antes de entrar. Poco después, la anciana se apartó de su nieto y fue a saludar a unas amistades, dejando a Roger solo. Él, sin saber cómo desenvolverse en un salón repleto de personas difíciles de identificar, observaba cómo su abuela encontraba fácilmente a gente encorvada con bastón, mientras él buscaba algún caballero conversando para no parecer vulnerable. Al no reconocer a nadie por los antifaces, se refugió en una esquina y comenzó a leer el papel que había escrito durante días entre sus tareas.

La sonrisa depredadora de Camellia se hizo presente al reconocer al conde de Warwick. Él pensaba que podía pasar desapercibido, pero estaba embadurnado por la palabra «inadaptado» por todo su ser.

—Mire, madre. Le dije que lord Warwick estaría aquí...

Martha miraba a su alrededor y no podía reconocerlo, no sabía hacia dónde mirar.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene un papel en la mano. Es evidente que es él. Está escondido detrás de ese pilar, pero puedo oler sus intenciones desde aquí. Lo bueno es que aquel no sabe que ya sé en dónde se encuentra.

—Camellia, pareces alguien de cacería.

—Estoy de cacería, él es más fácil que dispararle a una perdiz quieta.

—Creo que te estás confiando demasiado con él. ¿No tienes miedo de que te grite?

—No. Como mucho arrugará ese papel y me lo arrojará en la cabeza.

—Eres peor que Primrose en este asunto de la confianza.

—Estamos emparentadas, por supuesto que es posible que todo lo veamos diferente y que lo imposible no siempre lo sea. Si mi padre le pregunta por mí, solo dígale que salí a jugar...

—Eso no le va a gustar. Haces que todos quieran defender a ese hombre de ti.

Ella le sonrió a su madre y se fue. Estaba seguro de que lord Warwick ni siquiera se percataría de su presencia hasta que

estuviese frente a él. Tenía el antifaz y era hasta probable que no la reconociera. Se acercó al hombre y, antes de hablar, sonrió.

—Buenas noches, lord Warwick. Noto que está dispuesto a defender su soltería con uñas y dientes —habló Camellia.

Él la miró como si no entendiera cómo lo encontró tan pronto.

—¿Cómo me encontró?

—Usted es más fácil que ver una luciérnaga en la oscuridad. Es el único hombre con papel en la mano. ¿Ha visto a otros en un baile de máscaras con algo de eso?

Capítulo 12

—Debí suponerlo —gruñó doblando el papel.

—Usted mismo se convirtió en una presa fácil. Venga, lord Warwick, el baile va a empezar y, según escuché a alguien decir, será Cotillion.

—No bailaré eso con usted, porque siempre parece estar danzando como un ave mostrando sus colores.

—Oh, tal vez. ¿Sabe que es el macho el que debe danzar para la hembra? Parece que en la fauna londinense las cosas son distintas.

El conde estaba acorralado y lo sabía. Estaba seguro de que él era el único tonto en ese salón que quería salir corriendo al ver a esa criatura de pie ahí diciéndole que bailaran Cotillion. Si lo hacía, una vez más quedaría en duda su hombría.

—¿No prefiere que conversemos sobre el asunto? No me siento cómodo con los bailes.

—No me diga que no sabe bailar.

—No le voy a mentir. No soy muy sociable, no acudo con frecuencia a los bailes. Soy más un caballero de cenas elegantes. He cenado en el palacio y cuando llegaba la hora del baile, simplemente prefería charlar con quienes no bailaban. Siempre tenían alguna lección que dar.

—Entonces no es cierto que no sepa hablar de otras cosas que no sean negocios y que no es una sanguijuela aprovechada de la desgracia de los necesitados.

Roger abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Eso han dicho de mí?

—Sí, pero lo defendí y dije que no era una sanguijuela aprovechada... ¿No es verdad?

—Si vender vendas y armas para luchar por nuestro país, soy una sanguijuela, es lo que exigí, es el negocio que me hace prosperar. Soy el dueño de eso y pronto buscaré botánicos para también ser el que tendrá las medicinas...

La joven bajó su antifaz y lo miró con verdadera sorpresa.

—¿Usa el dolor de los demás para beneficiarse? —interrogó deseando entender su punto y no creer que era un monstruo. No quería creer que lo fuera.

—¿Qué me hace distinto a un médico? Su negocio es curar. ¿Y el carpintero? Su negocio es hacer ataúdes... Todos lucran con el dolor de los demás y también con la felicidad. Los rumores de guerra no son solo eso, son un anuncio de que debemos prepararnos y yo lo estoy haciendo y sé que su familia también. ¿Cree que alguien que fue lord del Almirantazgo estará tranquilo en su casa con una copa de whisky? Lo dudo. Cuando falten hombres, cualquiera será soldado y no importará su título. Sus hermanos, sus cuñados, los sirvientes, incluso yo, pero soy más útil que la mayoría. No sacrificarán al que tiene mucho que ofrecer al gobierno.

—Es una forma de pensar muy objetiva e insensible, pero comprensible. Me confirma que habrá una guerra y no quiero que mi familia sufra.

—Lo mejor es salir del país o esconderse en un lugar remoto. Siempre hay formas de sobrevivir que no indican cobardía.

Por un lado, se sentía un poco impactada, pero su lado lógico y racional, le decía que él estaba haciendo lo que haría cualquiera en su posición. De hecho, ella estaba aprovechando su poca empatía con las damas para acercarse y convertirse en la única conveniente.

No podía juzgarlo, aunque su familia lo haría después de conocer ciertos detalles y lo de sanguijuela sería algo que se ajustaría a su persona. Lo llamarían lord Sanguijuela y sabía que la misma Camellia se reiría de eso.

—Comparto su idea de buscar una salida. No puedo juzgarlo, lord Warwick. Lo que me cuenta hace que lo comprenda mejor y quiera formar parte de los individuos salvados. ¿Nos iremos del país o me llevará a una propiedad lejana y desconocida?

Él rio casi histérico. Con eso debió asustarse y ver lo sanguinario que era, mas nada resultaba con ella.

—No deseo que me comprenda, solo que me deje en paz. Quiero seguir con la vida que espero y deseo. Repito que no quiero ser grosero.

—Bailaremos una vez, debatiremos sobre la situación e intentaremos llegar a un acuerdo beneficioso para los dos.

—¿Un acuerdo no significa que ambos aceptamos algo?

—Sí. Aceptaremos separarnos o casarnos. Es evidente.

—Pero si nunca acordé tenerla en mi vida para usar la palabra separados.

—¿Sabe que es desagradable cuando le busca contexto a todo? Solo acepte lo que digo y acabemos con esto. Para que alguien que dice no querer ser grosero, busca la forma de serlo. Coja mi brazo —ordenó la joven colocándose el antifaz otra vez.

Estaba impresionado con la osadía de Camellia. Esa mujer creía que al ordenar algo él caería a sus pies; sin embargo, tendría que tragarse sus palabras para no llamar la atención hacia ellos en caso de que perdiera los estribos. Tuvo que ofrecerle el brazo y lo hizo con fuerza, observando a la joven a través del antifaz. Sus ojos se cruzaron, desafiantes. Ninguna palabra podía describir lo que

transmitían sus miradas. Ambos esperaban que se entendiera su punto de vista porque en verdad solo uno de ellos tendría la razón.

Cuando se acercaron al centro del baile, algunos caballeros reconocieron a Camellia con la clara intención de saludarla y saber quién era el hombre que la acompañaba. Era más por curiosidad que por genuino interés de saludar. Ella no perdió tiempo y correspondió con sonrisas, respondiendo a las preguntas y demandando a lord Warwick. Aquellos se veían impresionados al saber que alguien tan extraño como él estaba con una dama tan vivaz como Camellia.

Cuando los caballeros se retiraron, él lo miró con intención de reprenderla.

—¿Qué me dirá, lord Warwick? ¿Que arruiné su reputación de ogro? Acabo de hacerle un favor al darle más interés del que merece para que dejen de pensar sobre sus gustos peculiares.

—¿Gustos peculiares? No me diga que es cierto lo que se comenta...

—Lamento decirle que sí. Me enteré hace poco y lo único que puedo decirle es que estoy dispuesta a limpiar su imagen. No todo conmigo es malo, lord Warwick. Deje de ponerme cuernos y un tridente en la mano.

Él guardó silencio, dándose cuenta de lo que ella había hecho con esos caballeros que la habían abordado antes. Su astucia lo estaba dejando muy mal posicionado.

—No le pedí que me hiciera ningún favor, no lo necesito.

—Si usted lo dice, no puedo contradecirlo, eso sería impensable, ¿verdad?

—Usted...

Antes de que él pudiese decir nada, la gente se colocaba para comenzar el baile. Los dos tuvieron que seguir al resto, porque era grupal.

—Espero que sus pasos de este baile no estén tan empolvados, lord Warwick. Recuerde que debe coquetear conmigo...

El compás de la canción se le hacía ajeno a Roger. Este solo podía imitar con un poco de atraso lo que hacían los demás caballeros, mientras que su pareja parecía haber nacido para bailar y coquetear. Lo hacía con gracia y una sonrisa cuando debía hacerlo, mientras que él se esforzaba por no hacer más el ridículo. Quería que la tierra se lo tragara, después de esto no quería regresar a los salones nunca más. Esta vergüenza no se borraría con tanta facilidad.

Entre el resto de las parejas, Camellia distinguió a su hermana bailando con su esposo. Ellos sí sabían divertirse con un buen baile, mientras que ella debía evitar que lord Warwick se tropezara con su propio pie o terminara orquestando una caída en cadena. No podía decir que eso no la divertía, ese hombre sabía sacarle una buena sonrisa, aunque esa noche también comprendió que él tenía un lado más oscuro, el que no perdonaba una guinea.

Para lord Warwick era difícil fingir una sonrisa en el baile, pese a que tenían antifaces, le daba vergüenza ajena exhibirse. No era tan extrovertido como el resto de los caballeros a su alrededor. Solo quería que todo terminara para poder hablar con la joven e ir a su casa, encerrarse y no volver a salir en muchos siglos.

Cuando por fin pudo terminar aquella danza infernal, fue hacia la mesa del tentempié y cogió una copa de whisky.

—No se la beba tan rápido, puede mostrarse. El alcohol y las decisiones importantes no pueden ir juntos... —pronunció Camellia con una copa de vino en la mano.

—No le solicité ningún consejo.

—Otro error mío al darle consejos no solicitados, pero que lo harán pensar después cuando diga que sí a mi propuesta. Lo convenceré y no me queda duda.

El conde cogió otra copa y la tomó de un trago.

—Vine preparado para convencerla a usted de vivir en un monasterio antes que casarse conmigo.

—Suena divertido. Por esta razón es que deseo ser su esposa. Nunca podría aburrirme de usted.

Ella rodeó la mesa del tentempié y fue hacia la ventana cercana. A través de la mesa del jardín pudo ver a su hermana y Matthew besándose apasionadamente. Camellia se pegó al vidrio como una lagartija. Nunca había visto un beso de verdad, pero eso parecía un intento de Lily por comerse a su esposo. Era una situación comprometedora; sin embargo, ya estaban casados, ¿qué castigo tendrían? ¿Volverse a casar? Eso le dio una idea perversa. Observó a lord Warwick que le devolvió la mirada como si reconociera su locura.

—Deberíamos conversar sobre lo que nos compete en el jardín, es un lugar más privado. Además, sería bueno para su reputación.

Roger no pudo evitar echarse una carcajada al oírla decir eso. Era cierto que carecía de ciertos modales para tratar a una dama y que tal vez no prestó suficiente atención, pero no era un imbécil. Sí sabía sobre no ir a un jardín con una mujer y menos con una tan astuta.

—No soy tan tonto como cree. Que nos vean juntos en un jardín es como colocarse en la horca y patear la silla.

—Entiendo que quiera ser precavido, pero ¿cómo puede tener miedo de mí?

—De usted es de quien cualquier caballero debe cuidarse. En sus ojos se nota que es una mujer llena de picardía y que jamás se rendirá.

—Parece que me calumnia, milord. Usted y yo conversaremos. Prometo no poner en riesgo su soltería, salvo después de aceptar casarse conmigo.

—La confianza que a algunos les falta, el diablo se la otorgó a usted.

La joven le dedicó una sonrisa socarrona. Cogió su copa y le mostró el camino hacia el jardín para que la siguiera.

Él observó a su alrededor para evitar ser visto yendo hacia un suicidio. Siguió a Camellia con un poco de distancia. La veía intentando provocarlo con esa caminata que hacía que su cadera se moviera de un lado al otro, haciendo que pudiera imaginar muchas cosas. No era inmune a las mujeres, solo que sabía que eran una pérdida de tiempo. Esta joven estaba resultando ser un terrible dolor en la entrepierna.

Camellia escogió un lugar no muy lejano a la residencia y con iluminación decente.

—¿Quién empezará con los argumentos? —indagó Camellia, sonriente.

—Yo. Así esto terminará sin tener que escucharla, porque será convencida de que un matrimonio es un error. Empezaré con mis alegatos. Las damas son un gasto innecesario. En este papel, tengo proyecciones sobre lo que costará una esposa... —Él lo extendió para que ella lo cogiera.

Camellia levantó una ceja con incredulidad y cogió el papel. Se acercó a una lámpara del jardín para leer. Lo que vio solo hizo que ella riera.

—Esto solo habla de su tacañería, lord Warwick. Mi padre ha gastado más que esto en mí, en esta temporada, y usted, ¿para cuánto tiempo ha proyectado este gasto?

—Unos cinco años.

—Tengo esto ahorrado bajo la cama. ¿Es todo lo que tiene para convencerme? Ser tacaño no es un problema para mí.

—No está entendiendo eso. No quiero una esposa que me cueste tiempo y dinero.

—No se preocupe. Puedo pedirle dinero a mi padre. Jamás se negaría a dármelo. Le encanta obsequiar bolsas llenas.

—Otro punto importante es que no la quiero. Considero que este es el momento de rendirse y dejar de humillarse. No hay ventajas para usted, ni me da algo que me interese.

Capítulo 13

—¿Esos son sus argumentos, lord Warwick? Estoy tan decepcionada. Solo números que podrían asustar a un hombre empobrecido. ¿Se encuentra en esa situación?

—No, no es ese el punto. Es mi negativa a casarme.

—Debería esforzarse más para no casarse, milord. Como soy la hija del letrado, le daré algunas lecciones. Tendrá el honor de conocer una verdadera defensa.

Él se cruzó de brazos para oír lo que ella tenía que decirle. No se había rendido aún, podría usar lo que ella le decía en su contra.

—Comenzaré con mis razones. Como le dije antes, usted encaja en la familia como una pieza faltante. Estoy segura de que podría ser un esposo acorde a las expectativas... Ese es el principio y parte de la explicación. Ahora... —Ella caminaba gesticulando con las manos—. ¿Por qué es una ventaja tenerme como esposa? Le daré la primera y principal: nadie le insistirá que se case, no tendrá que asistir a eventos que no le importan y tendrá tiempo para seguir en su oficio sin que su tiempo se vea afectado. ¿Quiere que siga?

—Adelante, la escucho.

—Bien... Le daré la segunda razón: con una esposa, nadie dudará de sus gustos...

Para ese punto, en lugar de estar indignado, el conde parecía considerar la situación. Movía la cabeza de un lado al otro buscando la lógica y, para su fastidio, la encontraba.

—Sigo... La tercera: le daré hijos y podrá dejar su legado a alguien... ¿Escuchó mis razones? Considero que son muy lógicas y

enfocadas en sus necesidades. En ningún momento digo que invadiré su espacio, aunque tengo ciertos requisitos que deberá cumplir...

—Ahí vamos... Condiciones. ¿Sabe que decir que no invadirá mi espacio no puede estar en la misma frase con «requisitos» que debo cumplir?

—Son diferentes. Usted puede poner sus requisitos. Acordamos algo y lo cumplimos. No es muy difícil, ¿o sí? En mi familia, la negociación es clave para sobrevivir. Todas aprendimos eso desde que éramos pequeñas.

—Vamos, quiero oír la barbarie que tiene que decir. Sé que no me va a gustar lo que escucharé, igual que todo lo anterior que dijo.

—Mis requisitos son sencillos: comportarse como un esposo a la altura de mis cuñados, ser respetuoso, proporcionarme comodidades, un estipendio mensual generoso y, por supuesto, visitarme para concebir hijos... Ah, y prestarme un poco de atención. Cuando me siento abandonada, me convierto en una persona melodramática. ¿Qué le parecen mis condiciones? Considero que son llevaderas para usted.

—¿Lo del estipendio «generoso» es algo necesario?

—No acepto estipendios que no lo sean. ¿Acaso me pondrá a cosechar de una huerta para ahorrar el dinero de un ama de llaves?

—Por supuesto que no, es solo una pregunta.

—¿Tiene otra duda?

—Sí, ¿por qué yo? Hay peores. No entiendo la razón de este ensañamiento.

—Mientras más busque una explicación, más claro quedarán mis motivos. Usted es mi proyecto de vida y estoy convencida de que

puedo hacer un milagro con usted, como mis hermanas hicieron con mis cuñados. ¿Qué le parecen mis requisitos?

—Descabellados hasta que alguien con sus mismos delirios les encuentra sentido. Debo confesar que no sabía que contaba con tantos problemas.

—No son sus problemas, es su forma de vida que puede mejorar con la ayuda de una esposa, y qué mejor opción que una dama de familia prestigiosa y adinerada como la de John Preston. Asegura tener una dote en sus arcas para lo que desee, y no es cualquiera, lord Warwick.

—Agradezco su afán de ofrecerse para salvarme de mi mundo oscuro y vacío, según usted y mi abuela, pero...

—¿En verdad me dirá que no después de todas las ventajas que he citado? Sí lo es, porque prefiere seguir sufriendo y remando más fuerte. No solo le estoy hablando de ventajas económicas y de reputación, sino también de contactos...

Ante eso, el conde quería seguir negándose con devoción, pero una voz interna le decía que no era una mala idea y que solo tomara más tiempo para considerarlo.

—Ante su audacia, le pediré tiempo para considerarlo.

—Tiene dos días, después tendrá que seguir en lo suyo y yo continuaré con mi búsqueda de un hombre adecuado. Estos son negocios, milord, y sabe que es ventajoso para ambos, aunque lo único que yo tendría es tener el título de lady Warwick; sin embargo, espero los beneficios de ser esposa.

—¿A qué se refiere con beneficios? —indagó Roger.

—Un acercamiento... —Al decirlo, Camellia acortó distancia con el conde y este, instintivamente, retrocedió; no obstante, si algo tenía esa joven eran agallas y estaban bien puestas.

—¿Qué hace? —increpó Roger al verla con esos ojos azules pícaros y locuaces.

—Le daré algo para que piense con más ahínco y claridad en lo que podríamos ganar con esta unión.

Al terminar de decir eso, Camellia acercó sus labios a los de Roger. No tenía idea de qué hacer, aunque esperaba que el conde no fuese indiferente y respondiera con algo que a ella le faltaba: experiencia. Movía los labios con timidez y sentía que él también estaba intentando corresponder.

Roger aún no caía en cuenta que esa joven se hubiese atrevido a besarlo. Llevaba años sin besar a nadie y ya casi no recordaba lo que se sentía, pero era gratificante ese contacto. No quería darle esperanzas a esa joven, mas no podía soltarla y no sabía la razón. Comenzó a responder con fuerza y ánimo. Había olvidado lo que se sentía ser apasionado en el aspecto físico, porque siempre lo era en lo intelectual.

Cuando se le dio oportunidad, él pudo introducir la lengua en su boca y con eso no pudo parar. Quería que Camellia le siguiera el ritmo y no tuvo que esperar mucho para que aquella le demostrara que el acercamiento entre ellos durante el matrimonio debería tener mucho de lo que estaban viviendo en ese instante.

Ella estaba disfrutando de esa atención que no creyó poder conseguir solo con palabras. Camellia sabía que al conde debía señalarle el camino que debía seguir para que lo comprendiera.

Al querer tocar el rostro de Roger, este lo sintió y se alejó para mirarla. Sus ojos estaban encendidos con la pasión de un hambriento al ver migajas de pan. Respiraba agitado por su repentino desenfreno. Antes de que ella lograra coger su cara, él lo hizo y regresó para devorarla con más fuerza. En ese instante, Camellia se aferró a su cuello como si lo conociera de toda la vida.

Solo el sonido de unas risas acercándose hizo que se separaran.

Roger aún no podía creer lo que había hecho. Alguien completamente diferente a él se apoderó de su cuerpo y besó con desenfreno a esa dama. La boca de aquella estaba roja y un poco maltratada.

—Consideraré la propuesta, milady —articuló Roger antes de huir del sitio sin reconocerse.

La joven se quedó en silencio, pero con una sonrisa dibujada en el rostro. Lo que ocurrió le daba la confianza suficiente para creer que él aceptaría un matrimonio, en dos días tendría esa respuesta, por lo que no valía la pena martillarse la cabeza pensando en eso.

Lord Warwick regresó al salón para buscar a su abuela. Tuvo demasiadas emociones por una noche y quería irse; sin embargo, su abuela estaba entretenida en una tertulia con otras mujeres igual de ancianas que ella y la notaba divertida, por lo que no se animó a decirle que se fueran. Fue a caminar por el salón para poder despejarse un poco, pero a su mente solo acudía su locura temporal: haber besado a lady Camellia. Quería taparse la cara después de haberlo hecho. Cayó en el juego de ella y no lo dudaba.

—Buenas noches, lord Warwick... —saludó John, sobresaltando a Roger.

—Buenas noches, milord —correspondió después de recuperarse del susto, pues él había estado besando a la hija de ese hombre. Aquello podría significar una muerte segura.

—¿Ha visto a Camellia? Vi que estuvieron bailando.

—La vi por última vez en el jardín —confesó Roger.

John observó al conde con sorpresa.

—Me sorprende que lo dejara ir tan rápido y con tanta facilidad...

—Creo que escapé de sus garras.

—Lo hizo a tiempo. Ella es una criatura determinada, no se rinde tan fácil.

—Eso me está quedando claro cada vez que la veo.

—¿Le dijo alguna cosa?

—Sí. Me habló de las ventajas de un matrimonio... con ella.

—Asumo que eso lo hizo huir de Camellia.

—Considero que he sido claro sobre mi postura y sobre lo que considero relevante. El matrimonio no es una prioridad para mí, al menos no en este momento. Usted entenderá a lo que me refiero.

—Entiendo, porque soy un hombre preocupado por su familia, aunque usted lo está por su negocio.

—Sí, lo estoy, y es porque, en caso de una eventual guerra, los carruajes de lujo serán un buen recuerdo, pero no una realidad probable en ese contexto para muchas personas, milord. Debo aprovechar cada escondrijo para construir algo mejor. Soy una persona que siempre está pensando en el futuro, en números y probabilidades. Las armas y los vendajes que venderé serán parte crucial para el desarrollo de una forma de mitigar los faltantes de un lugar.

—Lo entiendo. Somos hombres de negocios, pero no se cierre a ver otras perspectivas, milord.

—Me gusta asociarme con gente que tiene perspectiva.

—Me refiero a cosas ajenas a los negocios.

—Ah, sí. Me cuesta entender cuando se habla de socializar sin un fin particular.

—El fin de los caballeros con las damas es el matrimonio, el de los varones entre ellos, sociedad o amistad. Depende de la persona. ¿Cuántos amigos tiene, lord Warwick? Tengo esa curiosidad, porque no lo veo en los salones con mucha frecuencia.

—No los tengo, salvo familiares a los que escasamente visito.

—Debería trabajar en esos hábitos. En mi familia, la amistad es lo primero. Si no puede hacerlo, no encajará.

—Puedo encontrar un punto de cohesión, milord.

—Eso espero, porque si, por casualidad, integrara en esta familia, necesitará tener más conversación que dinero y negocios. Tal vez la política sea una buena opción. Ahora que todos en casa saben sobre la posible guerra, se puede hablar sin muchos tapujos. Camellia dijo algo que alteró a las damas. Mi casa parecía un gallinero, lord Warwick, gracias a lo que ella escuchó de usted.

—¿No cree que evitar el matrimonio es válido si no quiero que mi propiedad parezca un gallinero?

—Las gallinas son graciosas y útiles, al igual que las damas, solo se asustan cuando ven al lobo. No siempre están cacareando. Sería injusto que todas las mujeres paguen por lo que hacen un par.

—Prefiero mantener mi paz...

—La paz dura lo que un suspiro, milord. Debería pedir algo que dure más tiempo, como la paciencia. Se ejercita con frecuencia y cada vez se alarga.

Ellos dos siguieron conversando, mientras que Camellia regresaba al salón con su sonrisa triunfal. Se acercó a su hermana, que estaba cogiendo una copa de vino.

—Eres una excelente maestra, Lily —la felicitó.

—¿Yo? ¿Por qué? No recuerdo haber hecho nada —musitó frunciendo el ceño.

—Vi el beso que te diste con Matthew. Esa es mi aspiración, ¿y sabes qué? Besé a lord Warwick...

Lily escupió el vino, llamando la atención de las personas a su alrededor. Cogió del brazo a su hermana y fueron hacia un lugar más tranquilo.

—No digas esas cosas en voz alta o terminarás casada con ese hombre. No te conviene casarte con alguien que no te hará caso.

—Besa como si una pudiese tocar el cielo y a la vez el infierno, sentí tanto calor...

Su hermana sentía que se sofocaba al oírla contar sus experiencias.

—Eso no debería experimentarlo una dama soltera.

—No me mientas. Besaste a un hombre con más deudas que títulos a su favor. No quiero hipocresía, solo deseo saber si voy por el camino correcto.

—Sí, al camino hacia el infierno.

—No comprendes. Pregunto si esa sensación puede ser un principio de amor.

La marquesa quería negarlo, pero ella había caído en los influjos de un beso. No podía matar las ilusiones de su hermana, porque era lo que sentía cuando besaba a Matthew.

—Vas por el camino correcto para perder tu corazón.

Capítulo 14

Camellia subió al carruaje, convencida de que se casaría con lord Warwick, y no solo porque él se sintió atraído por ella, sino porque le gustó lo que sintió con ese hombre. Su cuerpo temblaba aún de la sensación viciosa que aquel le había dado y deseaba repetir lo ocurrido. Sospechaba que él también desearía un acercamiento parecido al que tuvieron.

—Vi que bailaste con más caballeros que lord Warwick —comentó John para hacer que su hija, que estaba callada, hablara.

—Sí, fueron muy amables. En esta ocasión parece que están más dispuestos a conocerme. Eran los mismos que antes me habían ignorado. ¿Cree que estén pendientes de la guerra y ahora sí quieran dejar descendencia? No me sorprendería.

—Puede ser una explicación racional o quizá quieran competir con el ingenio de lord Warwick. ¿Imaginan perder contra un vampiro que salió de su cueva oculta para buscar una esposa y que esté detrás de una joven prometedora? Cualquiera se pondría competitivo —declaró Matthew—. No pueden perder contra alguien que carece de modales con una dama. Sería una gran humillación.

—Lo juzgan con dureza. No es el hombre más amable de Londres, pero cuando besa es encantador.

John sintió un mareo terrible al oírla decir eso. Se sujetó el pecho con fuerza.

—¡Camellia! —exclamó su madre, aterrorizada, queriendo que su esposo no terminara.

Su cuñado se sonrojó por su confesión e intentó borrar las imágenes de su mente imaginando aquello, mientras que Lily negaba con la cabeza, preocupada por su padre.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, Camellia? ¿Y cómo se atrevió a besarte? —interrogó John, que se alojó el pañuelo lazado.

—Considero que es un asunto particular. Quería ayudar a que la decisión de lord Warwick fuese más rápida. Con eso lo convencí de casarse conmigo. En dos días sabré su respuesta real, pero debo decir que mis posibilidades de ser lady Warwick son muy altas. Otra cosa, padre. No se escandalice por mí, todas sus hijas besaron a sus esposos antes de casarse con ellos. No me parece justo que me juzgue y a milord. Además, tenga en cuenta que en ningún momento fue culpa de él, sino mía, porque la interesada en ese matrimonio soy yo.

—Qué humillante para una dama tener que besar a un caballero, Camellia —la reprendió su madre.

—Yo lo llamo tomar la iniciativa. Sé que no es algo convencional, pero me considero muy madura para creer que buscarme un futuro pueda ser considerado una humillación.

—Antes de indignarnos, esperemos que nadie los hubiese visto, para que Camellia pueda recapacitar. Entre todos los caballeros que bailaron con ella, estaban muchos que cuentan con tiempo suficiente para dedicárselo a su futura esposa. Un beso no dictará su destino si nada de esto sale a la luz —alegó Matthew.

—¿Cómo puedes hablar así? Tú no fuiste el mejor caballero para Lily y aún estás aquí porque ella te dio una oportunidad. Te escogió pese a todo. ¿Por qué no se la darías a alguien como lord Warwick? No es una mala persona, solo tiene sus prioridades desordenadas. Con mi ayuda podrá ser un caballero diferente y de bien. Considero de suma importancia que ninguno de mis cuñados pueda señalarlo.

—No lo estoy señalando, solo me preocupo por ti. Eres una mujer sensible y lord Warwick es un insensible que se escapó de algún manual de crueldad. No quiero que te arrepientas de buscar

una competencia para los esposos de tus hermanas. Nadie compite, solo queremos ser felices —aclaró Matthew.

—No soy sensible, puedo adaptarme a las situaciones. Estoy segura de que milord cederá como ustedes, aunque no sé cuánto tiempo y esfuerzo me lleve.

—Camellia, si te hace sufrir demasiado, no tendrás forma de escapar en el matrimonio. Como Matthew, temo que tomes una decisión equivocada —confesó Lily.

—Lo sé, pero tengo fe en que detrás de todo lo que nos muestra, existe algo que vale la pena explotar.

El letrado no podía creer que la menor de sus hijas terminara siendo tan determinada, confiada y quizá hasta tonta. No quería que ella sufriera, pero no podía evitar que siguiera su propio camino, él solo podría ofrecerle un hombro para llorar si lo necesitaba, porque sospechaba que terminaría entre lágrimas, pidiendo a alguien que evitara que se ahogara.

Después de llegar a su casa, se despidieron de Lily y Matthew, ellos tomaron su propio carruaje para ir a su residencia.

—Jovencita, tenemos que hablar sobre andar besuqueando caballeros. No es bien visto y no importa que tus hermanas lo hubiesen hecho y si lo hicieron, al menos me evitaron el dolor de saberlo —espetó su padre cuando ella subía las escaleras.

—Lo lamento, padre. Estaba defendiendo a milord. Sí, sé que tiene muchos defectos y que no es una persona fácil de tratar, pero confío en mis capacidades.

—No sé si eres confiada o arrogante, Camellia. Cuídate de eso y de no estar cometiendo un grave error al apresurarte sin conocer a otros candidatos.

—Padre, es cuestión de esperar hasta dentro de dos días. Ahí tendré mi respuesta. Si no le apetece el trato que le ofrezco, en donde, claramente, estoy en desventaja porque solo tendré un título y nada más, continuaré la búsqueda de esposo. Si todos confían en que él se comportará como un verdadero rufián, entonces rechazará el negocio que le ofrezco. Paciencia es lo único que pido.

—Espero que tengas razón, porque deberías considerar si te dice que no.

—Quizá mi corazón se resquebraje un poco y pierda confianza por unas semanas, pero soy una Preston y nosotras no nos rendimos...

Martha le tocó el hombro a su hija y su enfado disminuyó. No podía creer que la estuviese convenciendo de no reprenderla después de su confesión. Era la última que quedaba en la casa y no tenía intención de que sus últimos meses ahí fuesen horribles, porque en cualquier momento ella les daría la sorpresa de que los dejaría para construir su vida con algún caballero y, como su madre, solo esperaba que fuese con alguien que valiese la pena.

***

Roger tuvo que ayudar a su abuela a subir al carruaje para partir rumbo a su residencia, porque aquella había bebido más de la cuenta y estaba feliz, hasta olvidó reclamarle su falta de ánimo para bailar con otras jóvenes esa noche.

—¿Cuándo volveremos a salir, encanto? Tu abuela quiere disfrutar de lo que le queda de vida. Mis amistades están más atrevidas que antes. Una de ellas desea volver a casarse. A esta edad eso es un disparate. Dijo que el viejo duque de Marrigton era una excelente opción, no necesitaba herederos porque los tenía y todavía le parecía atractivo. Es cierto que conserva cierto atractivo a través de las arrugas, pero no sé si sea bueno casarse.

—Alguien quiere cometer el mismo error dos veces. Es una tontería.

—No porque tú tengas un problema con el sagrado matrimonio, todos deberían tenerlo. ¿Cómo te fue con lady Camellia? Esa jovencita es lo que necesita esta familia. Es tan bella, hasta con antifaz.

—Esa mujer es la encarnación de la manipulación. Se atrevió a discutir conmigo sobre las ventajas de un matrimonio con ella.

—Qué agallas, qué audacia. Es la mejor condesa que conseguirás siendo un hombre hostil, si se te ofreció, no dudes en aceptar. ¿Te convenció de algo?

—De lo que me convenció es que, si llegara a casarme, no necesitaría salir de casa ni perder el tiempo, ni soportarla a usted como si se tratara de una mujer casamentera demente. Debo confesar que me dio argumentos suficientes para considerarla...

Los ojos de la condesa viuda brillaron de emoción.

—¡Esa joven es mágica! Todo llega a su tiempo y a ti, esa mujer te llegó en el momento exacto...

—No dije que la aceptaré, sino que lo consideraré, no es lo mismo, abuela.

—Considerarlo es, en tus términos: cincuenta por ciento de que será un sí. Tú mismo predicas sobre las probabilidades. Solo quedaría una cosa para desequilibrar la balanza.

Ese desequilibrio lo tenía guardado en su mente. Fue un momento tan extraño y reconfortante que debía hacerlo a un lado para tomar una decisión racional sobre el futuro. Había mucho más en juego que pensar con la cabeza equivocada.

—Le dije eso para librarme de ella, eso es todo. No significa nada para mí. Todavía sigo sin saber qué hice para merecer semejante persecución, pues esto no se puede describir de otra forma. Nada es coincidente con esa mujer. Me ha estudiado y ni siquiera sé con qué información. Me ha ofrecido cosas que nadie debería estar diciendo en voz alta por los salones. No tiene escrúpulos, ni vergüenza, pero le sobran agallas. El letrado no educó bien a esa niña, si lo hubiese hecho, esperaría que alguien se le acercase. ¿Por qué yo, que no tengo interés? ¿No fue usted quien le pagó dinero a esa joven o prometió mi cuerpo en compensación si lograba sacarme del despacho, abuela?

—Si hubiese urdido ese plan, tú estarías casado al menos por cuatro años, querido. No se me ocurrió semejante genialidad. Si en mi otra vida reencarno como casamentera de otro nieto, tendré esa idea en mente. Sí que me crees capaz de muchas cosas, cuando lo único que he deseado es que seas un hombre común y feliz. ¿Acaso pido demasiado para morir tranquila?

—Sí, cuando usted muere tranquila, yo me quedo con el problema. Descansa en paz, mientras que yo me escondo para intentar hacer lo que me gusta.

—Eres el rey del dramatismo. Ninguna esposa demanda tanto tiempo. Eso es producto de tu imaginación. ¿Sabes que esa casa en la que vives cuenta con salones privados para tu esposa? Si no quiere verte, tiene lugares en donde estar bien y si tú no la quieres ver, solo puedes adivinar en qué lugar estará. Lo que importa es que pensarás en ella y cuando puedas decidirte por lo que se verdad conviene, serás feliz, querido.

—Tengo dos días para pensarlo. Solo me ofrece una ventaja: que no volveré a escucharla decir que debo casarme ni ir a los bailes para buscar a una mujer que, en lugar de regentar una casa, debería estar en el regimiento por lo mucho que le gusta mandar.

—Divertirás mucho a esa joven con tus ideas, Roger. Solo necesitas abrir tu mente y no buscar excusas que te permitan justificar tu forma de vida de murciélago.

—No soy un murciélago.

—Pero actúas como uno. Permaneces el día entero en tu despacho, colgado de esa silla y sales por la noche, pero para beber con tu asistente al que torturas y no le das una oportunidad de tener una vida propia. No porque te guste ser un animal de la oscuridad, los demás deben seguirte el ritmo. Una esposa es lo que necesitas para humanizarte, porque ahora pareces todo, menos un humano que respeta los intereses ajenos.

Roger levantó las cejas al oír lo que su abuela pensaba de él y que, ciertamente, nunca se puso a pensar. Guardó silencio hasta llegar a la casa. Después fue a su habitación en donde Donald lo esperaba en camisón, quizá aquel tuviese mucho sueño.

—¿Cómo le fue esta noche, milord? Lo veo un poco serio y tal vez hasta envejecido. ¿Su abuela lo maltrató?

—Siempre lo hace, pero esta vez no me golpeó con su bastón, sino que lo hizo con sus palabras. Es una mujer malvada.

—Ella está convencida de que busca algo para usted... —Donald lo ayudó a quitarse el frac—. ¿Encontró a lady Camellia en el baile?

—Ah, sí, ese es otro golpe del que todavía no me recupero. Fui con toda la confianza del mundo, determinado a sacármela de encima... —Él se detuvo, no pudo continuar su historia desgraciada.

—¿Y lo logró?

—No. Le dije que lo consideraría y ella me dio dos días para responderle... —Roger se tapó el rostro, avergonzado—. ¿Todavía crees que estoy a tiempo de decirle que puedo hacer otro estudio de que su idea de llevarme al altar fracasará?

— No podrá cambiar las cosas si desde el principio no confía en ello.

—Sí, lo más probable es que termine convencido de que mi nombre ni siquiera es Roger y me llamo Encanto.

Capítulo 15

Un día había pasado del asunto con Camellia y Roger no podía concentrarse en nada de lo que antes ocupaba su mente. En ese instante, lo hacía todo a medias y por inercia. Ese día visitó su taller de carruajes y no pudo dar una sola orden, se pasó el tiempo asintiendo, como si no recordara cómo dar órdenes. Sus pensamientos estaban ocupados con la propuesta de la joven y cómo contrarrestar, todavía creía que podía dar la vuelta a la situación a su favor; sin embargo, su otra parte racional hacía las cosas más difíciles porque le daba la razón a ella, como si lo que él pensara estuviese mal.

Donald no se animaba a decir nada, sabía que la cabeza de Roger no estaba vacía, sino que estaba centrando su atención en algo que le preocupaba. Durante el resto del día intentó hacer cálculos. Sacó su regla del frac, midió, subió, bajó, escribió, pero nada lograba hacer que dejara de pensar en que tenía un solo día para responder.

Después de la cena, Roger ni siquiera se empeñó en regresar a su despacho. Ese lugar estaba clausurado en su cabeza. Se quedó en el salón, sirviéndose whisky.

—Siéntate, Donald... —ordenó a su asistente—. Estoy en declive. No me gusta sentir que no sirvo para nada, pero no puedo pensar con claridad. Tengo en mente a lady Camellia Preston, a su propuesta y...

—¿Y qué más pasó que no me ha contado?

—No creí que fuese importante contar que se atrevió a besarme.

Donald quería aplaudir como una foca al escuchar eso. Llevaba años sin saber si su amo se involucraba con alguien cuando se

reunía con otros caballeros.

—Eso debió ser algo sorprendente, milord.

—Sí. Ella dijo que serviría para que me decidiera más rápido.

—¿Y cree que está funcionando?

—No, porque debería poder pensar y no puedo. El recuerdo me paraliza. Cada vez que estoy a punto, la sensación acude a mi cuerpo y me limita.

—Mmm... Eso suena como a que le falta un poco de... Usted sabe, una mujer para que baje sus deseos libidinosos. Estoy seguro de que se ha reprimido por tanto tiempo que, ahora que esa joven lo besó, sus demonios se han desatado y vive constantemente acosado por la espada que quiere desenfundarse. Es evidente que no podría pensar con claridad.

—¿Crees que yendo a un burdel esto terminará?

—Tiene experiencia, milord. Su padre lo llevaba con frecuencia cuando era más joven y siempre volvía con más ahínco para continuar con sus cosas o si no quiere ir, puede recurrir a alguna doncella de la casa o complacerse a sí mismo.

—Ni pensar en lo de la doncella, sería incómodo tener que verla todos los días como si me aprovechase de ella y con lo otro, no tengo catorce años para desvivirme matando al ganso.

—Entonces va a un burdel o se queda a apretar su entrepierna si todas las opciones le parecen repugnantes. No se buscó una amante cuando debía.

—Nunca consideré que fuese importante. Me mantuve lejos de lo prohibido para no estar cansado y hacer lo que me gusta. Ahora esta mujercita se atravesó en mi camino jugando con un arma que ni siquiera sabe cómo se usa. Terminará disparándose en el pie.

—Entonces cásese con ella, no necesitará complacerse, ni amantes, ni burdeles, ni doncellas. Es una mujer dispuesta y, además, tiene la obligación de darle un heredero. Este asunto será pan comido si lo hace como debe.

—¿Lo notaste? ¡Otra razón más para aceptarla! La odio, odio a esa mujer que entró a mi vida para ponerla de cabeza, pero no podrá conmigo. Aquí uno de los dos será beneficiado y ese seré yo. —Él comenzó a sudar como si se sintiera enfermo y también a respirar con dificultad.

—¡Oh, milord! —Donald se apresuró a coger el abanico de la abuela de Roger para ayudarlo a tener un poco de aire—. No tenga un ataque de rabia, debe calmarse.

Mientras que Donald intentaba que le llegara el aire a la cara, Roger quería apretar el cuello de Camellia hasta dejarla como una cuerda fina, así no podría tener razón. Odiaba que le ganara una criatura con una inteligencia inferior, alguien que no podría proyectar sus gastos ni siquiera a dos días. Esta joven era la viva imagen de que una mujer no necesitaba ser inteligente, solo más astuta que el resto. La inteligencia y astucia no eran lo mismo. En líneas simples, ella era una oportunista que encontró al tonto y perfecto intratable para poder presentarlo ante su familia llena de defectos. Sí, eso era con exactitud. Ahí no existían sentimientos, salvo tal vez una atracción de su parte hacia Camellia. La dama estaba más centrada en agradar a otros que en pensar en el infierno que podría vivir a su lado, y él no le daría mucho que pensar, solo haría que reconsiderara ese matrimonio si aceptaba el negocio.

Poniendo los puntos sobre las íes, era conveniente. No tendría a su abuela exigiendo, ni a las personas murmurando sobre su hombría, tampoco la persecución de una mujer con gustos extraños, tendría su dote y la posibilidad de engendrar herederos para que se quedaran con todo lo que él había hecho a lo largo de su vida. Les enseñaría que lo más importante era ser visionario y llevar su propio dinero como se debía.

—¿Está mejor, milord? Hace tiempo que no tiene este tipo de ataques, desde que lord Remington declinó su oferta de compra de los caballos hace cinco años.

—No me recuerdes ese episodio horrible. La rabia es una emoción terrible para mí. No puedo controlarla, la evito todo el tiempo posible, pero estoy bajo mucha presión.

—Trate de descansar esta noche y pensar en lo que hará mañana.

—No tengo nada más que pensar. Aceptaré la propuesta de lady Camellia Preston, la convertiré en lo que quiere: mi esposa. Me ofrece ventajas, es un negocio en donde no se habló de afecto. Aquí haremos lo que hemos dicho, seremos prácticos.

—Eso lo discutirá con milady cuando llegue ese momento. Las damas son sentimentales, no creo que tenga el mismo objetivo que usted.

—Ella dijo que solo quería un matrimonio para presumirme ante su familia y es lo que le daré. Ofreció dote, contactos y herederos. Es lo que cualquiera desearía para sacar provecho. Me ahorra el arduo trabajo de buscar a una mujer. Oye, parece que terminó persuadiéndome, tiene talento. Puede que le pida que organice cenas para que pueda ayudarme a conseguir personas serias para invertir. Su verborrea es poderosa, imagina poder convencerme de que necesito una esposa. Puedo hasta considerarla como una socia.

Donald se encogió de hombros, entendía que el conde prefería tener a esa joven como socia que cumplirle netamente como esposo. Resultaba algo excéntrico, pero, como él mismo dijo, la mujer tenía un talento innato o él fue seducido sin que se diera cuenta. Aquel aún no sabía qué le había golpeado, solo entendía que la solución para poder continuar con su vida normal era casarse con su fuente de problemas.

Después de esa noche, Roger siguió pensando en Camellia y en cómo haría para comunicarle su decisión. ¿Tendría que ir a su casa o le enviaría una misiva? Lo mejor era mantener distancia para que él no estuviese pensando en cosas que no se le habían perdido. Llevaba luchando todo un día con la excitación que lo perseguía. No se había sentido así desde que era un joven explorando su sexualidad en solitario, hasta que su padre dijo que era un estúpido por no usar lo que Dios había puesto a su disposición en los burdeles. Él también lo acompañaba y entraba con alguna que otra mujer en una de las habitaciones disponibles. Entendía que engañaba a su madre, pero a ella parecía no importarle, porque recordaba en un momento que el mismo Roger se lo dijo; sin embargo, su progenitora había respondido: «Mejor, así no me molesta». Su madre era lo que algunos llamaban frígida, pero no por eso su progenitor dejaba de prestarle atención, siempre la buscaba, deseaba su compañía, y en la mayoría de los casos, terminaba rechazado, y en la minoría, acababa sosteniendo alguna cosa para sus experimentos.

Con los años, quizá esa imagen tan deteriorada de un matrimonio desigual hizo que él considerara al casamiento como un castigo más que como algo importante, y más aún porque él tenía muchos rasgos maternos, como esa excesiva concentración y persecución en lo que le importaba. Tenía el cuerpo de su padre y el cerebro de su madre. Quizá su propia mente lo protegía del vacío y el engaño. No sabía lo que le deparaba el destino en compañía de esa dama que quería introducirse en su vida. Podría repetir la historia y, la verdad, él no tenía muchas ganas de eso, por lo que no sabía cómo se darían las cosas con Camellia. Su pasado era una marca que había enterrado, pero con los acontecimientos recientes, los muertos salían con olor putrefacto para recordarle que la convivencia podría ser el punto de inflexión que los separaría estando unidos en matrimonio.

Por la mañana, Roger cogió un papel, tinta y pluma para escribir su decisión y así poder quedar libre de comunicarla. No sería algo

largo, sino escueto, porque no necesitaba demasiadas explicaciones para decirle sí a una propuesta descabellada. Quizá ella le ganó por cansancio, aunque eso no la eximía de haber cumplido su objetivo. La convivencia sería otro asunto que tendría que resolver sobre la marcha.

***

Camellia no había podido dormir bien en los últimos días. Al percibir la luz del sol filtrándose por la ventana, comprendió que ese día recibiría la confirmación sobre si sus argumentos habían logrado persuadir al conde. Siempre se mostraba confiada frente a los demás, pero cuando estaba sola en las sombras de su habitación, dudaba de su propia cordura. ¿Qué podía ganar presionando tanto a alguien para conseguir su objetivo? Ese caballero era difícil, pero ella no era como la seda, por lo que podía ser tan peligrosa como él si lo deseaba, aunque ella no quería cosechar tempestad, anhelaba la vida feliz de sus hermanas, ese era su único afán.

Al llegar al comedor para el desayuno, ella bostezó.

—Buen día... —saludó somnolienta.

—Buen día, Camellia, ¿cómo amaneciste? —replicó su padre con una sonrisa.

—Con dudas. Hoy es el día en que debería recibir una respuesta de lord Warwick.

—Es cierto, aunque, siendo sincera, no creo que te responda. Debió decirte eso para librarse de ti —alegó Martha sorbiendo un poco de té.

—¿Lo creen? Es un caballero, no creo que sea capaz de ser un hombre tan mezquino.

—Mmm... Cuando alguien quiere huir del matrimonio, lo último que importa es la mezquindad. Si no te responde, estarás bendecida

de todas formas. Siempre hay otros hombres con malos antecedentes, de esos abundan, no deberías encapricharte por uno. Podríamos dar una vuelta por Bedlam o por alguna taberna. Siempre hay gente arrastrándose por ahí, con las ideas de esta familia, cualquiera de esos podría ser un buen candidato.

—No sea injusto, padre. Considero que elegí a alguien que, si bien no corta manos, ni asalta gente y menos anda gritando a todos, es lo bastante despreciable para formar parte. Solo ustedes no pueden ver el encanto de lord Warwick.

—Por supuesto que no podemos verlo, querida, está demasiado oculto, tanto, que tal vez ni exista o solo esté en tu cabeza. Todo puede ser posible —siguió John. Él sabía que no podría convencer a Camellia de nada. Su mente era demasiado decidida para cambiar algo.

Ella se sentó para desayunar y, antes de hacerlo, el mayordomo se acercó con algo que parecía una carta en la mano.

—Disculpen, un lacayo vino a traer esta carta y pidió que le entregara a lady Camellia Preston... —dijo extendiendo el sobre hacia la joven.

Camellia quedó paralizada. ¿Podría ser posible que fuese la respuesta que esperaba? ¿Era una carta de lord Warwick?

Capítulo 16

No tuvo que esperar mucho para saber. Después de que el sirviente dejó aquello y se retiró, observó el sello. Era de lord Warwick. Levantó la mirada hacia sus padres que estaban expectantes.

—Es de él...

John se removió incómodo en su silla. Esperaba que fuese un rechazo educado después de que se dejara besar por una dama tan liberal como Camellia.

No esperó a buscar el abrecartas, lo hizo con un cuchillo de la mesa. Al abrir el papel, comenzó su lectura.

Lady Camellia Preston,

Me parece inadecuado empezar esta carta con la palabra «estimada», la ahorraré en esta ocasión y sé que entiende la razón. Por lo demás, podemos continuar con lo que nos compete: acepto el trato de ser su esposo, con la condición de que debe cumplir con todo lo que ha prometido.

Atentamente,

Lord Roger Cecil, conde de Warwick.

—Ha sido muy amable con su misiva... —comentó bajando la carta sobre la mesa. Estaba digiriendo la idea de que había conseguido lo que se propuso.

—¿Y qué dice la carta? —cuestionó Martha, curiosa.

—¿Quiere los términos resumidos o entero, madre?

Martha cogió la carta, la leyó y puso cara de que había metido una lima en su boca.

—Excelente futuro yerno el que nos espera —masculló entregándole el papel a John.

El letrado observó con asco las palabras que el hombre había escrito. ¿Cómo que su hija no se merecía ser estimada? Quería tirarle los dientes de un golpe.

—Todavía estás a tiempo, Camellia. Este hombre ni siquiera puede ser cortés por el hecho de serlo.

—Está perfecto. No necesita mentir para agradarme. Todavía no puedo creerlo; sin embargo, hasta que no tenga un anillo en mi dedo, no cerraré esto.

—¿Qué harás? —indagó su madre.

—Es sencillo, le pediré el anillo para que pueda creerlo. ¿Creen que solo él puede ser un desalmado en las letras? Puedo competir en esto...

—La pareja no es competencia, Camellia —aconsejó su padre.

—Pues hasta que él se convierta en una persona decente, será ojo por ojo... —Ella se levantó de la mesa sin haber desayunado.

—Tu desayuno, cariño —pronunció su madre.

—Esto es urgente. ¿Cómo puedo presumir de un prometido sin anillo? Seguiré consiguiendo más de ese hombre.

—Lo cansarás y llorarás cuando estés sola, Camellia. Ten cuidado —la previno su padre.

Aquella siguió su camino a la biblioteca. Ahí tenía lo necesario para poder escribir.

—¡Camellia! —la llamó William al verla pasar por ahí.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —cuestionó acercándose para darle un beso en la mejilla.

—¿Quieres jugar croquet?

—¿Solos tú y yo?

—Dimitry sigue durmiendo, seríamos solo los dos.

—¿No has desayunado?

—Aún no. Mi padre se ha puesto un poco exigente con sus enseñanzas. Dice que tuvo un susto de salud hace unos días, ¿qué le pasó?

—Debió ser por mi causa. Le dije que lord Warwick me besó y eso no le gustó mucho.

—¿Por qué yo no sabía de esto?

—Porque tú y Dimitry no han dejado atrás la edad de piedra, son unos cavernícolas. No queríamos un escándalo más, ya sabes, Cedric es suficientemente escandaloso para que le hagan competencia.

—¡Pero si enfermaste a nuestro padre con esto!

—Me voy a casar con él, no es un problema. Ve y conversa con nuestro padre, después aprovecharé para extender tu invitación al croquet para jugarlo con nuestras hermanas, al menos las que puedan hacerlo.

William miró con molestia a Camellia y después fue al comedor. Ahí vio a su padre y a su madre con una carta frente a ellos. Ninguno tenía buena cara.

—¿Qué pasa? —indagó. Después cogió la carta y la miró con incredulidad. Arrugó aquello y los observó con detenimiento—. ¿Van a dejar que esta alimaña se integre en la familia?

—Golpeaste a tu último cuñado, no tendrías mucho problema en aceptar a este. Camellia lo quiere... —aclaró su padre.

—Tuve que aceptarlo porque se llevaba mejor con usted que con Iris, pero este hombre que ni siquiera sabemos si es en verdad eso, es demasiado.

—Al menos no es un delincuente ni un hombre vengativo que quiere enterrar personas. Debemos dejarlo pasar...

—¿Vamos a dejar pasar esto? Ese hombre ha hecho que usted se sienta mal.

—Él no es culpable de eso. Mi edad es el problema, ya no soy tan joven como antes y tampoco quiero pelear con alguien como Camellia, consumirá mi paz y a estas alturas de la vida, no la contenta una bolsa de monedas.

—No debería darse por vencido, padre, pero tampoco puedo exigir nada más; sin embargo, si algo llegara a ocurrirle a usted, lo pagará Camellia con su futuro esposo. Este es una verdadera escoria. A veces este tipo de personas te hacen preferir delincuentes.

Camellia escribió su respuesta para Roger, una que estaba segura de que lo dejaría echando espuma por la boca. Él creía tener la última palabra, pero quien manejaba este tablero de ajedrez era ella.

También escribió a sus hermanas para que fuesen a jugar en el jardín, todo era más divertido cuando podían hacerlo en grupos grandes. Además, sus cuñados eran muy divertidos. Charles era competitivo como Matthew, mientras que Alexander siempre perdía las bolas, alejándolas de él por la fuerza con la que golpeaba; Cedric

era tan hábil como una rata, siempre robaba la oportunidad al resto, a él no le interesaba más que quebrantar a William y Dimitry que competían abiertamente con los cuñados más antiguos.

Ella aseguraba un día divertido para su familia, a la vez que imaginaba la cara de su prometido. Al escribir esa breve carta con su pedido. Quería saber qué le respondería. Le resultaba gracioso quizá verlo perder los estribos, tal vez llamándola víbora.

La sorpresa inicial de saberse comprometida estaba pasando a segundo plano para poder concentrarse en lo que venía después: el matrimonio. Había conseguido una cosa, le faltaba otra y era la más importante: conseguir su cariño y ser feliz como las mujeres de su familia. ¿Sería capaz de conseguir aquello o terminaría siendo una guerra diaria entre ambos hasta la muerte?

***

Roger avanzaba con su día más tranquilo. Después de enviar la carta, su concentración regresó y pudo volver a hacer números como si nada hubiese ocurrido. Él no acostumbraba a desayunar con su abuela, puesto que esta, en ocasiones, se levantaba tarde y más después de una resaca por haber compartido tantas copas de vino con las otras antigüedades a las que llamaba amistades. Debía admirar que ella sí sabía aprovechar cada salida que tenía para divertirse.

—Hoy lo veo más concentrado, milord... —comentó Donald.

—Es porque terminé enviándole la carta a esa mujer para finiquitar el asunto.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa? Se casará, lord Warwick. Pronto tendremos aquí a una dama que estará todo el tiempo. No veo que sea algo malo, pero sí cambiarán muchas cosas.

—¿Por qué algo debería cambiar con ella aquí? Debe limitarse a hacer lo que hacen las esposas y, hasta donde tengo entendido, eso

incluye no molestar al esposo.

—¿Sabe cuáles son las funciones de una esposa?

—No, porque mi madre nunca fue convencional.

—Se encargará de dirigir su casa, de decidir sobre lo que comerá, organizará eventos, educará a sus hijos y le pedirá que tome té con ella cada tarde en el jardín...

—¿Lo del té es necesario? ¿Hay un manual para eso? ¿Estás seguro de que es lo que les enseñan a las damas? No creo que sea un requisito que el esposo esté todas las tardes a la hora del té.

—No lo sabemos, pero es lo que se acostumbra, según lo que he oído de otros sirvientes. Como sabe, he conversado con los de las hermanas de milady y fue bastante revelador lo que hallé.

—¿Qué puede ser tan revelador?

—Que esas mujeres están acostumbradas a mandar. Sus esposos no abren la boca y siempre están de acuerdo con ellas. Le sorprenderá saber que el más dócil de todos es el antiguo lord del Almirantazgo, dicen que la adora y dicen que, si algo le llegara a ocurrir a su querida condesa, él morirá. Ellos las adoran, pese a que la mayoría se había negado a casarse con aquellas, salvo el último cuñado, ese sí estuvo detrás de la hermana de milady desde un principio.

—Eres más chismoso de lo que pensaba, Donald.

—Usted dijo que averiguara todo, pero como siempre descarta las partes personales, no se lo dije; no obstante, ahora que usted entrará a esa familia, considero que merece saber en qué nido se meterá. Para su buena fortuna, son todas personas con dinero y muy felices con sus esposas, espero que no desentone.

—Te pareces a esa mujercita que será mi esposa. Quiere que encaje con estos personajes extraños. A mí ninguna mujer me manejará como si yo fuese el carruaje, aquí yo soy el caballo.

—Espero que milady no sea el cochero, milord, o tendrá problemas, porque ese controla al caballo y al carruaje.

—El cochero es mi abuela, no me queda duda de eso. Al menos si ella permanece aquí por un tiempo, no tendré que preocuparme por la compañía con lady Camellia. No estoy para juegos y más cuando mañana tengo una reunión importante en el parlamento. Ellos sí quieren hablar conmigo de cosas relevantes.

—No olvide contar que usted está comprometido si las cosas se complican en la reunión.

—No será necesario tener que decirlo, es un ambiente de negocios, no hablaremos de asuntos personales.

—Esperemos que sí.

—Con su permiso, milord. Un lacayo ha traído una carta para usted... —comunicó el sirviente que interrumpió la conversación entre Donald y el conde.

—¿Sabes de dónde es?

—Sí, de parte de la casa de la familia Preston.

Roger miró a Donald con suspicacia, cogió el sobre e hizo un gesto de la mano para que el sirviente se retirara.

—No esperaba nada de milady...

—Pues quizá solo desee saber sobre cuándo pedirá su mano oficialmente, o sea, una fiesta de compromiso.

—¿Fiesta de compromiso? ¿Por qué todo lo quieren celebrar?

—Eso es lo que hace la gente normal, milord. Lea su carta...

El conde observó aquel papel con desconfianza y apretó los labios.

Lord Warwick,

No puedo llamarlo estimado, porque no me considera estimada; sin embargo, le devolveré cierta cortesía al decirle que para que exista un compromiso falta un anillo. ¿También necesita que le ponga un tiempo prudente para que comience a buscar un anillo decente en su joyero familiar? Esperaré la joya antes de la hora del té.

Atentamente,

Su futura esposa.

—Me está pidiendo un anillo... ¡Me está pidiendo un anillo con una osadía que no pensé ver jamás! ¡No puedo casarme con esta alimaña!

—¿Me permite? —preguntó Donald queriendo leer la carta.

—Toma, llévatela, quémala... ¡Víbora!

Él arrojó la carta hacia su asistente. Aquel la leyó y después la colocó sobre el escritorio.

—Debería considerar darle un anillo. Es una mujer con demasiadas agallas. Puede causarle problemas si no lo hace.

—¿Qué problemas?

—Hablar con sus hermanos y cuñados, aislarlo económicamente de los contactos importantes. Ella tiene poder y lo sabe. Jamás hubiese escrito esto si no estuviese confiada en que la suerte está de su lado.

—Lo único que quiero es paz. Si una sortija me lo dará, pues se lo pediré a mi abuela. Ha mencionado que me dará su anillo que, según ella dijo, está esperando a la nueva lady Warwick o, mejor dicho, lady viperina. ¿En qué me metí por seguir consejos en lugar de oír a mi razón? Prefiero arder en el averno que saber que mi casa será invadida por colores pastel y aroma a lavanda. No hay nada peor que una mujer se encapriche con alguien que, claramente, no la tolera. Todo esto lo hizo un beso, un maldito beso. Pensé con la cabeza equivocada. Estas cosas pasan por usar la de abajo y no la de arriba. ¡Qué Dios se compadezca de mí y disminuya mis días si esta mujer convierte mi casa en su salón personal!

Capítulo 17

El conde dejó su silla, con la carta de Camellia comenzó a abanicarse como si necesitara más aire. Estaba nervioso, sentía que aquella mujer lo había provocado con su respuesta. Ella esperaba tener la última palabra, pero no le daría el gusto.

—Le daré exactamente lo que quiere: un anillo.

—Es razonable, milord. Una dama querrá que usted le dé un anillo de compromiso.

—No se lo daré, se lo enviaré. Iré a buscar a mi abuela.

Él salió de su despacho y fue hacia las escaleras para despertar a la anciana, pero ella ya estaba en la planta baja con un periódico en la mano. Cambió su camino y se colocó frente a ella.

—Necesito su anillo... —dijo extendiendo su mano hacia la condesa.

—Lo que necesitas es aprender modales.

Al terminar de decir eso, la mujer cogió su bastón y le golpeó las rodillas, haciendo que Roger aullara de dolor.

—¡Maldición y condenación, abuela! ¡Qué demonios le ocurre!

—Que no eres educado y me exiges cosas. Deberías cambiar el tono y reconsiderar... Espera... ¿Me pediste un anillo? ¡Me pediste un anillo! Oh, encanto, lo siento tanto. Soy una abuela terrible... —expresó la mujer al ver a Roger acariciando sus rodillas con el rostro enfadado.

No podía creer que, después de haber sido maltratado y humillado, su abuela solo dijera eso, una disculpa escuálida sin interés genuino.

—¿Por qué primero no preguntó para qué quería el anillo?

—¿Y por qué no saludas primero, Roger? Deberías considerar la idea de un preceptor para adultos. Necesitas alguien que te diga que eres un maleducado.

—Ya tuve un preceptor y aprendí lo que quise. Eso es suficiente. Ahora lo que necesito: el anillo.

—¿Significa que le pedirás matrimonio a lady Camellia?

—No, significa que acepté un trato que será ventajoso para mí. No es lo mismo que me pida matrimonio. Estos son negocios.

—No importa el concepto, lo que importa es el fin y ese es casarse y tener hijos. ¡Oh, Roger, estoy tan orgullosa de ti por ser un excelente negociante! No podrías tener a una mujer mejor que esa para ti. Será muy bueno tenerla aquí, ya verás cómo tu vida mejorará.

—No estoy seguro de eso, pero asegura una gran financiación para proyectos futuros con una dote.

—Sigue sin importar la razón por la que te cases, solo no seas como tu madre, eso destruyó su vida, la de tu padre y la tuya.

—Abuela, guarde esos consejos para que los gusanos lo devoren cuando muera. No estoy interesado en hacer nada como lo que hizo mi madre, solo quiero paz para seguir con lo que me gusta. Ahora, el anillo...

—Ven a mi dormitorio...

La dama se puso de pie y comenzó su lenta caminata hacia la planta alta, cogiendo el barandal de la escalera para ayudarse.

—Debería beber un poco de vino para que apresure el paso, abuela... —se burló Roger con una sonrisa sardónica en el rostro.

—Si tú quieres seguir durmiendo en el segundo piso, es mejor que cuides tu boca, porque necesitarás tus rodillas para hacerlo, encanto. ¿Seguirás sonriendo así? Todavía me quedan un par de semanas hasta después ir a visitar a otro de tus primos. Necesito casarlos a todos antes de morir. Ninguno se escapará de mí.

Él rodó los ojos, porque su abuela nunca mejoraría en ciertos aspectos. Estaba empeñada en dejar a sus nietos casados y felices antes de irse de este mundo.

Al llegar a la habitación, Roger entró y el olor a lirios, lavanda y solo el diablo sabía qué otro aroma perfumado recorría ese lugar. Él se tapó la nariz con la mano izquierda.

—¿Qué olor es ese? —cuestionó el conde.

—Es una mezcla de flores. Es delicioso, ¿verdad? Además, los ramos están adornando mis floreros. Cuando la primavera está presente, debemos disfrutarla. El invierno se encargará de que nada perdure...

—Es nauseabundo. ¿Está segura de que no cogió alguna hierba extraña del jardín de mi madre? Sabe que los olores que emiten pueden ser peligrosos cuando se mezclan con otros componentes.

—No, solo he cogido flores conocidas. Ya te digo que por algo yo sigo aquí y ella no. No tengo ningún conocimiento de botánica, pero hice lo que las damas normales hacen: cogen cosas normales. Eso nunca fallará.

La mujer rebuscó entre sus joyas basura y halló una cajita, la abrió y dentro estaba un retazo de terciopelo. Al quitar eso, pudo ver el anillo que llevaba tiempo guardado.

—El anillo gota de sangre. Es el que tu abuelo me dio y yo heredé a tu madre, cuando ella murió, regresó a mí. Ha estado en la mano de varias condesas desde la creación del título. Este rubí no tiene un significado particular, pues de haberlo tenido, tu progenitora

no hubiese sido tan terca y descuidada. No tuvo ni un porcentaje de razonamiento, no sabía lo que era ser una condesa, pero ¿qué podía hacer yo ante los deseos de mi hijo? —Ella le entregó el anillo a su nieto.

—Es un rubí...

—Sí, uno bastante grande en forma de gota. Lady Camellia me recuerda a tu padre, a su entusiasmo por tu madre, pero ella nunca mostró por él más que por sus pasiones. La soledad lo arrastró al poco tiempo y todos esos valores que le inculqué, terminaron empolvados en su corazón por el desamor. No sigas esos pasos, te llevarán a la muerte. Sé que no eres el más entusiasta con la idea del matrimonio, pero solo intenta ser feliz, no cuesta mucho poner de tu parte.

—Veremos cuánto de su parte pone lady Camellia para hacerme feliz.

—El amor es una calle de doble sentido, querido. Si no das, no recibes, si das, recibes. No esperes que ella haga lo que hizo tu padre y busque afecto en donde no debería.

—Si un amante hará que no me moleste, que sea bienvenido, le daré una habitación en la segunda planta, muy cerca de la suya, para que no la desatienda.

Después de dejar a su abuela en el salón, él fue a su despacho a escribir la respuesta para Camellia.

—¿Tiene el anillo? —indagó Donald.

—Sí, y se lo enviaré dentro de esta carta. —Roger colocó la joya brillante sobre el escritorio.

—Eso es muy valioso, milord. No debería enviarlo así. No desconfío de los lacayos, pero puede perderse una joya familiar de

generaciones. ¿Sabe lo que le hará su abuela si algo le pasa al anillo que ella llevó durante años?

Aquel imaginó la escena: él tirado en un charco de sangre con su abuela destrozando sus huesos y abriéndole el cráneo con su bastón.

—Eso es solucionable. Tú entregarás la carta en mano, a nadie más. No queremos que esto se convierta en una jungla en donde todos se vuelven peligrosos como primates con un cuchillo.

—Es una misión difícil, ¿esperará respuesta de su parte?

—No creo que ella quiera darme una respuesta después de esto, estará feliz con su anillo. Dicen que las damas son felices cuando tienen joyas. Es por eso que mi presupuesto, al que llamaste exagerado, se ajusta a lo que una mujer exige.

Donald se encogió de hombros, sabía que sería absurdo ponerse a insistir en tonterías sobre que no era lo ideal que un sirviente llevara un anillo dentro de una carta con fines malintencionados. Lo más probable era que terminara golpeado por una turba iracunda al ver semejante humillación ocurriendo frente a sus narices.

Roger se concentró en elaborar la carta concisa que sabía que no le quitaría una sonrisa a esa mujer, sino que quizá ella buscara alguna forma de devolver el golpe. Era una negociadora nata y no estaba dispuesta a ser humillada.

Cuando terminó de escribir, esperó que se secara antes de doblarla y entregársela a Donald.

***

En la residencia de John, su familia estaba en el jardín jugando croquet. Debían aprovechar el buen tiempo ese día para disfrutarlo. Martha y él apenas los observaban, porque estaban ocupados con la

nueva generación de niños de la familia disfrutando de revivir viejos momentos.

Matthew y Charles eran los que dominaban el juego de forma competitiva, mientras que el resto jugaba por diversión y Alexander por obligación. Él prefería un ambiente más tranquilo, pero nunca podía resistirse a una provocación bien hecha para arrastrarlo a hacer algo que no quería.

Camellia descansaba cada cierto tiempo, porque las damas no sudan y no pueden curtir su piel con el sol. En el juego era el lugar en donde se sentía mejor. Sabía tocar instrumentos porque, si no fuese de esa manera, la señorita Bruster la hubiese torturado con horas adicionales de prácticas. Trató de saber un poco de todo para no fallar. No era la mejor, de hecho, sus hermanas estaban especializadas en cada cosa, mientras que ella no podía ser buena en algo específico. Le gustaban más los juegos y se destacaba en el ajedrez, aunque eso no conquistara a los hombres, le daba largas horas de entretenimiento con el primero que cayera cerca para hacerle compañía, por lo general era su padre, intentando huir de alguna responsabilidad que no deseaba asumir dentro del hogar, o cuando alguna de sus hermanas tenía una crisis existencial que el dinero no podía cubrir y un consejo no alcanzaba a subsanar.

—Milady, en la entrada de la casa hay un hombre que desea entregarle algo en persona... —comunicó el mayordomo que se acercó y le habló en el oído.

—¿Es lord Warwick?

—Lo dudo, milady. Pese a que no conozco al caballero en cuestión, este está bien vestido, pero no es un noble.

Camellia trató de utilizar las dotes de su padre para desaparecer sin dejar rastro y creyó que lo logró. Fue hasta la entrada de la casa y ahí estaba un hombre joven con el rostro teñido por la vergüenza.

—Disculpe, milady. Vengo de parte de lord Warwick, soy su asistente. Le envió esta carta...

La joven lo cogió y, al abrirla, un anillo cayó de ella. Tanto Camellia como Donald miraron aquello. En ese instante, ella entendió el desafío, por supuesto que sí. El sirviente de lord Warwick cogió la joya y comenzó a limpiarla como si estuviese desesperado.

—¿Le dirá a lord Warwick que la eché?

—¿Por qué le diría eso? Yo la eché... Ahora déjeme leer esto antes de enviar una respuesta para este hombre que no podría hacerse llamar caballero ni si estuviéramos en el Apocalipsis.

Lady Camellia,

¿Quiere su anillo? Aquí lo tiene. No olvides que esto no es un asunto romántico, son negocios. Quiero lo que me prometió y ese es el trato.

Lord Warwick.

—Pase, me pondré creativa para responder.

Donald entró a esa casa y, al dar unos pasos en el salón, notó que varios caballeros estaban entrando y lo miraron como si se tratara de una alimaña a la que debían aplastar.

—Antes de que pregunten... Es una nueva carta de lord Warwick. Es tan encantador. Envió el anillo por su sirviente... —contó con una sonrisa hacia sus cuñados y hermanos.

Después de eso oyó el crujido de los dedos de algunos de ellos. Estaban haciendo un poco de calentamiento antes de tratar a Roger como una gallina y convertirlo en sopa.

—Muestra el anillo —ordenó Camellia a Donald.

Aquel lo hizo temblando. Matthew se acercó y después los otros.

—Al menos es una joya decente... —comentó Matthew retrocediendo unos pasos.

—¿Te parece decente que un hombre no entregue personalmente una joya a una dama y envíe a una gallina temblorosa en su lugar? —alegó Alexander, que señaló a Donald—. Si no le sirve la cabeza para pensar más allá de los negocios, ¿para qué la quiere? Podríamos ayudarlo a deshacerse de algo tan inútil. Los gusanos siempre son agradecidos al recibir un manjar.

El asistente de Roger quería que se lo tragara la tierra. Averiguó la reputación de cada uno de ellos y estaba seguro de que al más peligroso se le escapó una amenaza sincera y bastante peligrosa. Ninguno de ellos era un terrón de azúcar.

Capítulo 18

—No lo van a matar. No sean celosos porque él les gana en la descortesía. Lo adorarán en un par de semanas cuando estemos casados.

—No es una competencia de quién es peor, Camellia. Deberías preocuparte por casarte con un canalla que ni siquiera tiene un acto de civilidad al darle un anillo a su prometida. Esto es el principio de tu ruina mental —advirtió Dimitry.

—Dejen que resuelva esto con la misma civilidad con la que él me trata. Puedo solucionarlo.

A ellos les tocó esperar una respuesta. Donald se sentía incómodo de pie en la recepción. La familia lo observaba como si fuese la cena. Estaba seguro de que su amo se había metido en la boca del lobo jugando a ser inteligente, pero no sabía que la cueva de la maldad era ese sitio.

—Lord Warwick es un cobarde. Dígale que está en graves problemas si llega a hacer sufrir a Camellia —advirtió William, enfadado.

—Milord fue boxeador en Cambridge, caballero...

—¡Boxeador en Cambridge! ¡Yo hago competencias de boxeo y las he ganado todas, incluso a los mejores de Cambridge! Lo desayunaré sin masticarlo.

—Lord Warwick no ha sido criado de manera convencional. Solo soy un sirviente, pero les pido que lo consideren. No se adapta a lo social con facilidad y tanto su abuela como todos sus sirvientes, tenemos la esperanza de que milady sea su solución. Ella es la única que hace que él invierta tiempo en las verdaderas emociones de la vida. Él es poco ortodoxo y frío, pero no es un hombre malvado. ¿Quién no piensa en sus propios intereses y trabaja por lo que quiere conseguir? La mayoría de las personas tiene ambiciones convencionales, mas la mente de mi amo cuenta con otras ambiciones mucho más complejas...

—Ninguno en este salón es un santo, solo procederemos si ese hombre daña irremediablemente el corazón de Camellia, ella tampoco piensa con claridad, por eso tal vez parezca una solución para lord Warwick... —aclaró Dimitry.

Camellia regresó con la carta elaborada y se la entregó al sirviente.

—Que no se le caiga lo que está dentro. Envíe mis saludos cordiales a milord...

—Sí, milady... —replicó Donald cogiendo la carta—. Con permiso...

Una vez que el sirviente se fue, Camellia observó el anillo con atención y sonrió.

—Es precioso. ¿No creen que lo merezco?

La familia entera rodó los ojos ante lo que ellos creían que era evidente y ella no notaba.

—Quiero verlo más de cerca... —pidió Lily—. Es hermoso. Si mi esposo dijo que es valioso, es porque lo es. Al menos podemos decir que no es tan tacaño.

—Es bonito. ¿No crees que eres muy optimista al intentar casarte con este hombre, Camellia? Sé que soy la encarnación del optimismo, pero él no parece apreciarte...

—Quiero que alce la mano el que apreciaba a una de mis hermanas sin estar casados aún...

Matthew y Cedric alzaron la mano.

—Usted no cuenta que las apreciaban, por interés. Sean sinceros con ustedes mismos...

John alzó la mano.

—Yo me enamoré de Martha por más que no lo buscaba. Lo único que deseaba era ser un excelente letrado. Me deshice hasta de mi título para lograrlo, pero ella, sin ninguna guinea en el bolsillo, pudo conquistarme por lo que era. No fue un camino fácil, pero lo acepté con el tiempo y mi vida no tendría sentido sin esta mujer valiosa a mi lado. Soportó las tempestades conmigo y sigue caminando junto a mí. No hubiese podido darles una familia sin que esta dama hubiese convertido cuatro partes en un verdadero hogar... Odio a lord Warwick; sin embargo, Camellia cree posible lo imposible y por eso siempre tendrá en mí un apoyo, tome buenas o malas decisiones.

Tanto Camellia como sus hermanas abrazaron a John. Él era lo mejor que les había pasado en la vida después de la desgracia que

sufrieron todos ellos. Su gran amor hizo que todos permanecieran juntos y crecieran como hermanos sin distinción.

—Me asfixian, déjenme ver ese anillo. Tal vez con eso cambie mi opinión sobre lord Warwick, aunque prefiero pagar una fortuna para que alguien me diga que tiene algo bueno y verdadero que ofrecer.

—Ofrecerá armas para que vayamos a la guerra sin contar hombres, mujeres o niños... —alegó Charles—. Lamento matar la ilusión, pero según supe, estará reunido en el parlamento con un par de caballeros el día de mañana y no será para saber si les gusta la cacería. Quizá está juntando ideas y por eso no pudo venir a mostrar sus respetos al patriarca de la familia.

—No sigas alimentando el fuego, Charles —pidió Iris.

—Lo que le falta a ese hombre es una visita familiar para recordarle lo que podemos hacer si no trata con dignidad a Camellia —pronunció Alexander.

—No vamos a cortarle nada a nadie ni matar, ¿está claro? Les prometo que lo reformaré. Será tan bueno y adorable como ustedes... Incluyendo a Cedric.

—¿Qué hice yo? ¿Acaso te robé un pendiente?

Ella tocó su oreja para saber si aún lo tenía. Siempre caía en ese truco, pero lo creía capaz de cualquier cosa.

***

Donald regresó a la casa de Roger con presteza y entró al despacho sin ceremonias.

—Milady le manda sus saludos más cordiales, milord... —habló Donald con nerviosismo.

Roger levantó la mirada hacia su sirviente y vio que este extendía una carta. Lo que él pronunció más lo que dijo era un gran anuncio de que lady Camellia no tenía intención de rendirse ante nada ni nadie. Creyó que con el anillo zanjaba el problema, pero solo vio que le había echado leña al fuego.

—¿Cómo recibió el anillo?

—Le gustó y se lo mostró a todos sus familiares. Uno de ellos dijo que sería bueno que usted perdiera la cabeza por no pensar en algo decente para la joven. No considero prudente una alianza con esa familia, milord. Su vida correría peligro con esas personas...

—Exageras, no les tengo miedo. Son bravucones. Además, yo puedo con ellos si hace falta.

—En verdad debería tomar sus recaudos, milord.

El conde dejó de escuchar a Donald y abrió la carta para leer lo que decía.

Lord Warwick,

Sus modales ausentes son encantadores como la lamida en la cara por parte de una vaca. Debo confesar que el anillo es de mi agrado, al igual que la persona que ha tenido la poca gracia de enviarlo por un sirviente. Lo recibo con ánimo y felicidad. Lo esperaré mañana con su abuela para que dé la cara frente a mi familia. No es negociable, hay humillaciones que no se pagan con ausencia, sino con presencia.

Suya pronto.

Lady Camellia.

Los ojos de Roger casi abandonaron sus cuencas al leer «suya pronto». Su rostro se puso tan rojo como el rubí que le entregó a esa mujer.

Su asistente cogió su cuaderno de cuero y empezó a soplar el rostro del conde. Era evidente que estaba pasando por una etapa difícil con esa mujer con la que no tenía la capacidad para competir.

—¿Una copa o un té, milord? Debe tranquilizarse. Últimamente, sufre mucho de los nervios.

—Ella... Esa mujer acabará conmigo. Me escribió una frase obscena... Suya pronto... ¡Suya pronto!

—Eso debería ser una bendición para usted, lord Warwick. Está predispuesta a cumplir como lo haría una esposa.

—Nada es a título gratuito con esta mujer. Todo lo que dice, piensa y respira es con un objetivo. Quiere que me presente mañana con mi abuela. Me devorará si no voy bien preparado.

—La joven piensa ganarse primero a la abuela y, si queda tiempo, a usted. Sabe que, si tiene en sus manos a la condesa viuda, usted caerá por añadidura. Milady no trabaja sola, su abuela debió orquestar algo sin saber el peligro que corre usted cerca de una familia tan extrema.

—Mi abuela tiene muchos defectos, pero uno de ellos no es conspirar contra mí. ¿No crees?

—Pues yo no me fiaría de ellas dos juntas en un salón. Hoy escuché pocas palabras de lady Camellia, pero fue suficiente para saber que lo someterán a cariño indeseado.

—Eso lo vi venir desde que se tropezó con mi abuela. Esa cara de inocente no la compré, pero mi abuela no dudó en arrojarme a sus brazos sin mi consentimiento.

—Considero que, no importa lo preparado o inteligente que usted perciba que es, perderá una vez que cruce esa puerta. Si no va, ella vendrá aquí y será peor que enfrentar la realidad de la situación: se casará con ella y con toda la familia a la que pretende

agradar para ganar sus favores. Si no acude, puede olvidarse de tratos, descuentos e inversiones.

—¡Maldición! ¡Es cierto! ¡Dios! ¡En qué estaba pensando! Debería estar besando el suelo que pisa —dijo sarcástico—. Estoy exagerando, pero sí, tienes razón en que no estoy ganando si me quedo aquí. Iré mañana con mi abuela, caminaré a esa trampa y esperaré que las cosas mejoren. Eres la voz de mi conciencia, Donald.

—Lo soy, milord. Debería pensar en terminar sus planos temprano para el diseño de las armas. Debe presentar eso mañana ante el parlamento.

—Sí, necesito volcar mis esfuerzos en terminar con eso.

Durante el resto del día no salió del despacho haciendo cálculos y dibujos. Todo lo que hacía era preciso, cualquier número mal calculado podría terminar en un desastre monumental.

Esa noche cenó solo en el comedor después de acabar con sus pendientes. Mientras pensaba en sus palabras para la presentación del día siguiente, la imagen de Camellia se filtró en su mente y tuvo que dejar el resto a un lado para poder ordenar sus pensamientos. Este juego le resultaba emocionalmente desgastante, porque algo dentro de él la rechazaba y otra parte, una que llevaba años sin notar, era esa que deseaba más de la vida aparte de su rutina. No se sentía aburrido, pero sabía que algo le faltaba y no se había puesto a considerarlo porque siempre creyó que algo ajeno al conocimiento era una pérdida de tiempo.

Desde que la conoció, vivía siempre en tensión porque le obligaban a explorar una parte de él que no había desarrollado. La atracción y un probable sentimentalismo asociado lo mantenían en vilo. El cariño era una forma que limitaba el campo de acción de cualquier persona y siempre lo comprobaba con su abuela. Ella era un gran inconveniente a la hora de tomar decisiones. Podría echarla

de su casa y sería con justa causa; sin embargo, la quería. Era la imagen más estable en su vida, darle un puntapié sería como apuñalarse, el afecto se lo impedía y seguía soportando su carácter fuerte, sus abusos de poder y edad. No obstante, Camellia lo obligaba a considerar otras áreas del afecto, las que correspondían a una pareja. Tal cosa representaba miedo para él y por eso había reprimido eso durante años, reemplazando con conocimientos y actividades egoístas. Era la única manera de suplir sus vacíos existenciales de desconocimiento a una vida que cualquiera podría llevar a cabo, cualquiera, menos él. No se sentía capaz de comprender la magnitud de algo que no podía cuantificar. Ese era el encanto de los números, ellos no escondían secretos, mostraban un camino y los sentimientos eran algo imposible de medir, por lo que su mente entraba en conflicto y volvía a su zona segura.

Una vez que terminó su cena, fue a su habitación para descansar. Su reunión al día siguiente era algo importante y por lo que llevaba tiempo trabajando. No quería echarlo a perder por dudas que pudieran surgir respecto a una persona que no tenía nada que ver con su actividad o su oficio, como era esa dama. Esa pérdida de tiempo nadie se la devolvería; debía dividir su cabeza entre seguridad, duda y poder identificar cada cosa, porque era un hombre metódico y ordenado que quería permanecer así, aunque sabía que una mujer era sinónimo de caos, lágrimas y gastos que no quería hacer, de lo que no se quería ocupar porque vivir sin problemas personales era el objetivo de su vida.

Capítulo 19

En el parlamento, Roger se reunió con los lores y dio una gran exposición sobre lo que hacían sus negocios y su aporte. Donald lo acompañó, ya que este llevaba planos y cálculos importantes en sus manos, todo lo que debía enseñarles a esos hombres para que tomaran decisiones y se sintieran seguros con lo que hacía, demostrar que sabía de lo que hablaba. Sus gafas puestas le daban un aire de genio que los demás respetaban, pero claramente era por un problema de vista y no para tener respeto.

—Interesante, lord Warwick. ¿Está seguro de que le dará tiempo a desarrollar todo esto con una dama que lo está distrayendo? —indagó lord Bremerton.

—¿Qué dama, milord? No creo que sea un lugar propicio para conversar sobre eso. Lo importante es que visiten mis lugares de trabajo para que lo vean con sus propios ojos...

—Es usted tan humilde o quizá un poco excéntrico, lord Warwick. Debería aprovechar y casarse, un caballero no le dará lo mismo que una dama. Sus planos de los buques y las armas son detallados, interesantes y precisos; sin embargo, ¿ha pensado que estos tiempos son turbulentos para dejar pasar oportunidades? —cuestionó otro lord.

Él rio nervioso al considerar que estaban insinuando demasiadas cosas incómodas.

—No hablaré de mi vida personal, no es a lo que vine aquí, pero tengan en cuenta que estoy comprometido...

—¡Esa es una gran noticia! —expresó lord Bremerton—. Me estaba preocupando por usted, creí que moriría solo.

—¿Y quién es la afortunada? —indagó un lord.

—Lady Camellia Preston —dijo y los rostros de ambos brillaban de incredulidad.

—Usted no apuesta por un caballo cualquiera, sino por el mejor, lord Warwick. Mis felicitaciones. Debo confesar que cuando me llegaron esas versiones al oído, no las creí en ningún momento, porque lady Camellia es una adorable criatura risueña y divertida en los salones, en ocasiones espantó a un par de caballeros por sus palabras tan elocuentes y cargadas de doble sentido. Es bella e inteligente, algo que muchos no quieren manejar porque se sienten amenazados por su coraje. Conocí a lady Lily, pero ella prefirió casarse con el marqués antes que conmigo y es comprensible. Lo único que hacía era hablarle de política. Me tenía merecido el rechazo... —confesó lord Bremerton.

—Lord Warwick, usted sí que tiene los pantalones bien puestos para enfrentar a esa joven y su familia. El clan cada año se ha llenado de las figuras prestigiosas, adquiriendo más poder, aunque nunca está exento de pequeños escándalos. ¿Qué es la vida sin un ligero sobresalto? Usted podrá aportar mucho para John Preston, tenerlo a él de su lado es lo mejor que podría pasarle en la vida. Aquel hombre sabe de todo y de todos. Le está enseñando todos sus conocimientos a su último yerno, el marqués de Richter. Es un hombre afortunado con tantos yernos competentes. Usted será algo muy valioso...

No entendía quién era el afortunado en la situación, si él o John Preston. Si Roger al casarse con la hija del hombre o el letrado al tener un matemático en la familia.

Al despedirse de los hombres, se sentó en su carruaje y miró fijo hacia un solo lugar.

—Les importaba más mi vida privada que algo gubernamental, Donald. Son unos malditos cotillos...

—Al menos les dejó claro que no es de gustos exóticos. Se ha defendido con decencia, colocando a su prometida como un escudo poderoso. Ahora debe prepararse para todos los chismes que se regarán alrededor de usted después de contar algo que ni siquiera el periódico tuvo la primicia. Los caballeros son chismosos por naturaleza y después juzgan a las damas, milord.

—Siento que ella me opacó por completo. En lugar de que me preguntaran sobre la cantidad de cálculos para evitar que alguien termine naufragando y para que nadie se corte un brazo o se dispare en el pie, se preocuparon por una falda, ¡una falda! Definitivamente, algunos solo piensan en esas tonterías de la lujuria y el placer.

—Usted también lo ha pensado después de besarla.

—¡No me lo recuerdes! Hoy debo mirarla a la cara después de ese acontecimiento y no sé cómo hacerlo. Ella me observará como un halcón, creyendo que tiene el control de la situación y que yo me dejaré manipular como un tonto aceptando todo, pero no será así. Su presencia no seguirá desmereciendo mis habilidades. Fue tan humillante que al solo mencionarla fue como si el cielo se abriera para ellos, mientras que para mí es el infierno en la tierra.

—La está satanizando. Ella le está otorgando prestigio, eso es lo que hace una prometida y esposa de la clase social de la joven. No está haciendo nada extraordinario, milord. No debería crearse enemigos imaginarios solo porque no tolera que milady tenga muchas agallas.

—Veremos cómo se le irán las agallas una vez que esté bajo mi techo. Sabrá cuál es su lugar y siempre es y será por debajo de mí —espetó.

Donald sabía que aquel solo se enfadaba porque no le dieron la importancia que él creía que debía tener. Por supuesto que le hicieron preguntas sobre sus estructuras, pero el conde olvidaba lo

conveniente y recordaba lo inconveniente. No se dio cuenta de que, al mencionar al hombre de su prometida, se le abrieron más puertas. La gente lo vería diferente y eso representaba una ventaja, pero su amo tenía una visión estrecha de la vida social, porque no la tenía. Era un ser que vivía para pensar en cosas prácticas y se complicaba con lo que no era algo que pudiese controlar.

Al llegar a su casa, su abuela estaba bordando en su salón, mientras conversaba con una doncella.

—¿Cómo te fue, encanto? —indagó su abuela, sonriente.

—Como le puede ir a alguien que hace bien su trabajo y después dice quién es su prometida para evitar que lo vean como excéntrico o exótico por sus supuestos gustos —respondió con molestia.

—Donald, ¿qué quiere decir con eso? Necesito traducción de esas palabras.

—Milord contó que está comprometido con lady Camellia Preston y fue suficiente para que lo trataran como alguien que tendrá que acomodarse a otras personas muy poderosas. Lo único que él deseaba era que dejaran de correr versiones tergiversadas de su vida y solo consiguió ofensa y humillación, milady.

—¿Quiénes dijeron eso? Iré a golpearlos. Nadie ofende a mi pequeño encanto...

—¿No cree que ya fue suficiente humillación para que también una anciana con un bastón me defienda? Si eso llegara a pasar, prefiero colocarme frente a una diligencia y que me atropelle. No podría vivir sabiendo eso.

—Tú tienes a una tirana que te defienda. No te preocupes, Roger. Dejaré clara nuestra postura frente al letrado. Créeme, mi aspecto de anciana indefensa me dará ventajas, aunque tú sepas que no lo soy.

—Solo quiero que quede claro que mi voluntad prevalecerá porque soy el hombre de esta casa. No vendrá una niña caprichosa a hacer lo que le plazca bajo mi techo. Fue suficiente con aceptar el trato beneficioso para que después alguien intente humillarme. Lady Camellia puede ser graciosa y vivaz, pero no más inteligente que yo. Así como quiere que yo la acepte por las malas, así entenderá las reglas.

—No seas cruel con ella. No tiene la culpa de cómo perciben los demás a su familia. Lady Camellia es conveniente y tiene lo que necesitas. Si sabes cómo moverte junto a la joven, disfrutarás de ventajas importantes, pero si cedes ante tu orgullo herido, tendrás serios problemas y no solo con ella, sino con el resto. Debes ser inteligente, Roger.

—Sé lo conveniente que es. Lo repito como un mantra para no arrepentirme, subir a un barco y no regresar jamás.

—Lo único que te impide hacer eso es que tienes todo aquí. No es esa joven. Me prepararé para salir en tu defensa esta noche, querido. Entraremos a una cueva oscura en la que deberás brillar no solo por lo que sabes, sino por lo que tendrás con ella. Cuida tus palabras y todos saldremos ganando.

Roger creía que su abuela perdía el juicio lentamente. Él no quería contraer matrimonio, solo deseaba vivir en paz, pero sabía que con lady Camellia metería la tempestad en su hogar. Su abuela de por sí era una tormenta, pero la otra sería mucho más y él no sabía si podría soportar la presión sin quebrarse y encerrarse para siempre en lo que le gustaba.

Por la noche, los dos salieron de la propiedad con rumbo a la casa de John Preston en donde se llevaría a cabo la cena en la que debía poner la cara por sus actos. Sabía que en esa mesa lo devorarían porque él era el plato principal.

Esperaba que toda la información que Donald consiguió sirviera para congraciarse un poco con esa gente y que no solo se limitaran a juzgarlo por sus escasas habilidades sociales. Debía admitir que no era sociable por más que conviviera con otras personas eventualmente. Hablaba de lo que le importaba y opinaba con exactitud de lo mismo. Donald era la persona con la que más conversaba sobre todos los temas y su abuela... Ella solo quería que se casara para que «pudiera morir en paz». Esas eran sus propias palabras. No era un número representativo para conversaciones íntimas. Su primo, Michael, era demasiado alocado para llevarse bien con él después de la adolescencia. De niños no tenían muchos problemas, pero aquel tenía el mismo espíritu libre que su padre y Roger no pudo seguir esos mismos pasos porque se metía cada vez más en los libros para sentir compañía cada vez que no tenía nadie con quien hablar porque los demás estaban en su propio mundo. Su madre en las plantas y experimentos y su padre en el dolor de una esposa a la que no le interesaba más que una planta y en las mujeres que usaba para llenar sus vacíos.

—Sé bien portado, querido. No queremos empezar esta alianza con el pie izquierdo —pronunció su abuela una vez que estaban frente a la puerta para entrar.

***

En la habitación de Camellia, ella observaba sus aretes que le había obsequiado Matthew. Aquel acostumbraba a hacer esos presentes a sus cuñadas cada año, porque si a él algo le sobraban, eran diamantes. Además, tenía una gargantilla tan brillante que podría dejar ciego a cualquiera, se estaba poniendo todas las joyas más opulentas para demostrarle a lord Warwick su nivel de vida. Aquel tendría vergüenza de haber pensado como tacaño al momento de ofrecer algo.

Su familia entera estaba en casa, porque ella anunció que quien quisiera agarrar a lord Warwick del cuello se presentara esa noche.

No hizo falta mucho para tenerlos ahí desde la hora del té. No pensaban perderse el derramamiento de sangre que imaginaban.

—Su prometido ha llegado, lady Camellia... —comunicó la señorita Bruster con una sonrisa en el rostro.

—¿Lo vio? ¿Qué le parece lord Warwick?

—Bastante atractivo. Usted tiene buen gusto; sin embargo, él parece tan ubicado como una tiara en el cuello. ¿Está segura de que no tiene algún problema?

—¿Qué problema podría tener?

—Mmm... Existen algunas personas extrañas que llegan hasta la edad adulta sin hablar y no son mudas, que tienen hábitos extraños como ordenar cosas, concentrarse al punto de olvidar que existen otros.

—Oh, sí. Lord Warwick no es alguien que hable mucho, no le gusta. Supongo que es porque es un ogro. No le tengo miedo a ese tipo de cosas, señorita Bruster. Puedo educarlo.

—Esas personas no se educan, se conviven con ellas. Debería saber más sobre su familia... Quizá un médico pueda explicarle mejor sobre eso.

—Dudo que ser muy concentrado sea un problema médico grave. Milord solo tiene mal genio.

La señorita Bruster asintió y se hizo a un lado para que Camellia dejara su habitación y fuese hacia el salón para recibir a su prometido.

El vestido marfil con cinta rosa le daba un aire inocente. No parecía que fuera a pedir la cabeza de Roger esa noche.

Capítulo 20

La joven descendió las escaleras y observó a lord Warwick y a su abuela siendo conducidos hacia el salón para que pudieran atacarlo con preguntas y acusaciones. Apresuró el paso para que al menos le alcanzara un poco de la repartija de carne que se darían ahí.

Roger caminaba junto a su abuela sabiendo que iba hacia jueces que querían ponerlo en la horca; sin embargo, vio que Camellia se acercaba. Ella brillaba a medida que se acortaba la distancia. Notaba que estaba más elegante que las tres veces en que la había visto. En su rostro se notaba la seguridad que transmitía.

—Lord Warwick, nos alegra que recapacitara sobre el hecho de enviar solo el anillo. Sé que es un hombre ocupado y estoy segura de que hizo un espacio en su agenda tan apretada para prestarle atención a su futura esposa. Quería presentarle a mi familia... —Ella le tendió la mano para que la besara.

El conde no retrocedió, sino que aceptó su destino con gracia.

—Buenas noches, milady. Por supuesto que he recapacitado con las amenazas tan cariñosas que leí en su última carta... —Él cogió su mano y dejó un beso en ella.

—Los jóvenes de hoy en día son tan encantadores, ¿no es así, milord? —preguntó la abuela de Roger a John Preston.

—Sí, por supuesto, milady... —alegó John con cortesía, no se pondría a gritar insultos dorados frente a un salón lleno de familiares. Le daría una oportunidad a lord Warwick para que fuese un buen futuro esposo para Camellia. Había otorgado esa misma oportunidad a los otros sinvergüenzas, aunque fue porque había

notado interés genuino por parte de ellos, en cambio, a este caballero era difícil leerlo, pues no era un hombre malo, pero sí distinto a todo lo que conocía, y debía entender cómo funcionaba su cabeza para juzgarlo con dureza.

Roger comenzó a presentarse ante las personas en la sala y él notaba el parecido entre todas las hermanas de Camellia. Los esposos lo miraban como si fuese un problema por resolver y los hermanos creían que era un animal rastrero. Al menos eso se imaginaba al ver el rostro poco amable que colocaban cada vez que decía alguna cosa.

—Y bien, lord Warwick, por fin creyó digno presentarse por un compromiso —musitó Dimitry con su copa de whisky en la mano.

—Estuve ocupado, milord.

—¿Ocupado? ¿Con qué? ¿Qué es más importante que su compromiso con Camellia? Si ella no estuviese defendiéndolo, estaría con mi bota marcada en su espalda —espetó William.

—Oh, hermanos míos. Agradezco tanta preocupación, pero lord Warwick es un hombre ocupado y, en ocasiones, considero que muerde más de lo que puede masticar. ¿No es así, milady? —preguntó Camellia a la abuela de Roger.

—Por supuesto. Doy fe de su ocupación, estoy orgullosa de que decidiera casarse con la mujer más adecuada posible. Mi nieto tiene algunos inconvenientes sociales con las damas, espero que sea comprensible. No acostumbra a salir y no habla mucho, se siente más cómodo hablando de negocios.

—No necesito que me defiendan. No soy lo que quieren, ni lo que esperan, ¿qué les parece si nos respetamos como somos? No he criticado a nadie aquí, pero desde que entré por esa puerta, he recibido miradas más certeras que una pistola. Ninguno está exento de nada. Me informé sobre todos aquí y tengo muchas

probabilidades de ofender si me siento atacado —alegó Roger con valentía. Si lo iban a devorar, al menos que les costara descuartizarlo.

Camellia le sonrió a lord Warwick, pero este desvió la mirada. No era capaz de sostenerla mucho tiempo y no sabía si era por vergüenza o porque, definitivamente, tenía un problema con las damas.

Después de lo que dijo Roger, los demás parecieron tenerle más respeto, aunque eso no significaba aceptación. Fue inevitable que surgieran temas de un posible conflicto con Francia en un futuro no muy lejano; no obstante, ese fue el instante en que el conde de Warwick se sintió como un pez en el agua y comenzó a deslumbrar a todos con sus conocimientos y proyectos. Contó sobre su visita al parlamento y que mencionó el nombre de su prometida. Eso pareció calmar las aguas para la familia de Camellia.

Los caballeros se centraron más en esas conversaciones, mientras que la abuela de Roger contaba cómo educaba a su nieto con un bastón, haciendo que las damas murieran de risa. Camellia sabía que, si quería información, esa mujer era la clave. Una vez que viviera en esa casa, las cosas cambiarían para bien, porque ella deseaba que así fuese. No iría a la casa de lord Warwick para destruirlo, sino para complementar su vida y para que ambos conocieran el amor.

Cuando pasaron a la mesa, Roger ya parecía amigo de todos, el mejor socio de negocios, alguien a quien habían juzgado con dureza y que, a fin de cuentas, el diablo en realidad era Camellia.

—¿Para cuándo tienen pensado la boda? —indagó Martha en medio de la cena.

—Todavía no hemos tenido oportunidad de conversar sobre eso, madre. Quizá si mi familia lo dejara acercarse un poco, las cosas

serían distintas. Además, quiero una fiesta de compromiso. Lord Warwick quiere integrarse a todo nuestro círculo.

Él la observaba dominar la situación, mientras que él masticaba su faisán haciendo cálculos para el gasto de una fiesta de compromiso y una boda, aunque después intentaba compensarlo con la idea de la dote generosa que sabía que obtendría. Debía admitir que Camellia estaba cumpliendo con lo prometido. Su carta amenazante era solo una forma de que defecara en sus pantalones, porque lo que hizo fue llevarlo a donde siempre quería estar.

—Estoy de acuerdo con la fiesta de compromiso y una gran boda… —habló Roger.

—No quiero pensar que la defensa de Camellia nos ha convencido a todos de que el huraño lord Warwick es un hombre que gusta de las fiestas —alegó Alexander levantando su copa, relajado—. Él es un poco más intenso que yo al encargarme de mis propiedades.

—Las damas de esta familia sabemos escoger esposo y también ser escogidas y enamoradas… —musitó Lily correspondiendo con el mismo gesto que Alexander para que los demás también levantaran sus copas.

Los demás levantaron su copa y brindaron junto a los más cercanos. Camellia no estaba sentada junto a lord Warwick, sino que se encontraba frente a él y su abuela. Ella me hizo un gesto con un asentimiento de cabeza para que brindaran a su manera.

Roger correspondió con educación al gesto y la vio sorbiendo de su copa con educación, mientras él quería beberse la botella entera por no comprender lo que ocurría alrededor. Por un lado, era tan conveniente estar en esa casa, pero, por el otro, comenzaba a temer por su cordura y no porque lady Camellia fuese un problema, ella parecía demasiado encantadora y tal vez lo era, el problema era él mismo, porque no sabía cómo afrontar una vida en comunidad y lo

único que conocía era ser invisible detrás de los números. Así nunca tendría problemas ni equivocaciones.

Trató de seguir disfrutando de la cena, porque esa perdiz estaba demasiado jugosa y deliciosa. No quería que el dueño de casa terminara de comer y él tuviese que dejar su cena a un lado por cortesía, de hecho, no lo acostumbraba, pero sabía cómo eran las cenas de negocios. Lo que seguía en este asunto era hablar de lo que a él tanto le gustaba: el dinero. La dote de lady Camellia podía poner a bailar a un perro, según insinuó uno de los hermanos de la joven. Podría tratarse de una exageración, pero en esa casa lo único que no escaseaba era la riqueza.

Al terminar la cena, la división era clara, los caballeros por un lado y las damas por el otro; sin embargo, John intervino para que Roger no se uniera a ellos hasta que conversaran de una fecha con Camellia.

—Creo conveniente que lord Warwick converse con Camellia sobre fechas. Es importante poder comenzar con los preparativos para la fiesta de compromiso y la boda. Debemos apresurar el paso —alegó John con una palmada en el hombro de Roger.

El conde observó a Camellia que se acercaba embadurnada por la confianza que siempre la acompañaba y que la hacía verse invencible.

—Sí, milord. Conversaré de los gastos con ella y de los ingresos con usted... —concedió Roger con una inclinación amistosa.

El letrado levantó una ceja al ver que aquel lograba integrarse muy rápido al entorno familiar y entendía cómo se movían en esa estructura.

—¿No está diciéndole nada malo sobre mí a lord Warwick, padre? —indagó la joven dándole un beso en la mejilla a John.

—No, querida. Para eso tú sola puedes encargarte. No hace falta mi intervención. —John besó su cabello rubio y después se retiró para comenzar a definir lo que harían los caballeros mientras esperaban a Roger.

—Ahora que estamos comprometidos, puede acompañarme al jardín o a la galería. ¿Cuál le gusta más? No puede decir que quiere un lugar en el que yo no esté... —alegó con una sonrisa. Lo cogió de uno de los brazos y lo estiró hacia donde ella quiso.

—Usted me está guiando, decida el lugar.

—Está bien. ¿Qué le parece mi familia? ¿Todavía duda que el matrimonio sea una mala idea?

—Son personas que conocen su rubro y saben cuándo están en el límite. Vine aquí para que me devoraran después de que le escribí, pero al parecer son personas razonables.

—Por supuesto que lo son. En esta casa, ser razonables es lo importante. ¿Quiere hablar sobre el compromiso conmigo o prefiere hacerlo con personas más carismáticas como mi padre, mis hermanos o cuñados?

—Es evidente que conversaré con ellos después, pero la dejaré decidir todo. No entiendo de estos asuntos. Usted solo necesita decirme cuánto cuesta todo y lo pago, aunque le pediría que sea razonable...

—¿Razonable? Míreme bien, lord Warwick, ¿mi vestimenta y joyas parecen de una persona razonable? No, entonces no lo soy en ese aspecto. Si tendré un esposo tacaño, mejor no me caso. A mi padre no le gustará saber que mi matrimonio estará basado en la tacañería.

—No es tacañería. Se vienen tiempos difíciles, es precaución.

—El matemático es usted, yo me ocupo de gastar esos números que tanto le gustan. No es muy difícil saber nuestros lugares en el matrimonio: el ingreso lo trae el esposo y los gastos los hace la esposa.

—¿No olvidó decirme que era una serpiente codiciosa cuando ofreció mil ventajas para que aceptara casarme?

—¿Víbora codiciosa? Ofende a esos reptiles. Estoy acostumbrada a la buena vida. Necesitamos ponernos de acuerdo con los números. Quiero un generoso estipendio mensual. Tengo necesidades y los vestidos y listones son parte especial de esa necesidad.

—Le mostré cuánto pensaba que era normal.

—Se nota que no está casado y que desconoce sobre las necesidades de una dama. Dígame, ¿está seguro de que no aprendió nada de su madre?

—Sí, aprendí mucho. Aprendí a no pedir nada porque no me harían caso. Ella no era la mejor esposa que alguien podría desear. Nunca atendió a mi padre y tampoco a mí. Había días en que sus investigaciones llegaban a un callejón sin salida y ahí recordaba que existía y también su esposo.

—No seré ese tipo de esposa. Mi sueño es consentirlo, hacerlo feliz y darle una buena reputación, todo lo que una verdadera mujer debe dar. ¿Usted sabe cuáles son las funciones de un esposo?

—No lo sé con certeza, pero proveer es lo más importante...

—¿No se convertirá en un caballero galante y cariñoso que imagino?

—Tiene una imaginación muy vívida.

—¿No ha considerado un preceptor para que lo ayude con su falta de educación y empatía hacia las damas? Muchos caballeros, por más canallas que fueran, siempre terminaban siendo unos verdaderos hombres galantes.

—Muchos no es número exacto, es cualitativo, lo que indica que, dentro de un universo, puede existir la desviación típica de otros individuos que indiquen una frecuencia...

Ella dejó de caminar y lo observó con verdadera conmoción.

—No entendí nada. Debo confesar que matemáticamente no soy la más inteligente, que digamos. Tal vez sé hacer un par de cuentas, pero eso no le da derecho a humillarme.

Capítulo 21

—No quise humillarla, quería explicarle lo que significa mucho...

—Entiendo lo que significa mucho, milord, pero le rogaría que no fuera tan específico con sus matemáticas. Puedo seguirle el paso en algunas cosas, aunque no en todas.

Ambos llegaron al jardín y Camellia sabía que ahí nadie los interrumpiría. Ella creía que ahí podría volver a besarlo. De hecho, esa era su intención. Quería cerrar la noche perfecta con un beso.

Roger olía lo que se acercaba y, como un topo, quería esconderse en la tierra. Sabía que tendría que lidiar con la excitación, por lo que se preparó para poder esquivarla si fuese necesario.

—Ahora que estamos comprometidos, considero que puede besarme a su gusto y al mío. Debo confesar que la última vez me agradó mucho. Esperar al matrimonio para otro sería demasiado. Mis hermanas besan todo el tiempo a sus esposos y son muy felices. También quiero eso... —Ella dio dos pasos hacia él, pero él sacó una regla que se abría de manera extraña y colocó una punta cerca de su ombligo.

—Usted lo dijo: a sus esposos. La distancia mínima requerida e inviolable para mantener la paz entre nosotros es de dos pies de distancia.

Los dientes de Camellia chirriaron de rabia. Esto era el colmo. Nadie pondría distancia entre sus deseos y la realidad. Cogió la regla y la dobló.

—Esto... Permanecerá conmigo...

—Es mi regla, usted no debería... ¡Qué está haciendo! —Roger se tensó al ver que Camellia introducía el objeto en su escote.

—Si quiere recuperarla, ya sabe de dónde sacarla...

Roger colocó una mano en la frente. Esa mujer con la que se casaría era demasiado decidida y no sabía si quería lidiar con algo así. ¿Sería posible que pudiera ganarle a su locura? Él no sabía cómo enfrentar a una dama, no era una preocupación, al menos no lo fue hasta hacía un par de días, desde que ella entró en su vida y comenzó a revolverla como si quisiera hacer mantequilla.

—Quédesela, tengo dos repuestos en la casa. Además, sé medir con la vista...

—Hágalo. Atrévase a ponerme un límite absurdo otra vez y me conocerá. Solo le pedí un beso. Estamos comprometidos. No puedo ser tacaño con eso también. Si quiere tener un buen matrimonio, confíe en mí.

—¿Confiar en una soltera demente?

—Confiada, nunca demente. Tengo la experiencia de seis matrimonios, el de mis padres y el de mis hermanas. ¿No le parece suficiente para saber lo que sirve? Al igual que usted puede medir distancias, yo puedo calcular el éxito.

—Me interesa oírla. Ha dicho algo interesante. ¿Cómo se calcula el éxito?

—Por el empeño que uno puede poner en algo hasta conseguirlo sin importar las tempestades que puedan surgir para frenar el objetivo. Usted se comporta como tempestad, pero a mí no me detiene con palabras cuando noto que existe algo que crece entre nosotros cada vez que convivimos. Cuando sus ojos me esquivan, pronto regresan a mí... Eso es interés...

Ella cortó la distancia con él y sin mediar más palabras, lo besó con lentitud hasta conseguir que Roger respondiera. El único inconveniente con aquel hombre era la pasión que se desenfrenaba una vez que se acomodaba.

De nuevo había caído en el juego de Camellia. Ni siquiera luchó demasiado, ella solo tuvo que distraerlo y después, sin que se diera cuenta, someterlo a sus atenciones indeseadas. Cada vez que la joven hacía esto, ponía a prueba la resistencia de sus calzones. Esta vez las cosas se habían puesto más ardientes, pues Roger no se conformaba solo con la boca de la joven, sino también con acariciar su cintura y un poco más de lo que había abajo.

La joven dio un respingo al sentir una de las manos de Roger en su parte trasera. Jamás creyó necesario que tuviera que tocarle esa parte, pero suponía que, si él podía hacerlo, ella también. Correspondió tocándole la nalga al conde y este dio un salto como un conejo.

—¡Diablo, milady! ¡Qué atrevimiento! —exclamó respirando con dificultad. No recordaba que alguien hubiese mancillado su honor de esa manera en el pasado.

—¿No se supone que debía responder de la misma forma? —replicó tan agitada como él.

—¡Por supuesto que no! El varón toca y la mujer disfruta.

—No lo sabía. Debería aprender más sobre eso. No se asuste de mí, fue un pequeño inconveniente... —Camellia le colocó las manos en el pecho a Roger y este la cogió de las muñecas para rechazarla, pero en los ojos de ambos ardía el fuego del deseo. Querían continuar con lo que estaban haciendo, mas sabía que el conde no se atrevería sin que ella le diera una señal específica de que podía avanzar. Entonces, acercó su rostro al de él y besó su mejilla varias veces.

Sin darse cuenta, Roger cerró los ojos ante los besos que Camellia le daba. Se sentía en una nube desconocida de sensaciones satisfactorias. Sí, seguía sintiendo lujuria hacia ella, pero un sentimiento extraño lo envolvía. Eran ternura, afecto, cariño, cosas que jamás había sentido y que no podía identificar. Se dejó llevar por eso y, sin querer, una sonrisa se colocó en sus labios. Esa sensación plena era algo que no quería dejar escapar. ¿Qué tenía Camellia que desde un principio no lo dejó tranquilo? Desde que la vio supo que era un gran peligro para su forma de vida. Todo en ella gritaba que era un problema hermoso y por eso se negó a quererla desde el primer instante, pero se daba cuenta de que estaba cediendo de una manera aterradora.

Él le soltó las muñecas y la acercó a su cuerpo, con sus manos subiendo y bajando por su cintura, soportando la presión para no enloquecer de nuevo. Ella fue la que volvió a dar el siguiente paso, regresó a sus labios, en donde volvieron a corresponderse con frenesí.

Ella se sentía conforme con lo que había conseguido. No le importaba la fecha del compromiso ni de la boda. Sabía que de todas formas la misma Camellia decidiría y eso sería todo. Lo importante era que este instante sirviera para unirlos.

Al ceder ante el deseo, Roger y Camellia permanecieron besándose apasionadamente mucho tiempo en el jardín, solo el hecho de tener que respirar los había separado.

—¿Quiere que ponga la fecha para la fiesta de compromiso y la boda? —curioseó Camellia.

—Esas son cosas femeninas, encárguese —ordenó Roger, que puso distancia entre ambos. Era inútil, porque lo que no debería haber ocurrido, ocurrió.

—Le diré a mi padre que ambos eventos los pagará él. Le aseguro que estará encantado de hacerlo. Un yerno nuevo siempre

es una bendición para él. ¿Sabe que organizan jornadas de cacería? Pronto podrá formar parte de eso.

—Para la cacería se requiere tiempo que yo no poseo, milady.

—Excusas... Lo tendrá desde que se convierta en mi esposo, que no le quepa la menor duda.

Él rodó los ojos. Sabía que discutir no le serviría. Camellia volvió a cogerle del brazo para llevarlo adentro y que pudiera seguir divirtiéndose de otra forma. La jovencita le hablaba de todo lo que quería para ambos eventos, mientras que Roger permanecía en silencio. No era un hombre capaz de conversar sobre fiestas, al menos aún no. Se limitaba a no contradecir a su prometida, porque sabía que se pondría intensa y que quizá volviese a acorralarlo para manosearlo mejor. Esa idea, en lugar de escandalizarlo, le hizo sonreír por un segundo antes de regresar a su habitual rostro pétreo.

—Es todo suyo, padre. Le devuelvo a mi prometido. Se ha puesto tan encantador... —comentó mirando a Roger para después darle una sonrisa cómplice.

Roger asintió hacia ella y más tarde observó a los caballeros de su alrededor. Cualquiera diría que ellos veían un tercer ojo en su cara. No quería pensar que tenía rastros de lo que había ocurrido minutos atrás.

—Parece que Camellia lo ha asustado... —John tomó a Roger del hombro para guiarlo hacia el despacho, en donde todos estarían discutiendo sobre la dote de la joven.

Al entrar, Roger observó la cantidad de papeles que había en ese lugar. Era como una montaña de trabajo y, en vez de asustarle, le gustaba. Era un recinto de paz.

—¿Aquí no entra ninguna dama? —preguntó Roger.

—Ya no. Antes mis hijas entraban a pedirme dinero, ahora van al despacho de sus esposos para hacerlo. Mis cajones con bolsas de dinero ahora solo guardan papeles —respondió John sentándose en su silla.

El resto entró al sitio y se colocó donde encontró espacio. Lo importante era escuchar, beber y fumar en grupo.

—¿Cuál de todos los asuntos pendientes discutiremos primero? —indagó William—. La dote, el trato, la boda...

—La dote. Lord Warwick debe saber cuánto está destinado para él cuando contraiga matrimonio con Camellia.

El conde estaba pendiente de lo que dijera el padre de Camellia.

—Para ella, existe una dote primaria que dejaron sus padres y que administra Dimitry, su hermano mayor, por ser heredero directo de su padre. Después vienen los aportes de William y yo en una menor proporción, y cada uno de sus cuñados ha decidido poner a su disposición joyas, propiedades y más dinero...

John contó la suma aproximada de a cuánto ascendía la dote entre joyas, propiedades y dinero. Roger guardó silencio, porque estaba conforme, demasiado. Lo que le dijo el hombre era más de lo que esperaba, por lo que no podía comportarse como el ser tacaño que siempre fue. La joven aportaría verdadera riqueza a sus arcas. Se daba cuenta de lo conveniente que era casarse con ella.

—¿Le parece algo razonable, lord Warwick? —inquirió John al verlo en silencio.

—Sí. Debo admitir que no pensaba que fuese tanto.

—Para Camellia solo lo mejor, lord Warwick. Es parte importante de la familia y no podemos permitir que, por ningún motivo, un esposo tacaño le diga que no puede tener lo que desea. Nuestra hermana está acostumbrada a mucho lujo y no puede vivir por

debajo de eso. Según Cedric, que ha tenido la oportunidad de conversar con lady Stell, sabe que al menos usted no es un muerto de hambre aprovechado, sino que es alguien trabajador, quizá, demasiado —alegó William.

—Conozco a lady Stell, ella siempre es tan informativa. Entiendo que no habló mal de mí. De hecho, no tengo cosas malas que contar, solo que no soy una persona tan sociable con las damas porque no he convivido con muchas. Mi abuela es la más cercana, una anciana cascarrabias que prefiere comunicarse por medio del bastón que de forma civilizada. Debo pedir disculpas por mi comportamiento con milady, es solo que ella es...

—No es necesario que se explique. Muchas veces le he dado dinero para no oírla. Se conforma con una bolsa con monedas y un beso en la frente. No hace falta demasiado para contentar a Camellia. Es alguien que solo necesita un poco de atención. No roba demasiado —comentó John—. Le recomiendo una pequeña fortuna semanal en el cajón derecho de su escritorio. Si ella entra a molestar, le da un beso y la bolsa, estoy seguro de que tendrá paz por un tiempo.

—La paz tiene un precio que quizá estoy dispuesto a pagar si se pone intensa...

—John tiene razón, lo he comprobado con Lily. Si está triste, pide una joya, si está aburrida, me pide dinero... Los esposos estamos para complacer a nuestras esposas, no concibo algo distinto. Tampoco puedo decir que quise casarme con ella solo porque fuese hermosa. En ese entonces, tenía deudas, problemas y mi resiliencia. Me dio una oportunidad que jamás desperdiciaría —habló Matthew.

—Considero que aquí nadie es perfecto, pero fui el más imperfecto de todos. Robé, mentí y engañé para conseguir cosas. También quise casarme con Iris para conseguir la venia de John Preston y que la herencia de mi supuesto tío, que resultó ser mi

padre, quedara para mí. Ella me odió desde el primer momento, pero ese odio se convirtió en el amor más grande que jamás conocí. Créame, lord Warwick, estas damas convierten el odio en amor, pero también el amor en odio. No lo olvide y tenga cuidado de no descuidar a Camellia —recomendó Cedric.

Capítulo 22

Mientras los caballeros estaban encerrados en el despacho hablando de lo que les gustaba: dinero, Camellia se quedó con las damas. Sus hermanas conversaban con la condesa al igual que su madre. Aquella era una mujer tan graciosa que no dejaban de escuchar sus buenas anécdotas.

—Lady Camellia, quisiera hablar con usted a solas un momento... —pidió la anciana que se puso de pie.

—Acompáñeme al salón del té, milady —respondió Camellia mostrándole el camino para que la siguiera.

—Solo no me ofrezca té a esta hora. Las damas de mi edad preferimos el jerez o el vino, querida...

—No se me ocurriría ofrecerle algo distinto, milady...

Entraron al sitio que apenas estaba iluminado. La anciana se sentó, mientras Camellia buscaba dos copas en un mueble, al igual que la botella de jerez.

—Dígame, milady, ¿en qué puedo ayudarla? —curioseó la joven que comenzó a servir el líquido en los cristales.

—Quería hablarle sobre Roger. Advertirle un poco sobre él...

—Considero que, como todo varón, no tiene muchos secretos...

—Si cree eso, estará empezando este matrimonio con el pie izquierdo. Que su victoria no se le suba a la cabeza, lady Camellia. No sea prepotente creyendo que sabe todo y más cuando usted viene de un hogar tan funcional como este. Pese a la desgracia que

le aconteció cuando no recordaba, no está ni cerca de vivir con padres que lo tenían olvidado en un rincón.

Camellia bajó la mirada ante la reprimenda de la dama.

—Lamento si me he comportado de forma engreída, milady.

—Su naturaleza es confiada, pero debe entender que no está pisando aguas cristalinas, está entrando en terreno desconocido y fangoso. Roger no es solo extraño porque le gusta el conocimiento, ha crecido solo, olvidado, y se refugió en lo único que nunca logró decepcionarlo: los números. Tiene la apariencia de mi hijo, tan atractivo y fuerte, pero el cerebro de su madre, lleno de inteligencia. Él es inteligente, pero no entiende lo esencial, no sabe de sentimientos, no los conoce. Necesita paciencia. Usted es astuta y creo que encontrará la forma, confío en que así será. Desde que la vi, dije que era la mujer perfecta para mi nieto y hasta ahora no me equivoqué. Ha conseguido un matrimonio con solo hablar con las palabras correctas, lo que significa que piensa mucho antes de actuar.

—Debo confesar que fui ajustando la estrategia, milady. Usted ha sido de ayuda, porque la respeta. Es el escudo perfecto para esconderme detrás y maquinar. La vi como una aliada desde esa noche. Lord Warwick se ha negado mucho, pero he utilizado técnicas disuasorias importantes para conseguir el matrimonio y también las fechas de la boda. Me temo que estar casada con él no será un paseo, mas yo no me rindo. Si algo no funciona, busco la forma. Rendirme no será fácil, debe hacer algo grave para que lo haga.

—Eso me agrada. Debe ser silenciosa al urdir su plan cuando esté casada. Deseo que viva una vida plena y feliz. Quiero ver a mis bisnietos antes de irme de este mundo. Estoy cansada y lo único que me detiene aquí es la preocupación por mis dos nietos.

—¿Tiene otro nieto?

—Sí, es Michael. No vive en Londres, al menos viene escasamente. Sus aventuras las tiene en lugares más alejados del ojo público. Es muy discreto, al verlo nadie diría que es alguien que, con suerte, puede mantener los pantalones en la cintura.

La joven rio y le dio un sorbo a su bebida.

—¿Es probable que lo conozca?

—Considero que sí. Podrían hacerte llegar una invitación. Había considerado presentarle a Michael si Roger la rechazaba. Él es más joven que su primo, tal vez por unos tres años, pero no deja de ser un buen candidato, también tiene un título y dinero, no tiene tanto como Roger, pero jamás le faltará nada porque es inteligente. Ninguno de mis nietos es tonto.

—Me halaga que me diera opciones. Otro nieto suyo hubiese servido como sacrificio para los dioses, milady. Pobre de ellos, estoy seguro de que, si lord Warwick pudiese escoger no conocerme, estaría encantado con la idea y si su otro nieto me conociera, se escondería, aunque no corre peligro, porque mi interés está puesto en Roger, no porque sea rico, sino por lo que puede ofrecer si abre su corazón. Él parece una fruta extraña que nadie toca por temor, sin atreverse a probar si es dulce o amarga.

—Confío en lo que puede hacer para darle a Roger una vida plena. Él es mi nieto favorito porque es el más solitario, el otro no necesita demasiado, sabe buscar sus propias oportunidades, siempre ha tenido lo que mi encanto no pudo conseguir.

—¿Su encanto?

—Sí. Mi nieto odia que le diga encanto, pero siento que esa es la única forma en la que pueda seguir entre nosotros, de lo contrario, él se olvidará de cómo es comunicarse con personas a las que no les quitará provecho. Él en este instante es como un pez en el agua y no importa cuánto lo apuñalen tus hermanos, tus cuñados

o tu padre, está donde le gusta: hablando de dinero, de negocios o de oportunidades. Lo malo sería que convenciera al resto de seguir sus pasos, puede ser persuasivo cuando quiere.

—Mis hermanas no podrían dejar que sus esposos se convirtieran en estatuas de hielo. Lamento decirlo, pero hasta el momento se ha comportado de esa manera, aunque solo conmigo. Ha sido cortés y adorable con el resto.

—No tiene idea de lo que es una pareja o un matrimonio real. Ha visto la distancia y el sufrimiento. Él siempre vio a su padre dispuesto a todo por su esposa, pero ella solo vivía para sus experimentos. Mi hijo sufrió cuando murió después de que se mezclaran aromas en su habitación. Llevó a cabo un par de sus experimentos, mantuvo las flores en un ambiente cerrado y murió durante la noche. Lo único que agradezco es que no compartiera la cama de mi hijo o también lo hubiese perdido a él en ese momento.

—Debió ser muy duro para milord.

—En realidad, no. Ella ni siquiera recordaba que había parido un hijo. Aquel era demasiado estudioso y no necesitaba nada, sus problemas los solucionaba con los sirvientes o su padre, que estaba más presente, aunque tampoco demasiado. Después de su muerte, mi hijo fue hundiéndose más y creo que murió de tristeza por alguien que jamás lo valoró, mientras que Roger sobrevivió porque no los necesitaba.

—Es una historia triste. Yo no podría estar ausente de la vida de mis padres. Ellos son tan importantes para mí. Me dieron una nueva vida, algo tan distinto... Tengo una familia hermosa gracias a que tuvieron el corazón tan grande para albergar a siete huérfanos.

—Roger no puede extrañar algo que no tuvo, pero tampoco le ayuda a identificar sentimientos. Quizá hasta esté asustado por este compromiso.

—Admito que he sido agresiva con él y que tal vez lo asusté. Con toda la información que me ha dado, intentaré hacerle saber lo que son los sentimientos. No crea que soy una dama frívola que solo quiere el dinero. Me gusta, pero persigo el amor, milady. Estoy sedienta de un gran amor, de un sentimiento desbordante y de un futuro intrigante. No deseo hacerle daño, solo que desee vivir conmigo esto que puede hacernos feliz. Es probable que este sea un matrimonio ventajoso en términos monetarios, pero detrás de toda la conveniencia, siempre puede nacer el afecto.

—Me siento orgullosa de usted, milady, porque no ha intentado mentir desde un principio. Sabemos que la mayoría no valora la transparencia, pero yo sí. Su sinceridad me conmueve y me da esperanza de ver lo que espero en esta vida y eso es: ver feliz a mi encanto.

Camellia unía los puntos sobre la actitud de lord Warwick. El hecho de ser esquivo y, cuando lo atrapaba para besarlo, ser apasionado. Por supuesto que tenía dentro de él cosas que deseaban salir, aun así, no sabía cómo hacerlo. Quería ser la esposa perfecta para él y lo conseguiría, solo necesitaba conocerlo mejor para saber cuáles eran sus necesidades reales. Hasta el momento, la joven le ofrecía lo que ella deseaba, pero no sabía lo que él estaba esperando o si al menos esperaba algo. No podía dar nada por sentado con él.

Después de que llegara la hora en que todos se retiraran a sus casas, lord Warwick y su abuela se despidieron de la familia Preston. También los miembros de la familia que vivían aparte se despedían.

—Mañana sabrá de mí, lord Warwick. Le mandaré una carta con las fechas de ambos acontecimientos. Esperaré una respuesta que se parezca a una invitación a alguna cosa en su casa. ¿No ha pensado en salir a cabalgar conmigo?

—¿Cabalgar? No me gusta montar animales con mente inteligente, milady. Podría considerar enviarle mis más encarecidos

saludos —replicó.

—¿Qué le parece si me lo envía con un mechón de su cabello oscuro?

—¿Quiere hacerme brujería?

—Estaba siendo un poco atrevida.

—Eso no conquista a nadie. Parece más demente que de costumbre, lady Camellia...

La joven le sonrió porque él no dejaba de lado su «encanto» peculiar.

—Que tenga una buena noche, milord... —Ella le entregó su mano para que la besara y él correspondió con una venia y un beso gentil en su extremidad.

—Que descanse...

Roger se despidió del resto de la familia Preston y lo hizo con educación, estrechando manos y repartiendo sonrisas como si fuesen monedas a mendigos. Camellia sabía que esa cortesía aún no podía conseguir, estaba reservada para los caballeros.

—¿Cómo te fue esta noche, Roger? Te noto distinto —comentó su abuela acomodándose en el carruaje.

—Pensé que vería mi ejecución, tal vez estuve cerca, pero me salvé por lo que sé...

—O porque ellos te dieron la oportunidad de que no seas un canalla completo. Esta joven es un verdadero tesoro...

En ese instante, Roger sonrió como no lo hacía desde que era niño.

—Ni lo diga. Ellos se comportan como si en realidad estuviese hecha de oro. La dote es enorme y eso me tiene contento. No sabía que podría obtener tantas ventajas con esta mujer.

—Con todo lo que pone a tu disposición, ¿qué le darás tú?

—Lo que una dama necesita y más. Caí en cuenta de que no puedo pretender ser tacaño. Tendré que cambiar este carruaje por uno mejor, no quiero que la familia de milady piense que soy tacaño. Me juzgarán si no pongo un coche de lujo para que su hija se mueva.

—¿Y qué más, encanto?

—¿Qué quiere decir, abuela? Lo que ofrezco es mucho, considerando que tres días atrás ni siquiera quería casarme. No debería presionarme, ¿quiere que le ofrezca mi alma inmortal? No recito poemas, soy un matemático que, como mucho, boxea y eso es más de lo que se espera de mí.

—No me hagas pensar que eres poco iluminado, Roger. Me refiero al aspecto que a una mujer le interesa... Lo sentimental.

Roger guardó silencio un momento y pareció pensativo. Tendría una esposa y eso significa que podría tener placer cuando quisiera, aunque eso no era lo más importante en su vida, pero sí le interesaba de alguna u otra manera y más después de que volviera a tener un acercamiento con lady Camellia; sin embargo, eso no era sentimental. ¿Qué tenía él para ofrecer?

—Pues no lo sé. No me negaré a dormir con ella si lo desea y seré amable. Ella es una persona agradable a su manera, aunque lo es sin más cuando habla poco.

—No te niegues a quererla...

—No me negaré, pero tampoco me obligaré. Dejaré que las cosas pasen, no forzaré nada.

—Eso es mucho mejor que negarte desde un principio... —La anciana extendió su mano hacia la de su nieto y la cogió con fuerza —. Tengo confianza en que serás muy feliz y podré morir en paz sabiendo que no te pudriste entre las cuatro paredes de tu despacho. Para mí ese es el mayor consuelo. Ya después yo estaré jugando al ajedrez en el infierno, aunque sabiendo que eres dichoso.

Capítulo 23

En los días siguientes, Camellia comunicó a su padre cuáles eran las fechas para la fiesta de compromiso y la boda. John ofreció pagar ambos gastos, porque sabía que para lord Warwick esa gestión hasta sería considerada una molestia. Todavía no le agradaba su futuro yerno, pero le daría el beneficio de la duda, porque su hija estaba convencida de que él no representaba infelicidad, sino que lo veía como un objetivo por conquistar. Cuando a sus hijas algo se les metía en la cabeza, era difícil sacárselo hasta que se dieran contra la pared. No dudaba de que el conde fuese una mala persona, solo que era distinto al resto, que no pensaba ni sentía igual que las personas comunes.

Ambos eventos se llevarían a cabo en la casa de la familia Preston, aunque no en la de su tío, sino en la que no residía su hermano Dimitry, la mansión del conde de Preston, porque era más grande. Aquel lugar no lo había visitado muchas veces, ni tampoco sus hermanos, porque todo estaba como sus padres lo habían dejado, incluso las habitaciones de Dimitry, Daisy, Iris y la cuna en la que Camellia durmió su primer año de vida. Para su hermano mayor era doloroso entrar ahí solo por el afán de recordar, porque siempre decía que era un recordatorio de que había tenido dos madres y las dos lo habían dejado, la que lo parió y la que lo amó sin llevar su sangre.

Los sirvientes lo mantenían todo como si ellos nunca hubiesen dejado esa casa y que estuviera lista para verlos regresar, por eso resultaba imposible que quienes todavía recordaran su pasado, pudieran habitar ahí.

Camellia le envió una misiva a su prometido, esperando que se dignara a responder con una invitación para tomar el té. No quería parecer desesperada, pero no había dejado de pensar en él y en lo que le había contado su abuela. Tenía dudas sobre si el conde la

besaría en su casa, si compartirían momentos y tendrían hijos. Quería creer que era capaz de abrir su mente y su corazón. Se creía lo suficientemente buena para que aquel reconociera que sería fácil amarla si no estaba sintiendo algo por ella en ese entonces. La joven no podía mentir, dos besos y una cena fueron suficientes para que terminara sintiendo cosas extrañas por él y quería ser correspondida, lo añoraba.

Su familia primero quiso ser grosera con él, pero después, cuando él cogió al toro por los cuernos, ellos notaron que detrás de todo lo que creían existía la determinación férrea de que nadie podría humillarlo solo porque no era igual al resto en varios aspectos. No quería justificar a Roger, pero su actitud era la de alguien que desconocía muchas cosas y a quien no le importaba conocerlas. Para él, ser carismático con una mujer no era importante, no le daba nada más, ser un hombre inteligente le conseguía ventajas y tratos que lo llevaban a donde quería. Hacer que el hombre grácil con los caballeros se comportara de esa forma con las damas era el objetivo de Camellia. Quería ver a lord Warwick en su faceta de verdadero hombre caballeroso.

***

En casa de Roger, este no había cambiado mucho su rutina, aunque lo que hacía con mayor frecuencia era quedarse pensativo, algo que antes hubiese sido improbable. Miraba un punto fijo en la pared y dejaba de hacer cualquier otra cosa. Lo impensable para él era perder tiempo en la desconcentración, pero no podía evitarlo. Estaba pendiente de noticias de Camellia. Debía admitir que esperaba alguna sorpresa de su parte, porque ella era excéntrica por naturaleza. Ella era perfecta para el papel de dramática y exótica, no sabía si eso le asustaba o comenzaba a agradarle.

Por la noche no podía dormir con solo poner la cabeza sobre la almohada como antes, pues en sus pensamientos rondaba Camellia acercándose a él, provocándolo para que respondiera a sus intentos

de seducción. Pasaba su tiempo endurecido en la cama, considerando lo que le haría cuando compartiesen lecho.

De tanto pensarlo, llegó a la conclusión de que debía acostarse con ella apenas terminara la boda para poder continuar como antes. El problema era que tenía la cabeza tan caliente como el pantalón y ya no podía pensar con la claridad suficiente para continuar concentrado en lo importante. Esa debilidad masculina que lo llevaba a desear a una dama era lo que se había apoderado de él, por más que luchara, ya no podía reprimirla. No hacía falta su padre para llevarlo por el mal camino, él sin problema alguno podía meterse sin mucha ayuda. Se estaba convirtiendo en un hombre común y silvestre, arrastrado por sus más bajos instintos y deseos carnales. Creía que entre él y un perro en celo no había mucha diferencia, solo le faltaba colocarse en cuatro patas y el asunto estaba solucionado.

Cuando Donald entró al despacho con muchos papeles y una sonrisa, Roger lo observó con interés. Solo el sonido de su sirviente lo había sacado de su letargo.

—¿Qué te tiene tan contento?

—A mí nada, milord. Le traigo trabajo y una carta de lady Camellia...

Cuando Roger oyó que tenía una carta de la joven, su estómago dio un vuelco extraño. Estaba esperando eso. No quería parecer ansioso, pero extendió una mano para que su sirviente le diera el sobre. En lugar de lo que esperaba, le dio el resto de los papeles.

—La carta, Donald... —reclamó.

—Oh, perdón, milord. Usted siempre dijo que el trabajo va antes que las tonterías de una dama...

Donald lo estaba provocando un poco para aprovechar su distracción, pues estaba perdido en sus pensamientos desde que se

levantó de la cama. No era el mismo hombre de siempre. De hecho, desde que conoció a lady Camellia Preston, nunca volvió a ser lord Warwick, el hombre que solo se dedicaba a los números.

Al coger la carta, rompió el sello y comenzó a leerla sin perder más tiempo.

Estimado lord Warwick,

Me complace saludarte a través de esta corta misiva. Con alegría le comento que nuestra fiesta de compromiso y de boda serán en la residencia del conde de Preston. Nosotros nos encargaremos de las invitaciones y demás arreglos pertinentes.

Como le comenté la noche de su presentación como mi esposo, quisiera que tuviese en cuenta la invitación a tomar el té en su residencia. Mi compromiso es no robarle mucho tiempo.

Su pronta esposa,

Lady Camellia Preston.

El conde sonrió de una manera que Donald nunca había visto. Parecía gustarle lo que leyó en esa hoja.

—¿Dice algo agradable? —indagó Donald con curiosidad.

—No, solo dice que quiere que la invite a una tarde de té...

—¿Y qué hará?

—¿Crees que debo negarme después de saber que tendré mucho dinero a su costa y buenos negocios futuros con sus cuñados?

—Considero que podría peregrinar de rodillas hasta su casa, milord.

—Lo mismo pensé. La invitaré, aunque eso no significa que la atienda. Mi abuela está para esas cosas, conoce más lo que se conversa con las damas.

—Debería intentarlo por milady. No puede esconderse detrás de su abuela toda la vida.

—Está bien. La invitaré aquí, en mi despacho.

Su sirviente observó aquel desastre. Las pilas de papeles se extendían por ese lugar y los libros contables podían formar un juego de sillones para sentarse.

—Deberíamos limpiar este lugar, milord.

—Eso llevaría tiempo. Si tanto quiere conocerme, que lo haga por completo.

—No le golpee la mano si quiere tocar algo.

—No lo haré si no se le ocurre tocarlo. Es muy sencillo, me respeta, la respeto.

—Se está ablandando, lord Warwick.

—Debo ablandarme si quiero todo lo que ella me dará. No tendré que soportarla demasiado porque tendrá su lugar en la casa y yo el mío.

Mientras ellos conversaban, la abuela entró al despacho como una tromba, casi olvidándose de que usaba un bastón para caminar.

—¡Roger! ¡Roger! —exclamó la mujer con una sonrisa.

—¿Por qué entra así, abuela? ¿Y sus modales?

—¡Eso no me importa ahora! ¡Es Michael! ¡Es Michael!

Roger se puso de pie y frunció el ceño.

—¿Michael?

—Sí, su carruaje está frente a tu propiedad. Vamos a saludarlo.

La anciana cogió a Roger del brazo para que ambos pudiesen salir a recibir al primo de Roger.

Michael Rochester, conde de Belmont, llegó a la residencia de su primo porque aquel le había enviado una carta para que se encargara de su querida abuela, ya que también era la suya. Él podía tener muchos defectos, pero jamás dejaría abandonada a una anciana indefensa. Quería saber lo que estaba ocurriendo.

—¡Oh, Mich! —exclamó su abuela, que corrió a abrazarlo.

—Vine a salvarla, abuela. ¿Qué está pasando? —preguntó correspondiendo al abrazo. Después ella lo llenó de besos.

—¿A salvarme? Oh, no. Quien necesita ser salvado de mí es Roger, querido. ¡Estás más guapo que nunca!

Él levantó la mirada para observar a Roger, que se acercaba con lentitud. Extendió su mano para saludarlo.

—Por cómo describiste lo que ocurría, pensé que le habías hecho algo a la abuela. Sé que no eres el más amable con las ancianas ni con otras personas.

—Necesitaba que me salvaras de ella. No ha hecho más que presionarme para que me case... —confesó Roger estrechando la mano de su primo.

—Y no fallé, querido. Ahora iré a por ti. Roger te trajo a una trampa sin saberlo. Tengo a los caballeros más encantadores del mundo aquí, a mi lado, y no desaprovecharé la oportunidad.

—¿Cómo que no falló, abuela?

—Así como lo oyes. Roger se casará con una mujer preciosa y rica: lady Camellia Preston.

—No puede ser que lograra su objetivo, Roger. Ella siempre dijo que era más fácil casar a un libertino que a un matemático.

—No es como lo pinta. Milady hizo lo que estuvo a su alcance para tenerme. En términos sencillos: me compró. Todo es un gran negociado.

—¿Quién es la mujer que compró a este carcamán? Quisiera conocerla. Prometo no burlarme de su adquisición.

—Tendrás la oportunidad de conocer a milady. Ella quiere que la invite a un té. Abuela, puede encargarse de eso mientras le respondo que sí...

—¡Estoy más que encantada de ayudar! Mich, esa dama es tan excepcional. De hecho, si tu primo la rechazaba, pensaba ofrecértela, por supuesto que quiero que sea mi nieta y lo sería de cualquier forma.

Ese comentario fue un poco incómodo para Roger. A Michael no parecía importarle demasiado, pues él solo asintió con una sonrisa para no llevarle la contraria a una anciana.

Los tres entraron a la residencia y los sirvientes comenzaron a bajar los baúles de Michael para que este se acomodara en una de las habitaciones. Le ofrecieron una comida antes de que fuese a descansar. Tanto la abuela como Roger se sentaron con él para oír lo que tenía que contar sobre su vida. Dentro de lo general, no había nada nuevo que decir, pues aquel seguía en lo mismo. Sus pantalones no permanecían arriba mucho tiempo y, aunque no contaba eso con tanto orgullo como antes, le daba cierta reputación. No era lo mismo que una mujer levantara la falda que un caballero obtuviera experiencia con los pantalones en los tobillos. Se valoraba a los hombres con experiencia amatoria que, a la mayoría de las

mujeres, las hacía imaginar la fantasía de un esposo amoroso, pero en muchas ocasiones, eso distaba de la realidad.

Cuando Michael se retiró a dormir, Roger pudo responderle a Camellia para que esa tarde pudiera conocer a su primo. No podría esconder sus defectos familiares por mucho tiempo. Ella le presentó a los suyos y él no tenía que ocultar su vergüenza por más tiempo. No tenía a personajes impresionantes que presentar. Del lado de su padre, con que uno tuviese los calzones donde debía, podría considerarse un avance. Del lado de su madre, quizá todos murieron experimentando con algo peligroso, porque no sabía nada de ellas desde que era un niño.

Capítulo 24

La respuesta de lord Warwick llegó a manos de Camellia. Su madre la acompañó para romper el sello y leer. Martha no tenía mucha esperanza de que a lord Warwick le creciera un corazón que latiera por su hija.

—¿Qué cree que diga aquí, madre? —curioseó la joven antes de desdoblar la carta.

—No puedo asegurarte nada, pero cualquier frase educada podría considerarse una ventaja.

Estimada lady Camellia,

Agradezco su amabilidad al comunicar sobre los eventos próximos.

La esperaré esta tarde para la hora del té. Si su padre no está ocupado, también puede acompañarla junto a su madre. Mi abuela estará complacida de verlos.

Atentamente,

Roger Cecil, conde de Warwick.

La joven comenzó a saltar alrededor del salón con una sonrisa que partía su cara en dos.

—¡Me llamó «estimada»! —exclamó con felicidad.

Martha la miró con lástima y le sonrió con nerviosismo.

—¿Crees que eso es algo importante?

—Madre, por supuesto que sí. Viniendo de lord Warwick, esto es un evento canónico. Deberíamos hacer un baile o festejarlo de

alguna manera. Antes se había negado a llamarme así y ahora es todo tan distinto. Esto me da esperanzas de que no estoy invirtiendo mi tiempo en vano. Mi matrimonio prosperará, lo presiento.

—Mmm... Tal vez tenga razón. Es que estoy acostumbrada a otro tipo de afecto. Me alegra que veas lo mejor de las personas. Debo aprender a confiar más en tu instinto.

—Esta tarde iremos a tomar el té en casa del conde. Me ha invitado porque se lo he sugerido. Me di cuenta de un aspecto común entre los caballeros, si las esposas no mandan, ellos no saben qué hacer, así que debemos ayudarlos a tomar las mejores decisiones.

—Oh, querida. Confieso que te fijas en cosas que las demás no. Estás siempre a un paso de todas...

Camellia también sentía que estaba a un paso. El entusiasmo por estar consiguiendo sus objetivos la impulsaba a tener muchas más esperanzas que al inicio y las dudas que había estado albergando en su pecho se desvanecían. El camino a obtener su corazón estaba quedando libre de obstáculos.

Para la hora de la tarde, preparó uno de sus mejores vestidos de día y unas joyas sencillas. Deseaba que él la notara hermosa y arreglada, demostrando que sería una excelente esposa. No quería que aquel perdiera el interés, necesitaba hacerle ver que con ella las cosas serían hermosas, pero con su cuota de locura.

Su padre no podía acompañarlas porque no había alma en ese mundo que pudiese separar a John Preston de Cedric Harding cuando estaban en el despacho. Camellia estaba segura de que su cuñado pasaba más tiempo con el suegro que con la esposa.

Cuando llegaron a la residencia de lord Warwick, esperaron unos minutos para que un sirviente abriera. Las hizo pasar sin más

dilación y las llevó hasta el salón del té. Ahí se encontraba la abuela del conde, que las recibió con una calurosa bienvenida.

—¿Y lord Warwick? —preguntó Camellia esperando verlo ahí.

—Como siempre, en su despacho. ¿Le molestaría ir a buscarlo? Oí que ha dicho que quería que conociera su despacho.

—¿No le molestará que invada su refugio?

—Claro que no. Él mismo quiso que viera todo en estado natural, eso me dijo Donald, su asistente.

Para Camellia esa era una invitación para el pecado. No desperdiciaría ni una sola oportunidad de verlo a solas.

—Es sobre este mismo pasillo, a cuatro puertas de distancia. Creo que notará cuál es porque esa manija está más gastada que mi vida, querida.

—Iré a traerlo, madre...

—No es correcto que vayas sin una carabina. No puedes estar a solas con un hombre soltero en un lugar cerrado y menos en casa ajena.

—Madre, es mi prometido. Además, ¿a qué le teme? Él no me tocaría sin un palo de por medio. Sería incapaz de hacerme un favor.

—Oh, milady, su hija es entendida. Muy inteligente para saber qué ocurre con mi nieto.

Después de anunciar lo que haría, fue a buscar la puerta que la mujer dijo. A unos pocos pasos la encontró y era cierto que el pomo estaba gastado por la apertura constante. Tocó una vez, pero nadie respondió. Entonces, abrió con cuidado y entró en silencio.

Roger estaba ahí, sentado, concentrado en algo que parecía un cálculo. A ella se le ocurrió asustarlo, pero lo reconsideró; no quería

empezar con el pie izquierdo. Golpeó la puerta desde adentro y eso sí lo escuchó el conde, que levantó la vista.

—¡Lady Camellia! —expresó con sorpresa. Su corazón latía con fuerza—. Se toca desde afuera.

—Lo hice, pero no me escuchó. Soy bastante sigilosa...

Él se puso de pie e hizo una venia, aun así, ella no estaba conforme con eso, se acercó y extendió la mano para que la besara.

—Si es mi prometido, prefiero un poco más de su atención, lord Warwick.

Los dos caminaron hasta estar frente a frente y, sin decir nada, Roger cedió y besó la mano de Camellia.

—Usted siempre está intentando imponerse. En esta ocasión la dejaré pasar.

—Este es su refugio... —preguntó aún con su mano en la de Roger.

—Sí.

—Puedo hacer milagros en este lugar... —dijo refiriéndose a lo mucho que le gustaría ordenar ese desorden.

—El único milagro que hará es no tocar nada. Lo que hay aquí es sagrado. Una iglesia tiene menos de sagrado que este lugar.

—Ese es un pensamiento extremista, milord. La mano de una dama puede hacer muchos milagros.

—Prefiero besar su mano mil veces que dejarla entrar aquí y que haga su voluntad. No me llame demente por eso.

Ella colocó sus manos en el pecho de él y sonrió, juguetona.

—Su abuela me mandó a buscarlo. ¿Irá conmigo?

—¿Tengo otra alternativa?

—No, y lo sabe.

Los dos guardaron silencio por un rato. Roger ni siquiera sintió cuando su mano viajó hacia la cintura de la joven. Ella lo incitaba primero colocando la mano en su pecho. Antes de hacer una tontería infinita, la quitó con rapidez.

—Vamos ahora, no queremos que mi abuela se impaciente.

Al salir los dos al pasillo para ir al salón del té, unos pasos los siguieron, Roger lo oyó primero y volvió la cabeza para ver. Camellia también se detuvo a observar.

Michael estaba acercándose a paso lento. Su cabello estaba un poco enmarañado, dándole un aire despreocupado.

—Roger... Ella es... —Michael se detuvo y observó con interés inusitado a la joven que estaba con su primo. Sabía quién era, pero no podía creer la suerte que aquel había tenido al ser escogido por esa mujer. Era bella y se notaba la picardía hasta en su mirada.

Roger notó que Michael recorría la figura de Camellia y un escalofrío recorrió su espalda. No deseaba que aquel escudriñara a su prometida de ninguna manera. Tenía la sensación de haber puesto un banquete frente a un hambriento.

—Michael, ella es mi prometida, lady Camellia Preston, hija del letrado John Preston...

Camellia le sonrió con inocencia al extraño y se sintió feliz al conocer a un miembro más de la familia de lord Warwick. Aquel tenía el cabello más largo que su prometido y era rubio, sus ojos también eran grises como los de Roger.

—Es un verdadero placer conocerla. —Michael cogió la mano de Camellia y la miró con verdadero interés al hacerlo—. Llegué el día de hoy y mi abuela no ha dejado de hablar de usted y, considero que se ha quedado por el camino en cuanto a describirla. Es más hermosa de lo que dijo. No pensé que Roger tuviese tanta suerte. Mi nombre es Michael Rochester, conde de Belmont.

—Es un placer conocerlo, milord. Lord Warwick no me habló de usted, supuse que no tenía mucha familia. Me alegra saber que no está tan solo en este mundo. Pronto me tendrá para cuidarlo para siempre.

—Quisiera que me cuente un poco más de usted, milady. En verdad no dejo de estar sorprendido de que Roger escogiera tan bien. Estoy tan impresionado que me gusta. Y tú, primo, das buenos golpes y no solo como boxeador, ¡eh! —Michael golpeó a Roger en el brazo.

El conde estaba inmerso en la interacción entre Camellia y Michael. Ella se comportaba como siempre, con esa cortesía característica y sonrisa practicada que tienen todas las damas al conocer a alguien. Su primo no era más especial que cualquier otra persona o al menos eso quería creer.

Los tres entraron al salón del té y comenzó la presentación del otro nieto de la anciana a Martha.

Mientras que Roger cogió un asiento lejano como siempre, Camellia se sentó en un sillón largo y Michael no perdió el tiempo, sentándose a su lado para conversar con ella. Lord Warwick era de las personas que no hablaban demasiado y menos cuando algo no le interesaba, como era una tarde de té.

Desde su asiento, la interacción entre su primo y su prometida se estaba volviendo molesta para Roger. Este consideraba que a Michael se le estaba aflojando el pantalón y no podía evitar pensar eso al verlo arrastrándose en dirección a Camellia. Su sangre

comenzaba a hervir, pero no quería armar un escándalo en su propia casa y más porque era la visita de su pariente y no porque fuera un libertino de poca monta, él tendría que acusarlo de seducción. Esperaba que aquel tuviese la decencia de no intentar algo contra su propia familia.

—¿Es el anillo de la abuela? —preguntó Roger al observar la mano de Camellia con interés.

—Sí, milord. Lord Warwick me lo entregó de una manera un poco excéntrica, como todo lo que le rodea.

—Nunca me había fijado en lo hermosa e interesante que es esta joya... ¿Me permite? —pronunció pidiendo la mano de la joven.

Camellia extendió la mano hacia él y este hombre cogía su mano con delicadeza. Sonreía a pleno y parecía feliz con la joya.

—Sí, definitivamente la nueva portadora y este anillo son perfectos juntos —declaró, aunque sin soltar la mano de Camellia—. ¿Mi primo ya la ha sacado a cabalgar un poco?

—Tengo entendido que milord respeta mucho a los caballos y por eso prefiere que arrastren sus carruajes...

—Esa es una tontería. Roger, vayamos a cabalgar por Hyde Park.

Roger sorbió un poco del té y miró a Michael con seriedad.

—No me gusta montar. Si milady escogió casarse conmigo, sabe que no montará a mi lado y que, lo más probable, es que tampoco salga de cacería. No son cosas que acostumbro a hacer.

—Eso es lo mínimo aceptado en la sociedad, Roger. ¿En verdad quieres apartar a esta bella criatura de tu vida con esa actitud? Pues, milady, cuando yo esté por aquí, siempre tendrá un pariente

político que la ayude a montar. También me gusta recoger bayas silvestres en las propiedades rurales.

—Mi querido Michael es un verdadero encanto, milady. Él sí sabe tratar a una dama —dijo la abuela con orgullo—. Estoy de acuerdo con que salgan a cabalgar. Quizá mañana Michael pueda ir a buscarla. Roger no se molestará porque estará ocupado con lo de siempre. Sus negocios son más importantes que cualquier cosa.

Lord Warwick miró hacia Camellia que no parecía disgustada con esa idea. Eso no le agradaba. La verdad era que estaba sentado en esa silla para ahogarse en la bilis de su enfado. Michael acaparaba la atención de todas las damas ahí, mientras que su abuela le tiraba más tierra encima, demonizándolo como el pésimo prometido que era.

—¿Qué opina, lord Warwick? —preguntó Camellia al notar que aquel estaba más callado y molesto que de costumbre.

—Haga lo que le plazca, es libre de hacer las actividades que desee... —Roger se puso de pie.

—Roger, no irás a trabajar, estamos aquí con la visita que tú invitaste. Ni se te ocurra hacer un desaire —gruñó su abuela.

El conde tuvo que volver a acomodarse en su sillón y lo hizo solo con la intención de calcinar a Michael con la mirada y reprender a Camellia por su tontería al darle acceso a un libertino a su tiempo.

Capítulo 25

La joven podía notar que su prometido no estaba feliz con nada, aunque antes de que su primo entrara en escena, él se había comportado de una manera más agradable. Era evidente que no le agradaba la presencia de lord Belmont y que quería verlo lejos de su propiedad, al menos cuando ella estaba ahí. Para su mérito, la presencia de su primo era acaparadora, ya que lord Warwick no estaba acostumbrado a resaltar casi en ningún momento cuando se reunía con ella o con otras damas, aunque sí lo hacía cuando la conversación se trataba de algo que llamara su atención. Esa tarde no estaba contento y quizá fuese por celos, porque el pariente era alguien atento, quizá demasiado.

Su mente pensaba en alguna maldad, aunque podía salir mal porque comenzaba a conocer a su prometido y este no era chistoso y no le agradaban las tonterías.

—Considero que el asunto de la salida a caballo podría esperar un par de semanas. Tampoco soy una experimentada amazona para salir a demostrar mis habilidades al público… Lord Warwick, ¿no quisiera conversar conmigo sobre el orden que sugirió en su despacho? He tenido una visión de lo que pidió y quisiera mostrarle con esas montañas de papeles. ¿Recuerda que estuvo en el despacho de mi padre en estos días? Adivine quién se encargó de arreglar ese desastre. Mi madre pudo haberse perdido ahí…

Michael rio ante lo que decía la joven, al igual que la abuela y Martha, mientras que Roger estaba analizando la estrategia de Camellia y, para su buena fortuna, comprendió que ella quería salir de ahí con cualquier excusa.

—Venga, aunque será una de las pocas veces que la dejaré estar ahí, no quiero que se acomode.

Tanto Roger como Camellia se levantaron y fueron hacia la salida.

—Regresaremos pronto —anunció Camellia.

Tan solo al abandonar el recinto, ella sonrió y cogió la mano de Roger, que quiso separarse, pero aquella se lo impidió.

—¿Está enfadado por algo en particular?

Roger no respondió. Abrió la puerta de su despacho con la mano libre y la invitó a entrar. La dama no lo soltaba, lo que dificultaba la independencia en la caminata para los dos.

—¿No me responderá? Lord Warwick, puedo comprender que está celoso de su primo, porque usted no cuenta con tanto encanto como él, y no me refiero a su atractivo, sino a la atención que pone a los demás.

Esta vez, él se soltó con violencia.

—¿Celos de un libertino cara sucia? Por favor, tengo demasiado que pensar para preocuparme por los pantalones ardientes de otros.

—Es su pariente, solo quiere ser amable.

—¿Usted le compra eso? Dejó que tocara el anillo que yo le di.

—Ni siquiera tuvo la decencia de colocarlo en mi dedo, ¿qué tonterías está reclamando?

—¿Le molesta que no se lo pusiera?

—Absolutamente.

—Entonces entréguelo y corregiremos el error.

Ella no dudó y obedeció. Se quitó el anillo y lo entregó.

Lord Warwick suspiró y se lo colocó con cuidado, mientras que Camellia lo miraba con los ojos brillantes de emoción.

—Así se siente más real, lord Warwick.

—Evite a mi primo. Es alguien que no distingue familia, ni mujer. Pierde la prenda inferior con total descaro. Es mi antítesis y carece de mucha inteligencia.

—Me está cuidando, milord. —Camellia se colgó del cuello de Roger y este, en lugar de alejarse, colocó sus dos manos en la cintura de ella de forma posesiva, como si, en un descuido, alguien pudiera robársela—. Usted huele bien…

—Debería comportarse, milady… —la reprendió, aunque con un tono susurrado como si no quisiera que ella se ofendiera.

—¿Por qué no me llama Camellia? Me encantaría escuchar mi nombre en sus labios. Creo que sonará muy exótico.

—Eso es muy personal.

Ella sonrió y se pegó a la figura de él.

—Esa es la idea, que sea algo más personal, pronto compartiremos esta casa y otras cosas más.

—Espero que esas otras cosas más las compartamos lo antes posible.

—En menos de dos meses será nuestro matrimonio. ¿No cree que está bien?

—Está perfecto… —Sin decir nada más, él se acercó a sus labios y miró a Camellia como si le pidiera permiso para besarla. Cuando sintió su aprobación, no dudó en actuar a su gusto. Sentía que la única manera de calmar su enfado era con ella cerca. No quería ver

a Michael bailando frente a ella como un ave queriendo aparearse, enseñándole que era mejor que Roger.

Por supuesto que Roger sabía que no tenía las mismas habilidades amatorias que alguien que se dedicaba a entrar en hoyos desconocidos como liebre buscando refugio. Tampoco quería experiencia. Se conformaba con una vida tranquila con trabajo y su última adhesión: Camellia. Ella sería suya y eso estaba en su mente porque esa mujer lo buscó y lo quiso con todos sus defectos desde un principio, aunque no fuese con el más gentil de los objetivos. Llegó hasta él y no por ser el mejor, sino por ser el mejor de lo peor. Antes podría haberlo visto como un insulto, pero en esta ocasión lo veía de otra forma.

Le estaba cogiendo gusto a besar a Camellia porque ella era sencilla de querer y agradar, no le exigía nada, solo esperaba convencerlo de cualquier tomadura de pelo para aprovecharse, y eso ya no lo enfadaba. Esperaba sus tonterías de alguna u otra forma, pero las deseaba.

La joven le correspondía en el acercamiento con avidez, pues él no solía iniciarlos. Debía aprovechar sus momentos de guardia baja para convencerlo de que era lo mejor que podía tener. Nadie podía culparla de conseguir un esposo como lo hizo ella. Prácticamente lo había comprado ofreciendo sacrificios familiares, pero estaba consiguiendo congraciarse con él, entrar en su mente y apropiarse de lo que fuera que tuviese en el pecho y lo mantuviese con vida. Le gustaba lord Warwick y le atraía cómo era y cómo en esta oportunidad no dudó en defender de alguna manera su territorio, porque, lo quisiera o no, Roger era el dueño de su corazón.

Después de que disfrutaran de aquel momento un tanto íntimo, Roger la miró y, a continuación, observó a su alrededor.

—Espero que no toque nada de este lugar.

—Lo sé, milord, aunque mi predisposición está para cuando usted la desee. En casa de mi padre, acostumbrábamos a ordenar la biblioteca y los papeles del despacho con mucha paciencia. Desde que Iris se casó, me encargué sola. Los letrados saben revolcarse en papeles y los desordenan mucho. Para mí, este lugar es el paraíso del desorden, con mucho potencial para ser un infierno de orden.

—Si cambia de lugar las palabras, ¿cree que me convencerá?

—No, pero siempre lo intentaré, si no lo hago, no podría considerarme astuta, ¿o sí?

Él le señaló un asiento frente a su escritorio para que se sentara.

—¿No piensa devolverme la regla que tiene?

—Cuando nos casemos. Esa regla se encuentra de rehén en mi casa, si llegara a dársela, quizá no quiera casarse. No puedo darle la oportunidad de quedar libre.

Él rio ante lo que ella le dijo.

—Me caso con usted, porque es insistente. Si me da la regla, no romperé el compromiso.

—Pero, de todas maneras, guardaré ese objeto para entregársela en la noche de bodas. Tendrá que sacarla de mi escote.

—Un poco de decoro no hace daño, Camellia —musitó Roger con las mejillas sonrojadas.

—Sabe que estoy jugando. Procuraré traerla en uno de los baúles con todas mis cosas. ¿Cómo es la habitación de la condesa? ¿Tiene todo lo necesario o tendré que acomodarlo a mi gusto?

—No sé si tiene lo que usted requiere, pero puede conversarlo con mi abuela, que podría ayudarla mejor con eso. No sirvo para

cosas de mujeres. Si necesita cambiar algo, avise y se hará como usted pide.

—Eso es lo que deseaba escuchar. Usted aprende rápido cómo agradarme, Roger…

Él suspiró, puesto que se dio cuenta de que jamás podría sacarle ventaja a la que sería su esposa, tampoco le importaba mucho. Estaba resignado a que fue reclutado como esposo de una mujer que no esperaría que tomara una decisión, ella la tomaría al instante y después le informaría con consecuencias.

—He considerado ofrecerle como presente matrimonial un carruaje de los que construimos, unos de lujo, especialmente para usted.

Camellia se llevó ambas manos al pecho al oírlo decir eso. Se sentía retribuida en todos sus esfuerzos por casarse con él.

—No puedo creer que pensara en mí con tanta cortesía. Me complace saber que no me tendrá viviendo como un sirviente o un animal.

—Pese a todos sus defectos, es una dama. Además, no puedo ponerla en una situación que no le favorece, siendo que viene de un entorno de riqueza. Tendrá la misma vida…

—¿Y las bolsas de dinero?

—Es una sugerencia de su padre que quizá tenga en cuenta, pero como soy un poco tacaño, no sé si mi almohada podría aprobar algo semejante.

Estaba emocionada por el carruaje que él le daría. No pensó ser tan afortunada. Estaba más que feliz con eso.

Antes de que pudiesen seguir conversando sobre lo que sería el matrimonio, Michael entró al despacho. Aquel creía que encontraría

una situación más íntima, pero solo estaban sentados uno frente a otro, viéndose relajados.

—Disculpen, pero se olvidaron de regresar. Soy la carabina de esta casa. Milady debería estar con las damas bebiendo té.

Roger se tensó al ver a su primo invadiendo su espacio sin permiso. Ya lo tenía en la cuerda floja, con ese acto la cuerda estaba poniéndose más fina.

—Lord Belmont, regresaré al salón del té en un instante, mi prometido y yo estábamos conversando sobre la boda que será en un mes.

—Me alegra saberlo. Participaré en ambas porque me quedaré aquí para que después la abuela se venga conmigo a mi propiedad antes de que quiera buscarme una esposa por estar en periodo de éxito.

—¿Te quedarás tanto tiempo? —cuestionó Roger sin ocultar su molestia.

—No te parecía tan mal esta mañana, ¿qué ha cambiado?

—Nada. Regresemos al té. Camellia y yo podremos seguir conversando con todos presentes.

Antes de terminar la visita, Camellia recogió un par de flores para llevarlas a su casa. Las que el conde tenía ahí le gustaban y cada vez que tuviese la oportunidad las llevaría para adornar su habitación.

Con el pasar de los días, Roger prefirió visitar a Camellia en su residencia para que no tuviese que estar cerca de su primo, pues no le gustaba que aquel preguntara por ella y también hablara en su casa sobre lo hermosa que le parecía. Solo iba una vez a la semana por poco más de una hora y lo hacía de camino a sus negocios para aprovechar mejor cada salida. Siempre estaba calculando todo y eso

le daba tiempo para saber cuánto podría dedicarle durante el compromiso. En su última visita, él le comentó que debía ir a su astillero en Kent, en donde se armaban los barcos para la marina real. Prometió regresar para la fiesta de compromiso que estaba organizando. A Camellia no le gustó la idea, pero Roger era responsable y le gustaba hacer lo suyo, no podía detenerlo.

Mientras él se iba a su viaje de negocios, ella siguió con los preparativos con la abuela de aquel involucrado, y ella siempre llevaba a su otro nieto.

Al convivir más tiempo con el primo de Roger, Camellia se sentía más incómoda, pues este siempre se acercaba mucho y le llevaba flores del jardín del conde que sabía que le gustaban. Frente a los demás, él parecía amable y servicial, pero para ella era peligroso, porque no solo la miraba de una forma que la incomodaba, sino que también se acercaba demasiado.

Su prometido tenía razón al advertirle sobre él y por eso trataba de mantenerse alejada de aquel y se pegaba a la abuela cada vez que debía salir a buscar algunas cosas necesarias para la fiesta de compromiso.

Capítulo 26

Mientras Roger estaba camino a Kent, Camellia trataba de ser amable con el primo de su prometido. A ella no le agradaba que fuese tan atento con ella y tanto su madre como sus hermanos notaban su perpetua incomodidad al estar cerca de él.

—Alguien odia ser tratada como una dama que merece respeto —se burló William al ver el rostro de Camellia cuando abrió una carta de su futura abuela política.

—No es gracioso. Este hombre me sofoca.

—Así debe sentirse lord Warwick al estar contigo. Un pobre hombre sofocado por tu exceso de cariño hacia él —siguió Dimitry con la burla.

—Si verlo con flores del jardín de mi prometido no es raro y que apenas Roger se fue una milla, tampoco lo es, ¿entonces qué? Este hombre ha comenzado con sus presentes inoportunos apenas me vio sola.

—Eres preciosa, pero no creo que intente robar a la prometida de su primo. Eso sería muy deshonroso —alegó Martha, intentando no pensar como Camellia.

—Los que tienen un problema aquí son ustedes. Lord Belmont es un acosador sofisticado que quiere introducirse bajo la falda de Camellia. Lord Warwick puede tener más defectos que virtudes en la mitad de una mano, pero no intentaría nada contra su prometida, pero este caballero, no es él. Yo no confío en él y prefiero que las reuniones de la fiesta de compromiso las lleve Martha —alegó John, apoyando a Camellia.

—Siempre estoy presente, querido. Pensé que solo estaba siendo caballeroso.

—Por algo ella escogió al insípido lord Warwick, querida, porque le gustan los hombres con complejo de témpano de hielo. Es lo que persiguió y lo que obtuvo. Por supuesto que no me gustará alguien que se deshace en halagos y le da detalles que pueden parecer románticos. Este hombre llegó tarde y toca la puerta de la mujer equivocada.

—No lo había visto desde ese punto, padre. Tiene razón —replicó William, pensativo.

—Es lo mismo que creo. Lord Belmont es caballeroso, amable y gracioso, pero me incomoda su presencia porque sé que no le agrada mi prometido y me lo ha hecho saber. Roger no solo es bueno en los negocios, huele el peligro cuando lo ve.

—Debes hacerle caso a tus instintos y a las advertencias, Camellia. Esos siempre salvan de algo —recomendó su padre.

***

En casa de Roger, su abuela y Michael compartían la cena, cuando de repente, su nieto la miró con interés.

—Abuela...

—¿Qué quieres, cariño? No saldrás a hacer tonterías en la noche. No eres un murciélago.

—No quiero salir, abuela. Es solo que... Quería hablarle de lady Camellia.

—¿Qué pasa con ella? Es una joven perfecta y encantadora.

—Lo es, pero no es apropiada para Roger.

—¿Cómo que no es apropiada? Ella le ha cambiado la vida, es feliz.

—Siempre está serio, mientras que ella ilumina la estancia con su sonrisa. ¿Por qué dejó que ocurriera este compromiso? Él no la merece. Necesita a otro tipo de mujer y ella a otro tipo de caballero.

—Yo orquesté esto y no lo voy a deshacer, ni ellos dejarán que eso ocurra. Michael, no quiero que una mujer separe esta familia. Tu primo no te perdonará si haces una tontería.

—Debo ser sincero, yo la merezco más. Sabría cómo tratarla. Tengo mucho dinero y sé que podré con alguien exigente como ella.

Apenas él terminó de decir eso, la anciana cogió su bastón y lo golpeó en la cabeza.

—Esto es para que pienses mejor en lo que haces. No se te ocurra repetir esa locura o te negaré, ¿me oyes? Deberías estar buscando a una mujer soltera y no a la futura esposa de tu primo. Hagas lo que hagas, ella jamás te querrá, porque ama a Roger y ni siquiera lo sabe. Los milagros que hizo con él solo vienen de un lugar: del corazón. No vendrás tú a intentar destruir lo que están construyendo con esfuerzo.

—¿Cree que Roger la quiere? La trata como un mueble más. No la merece. Ella es delicada, armoniosa e inteligente. No entiendo la razón por la que se humilla con alguien tan frío.

—Déjala, a ella le agrada Roger y tú no. Él debe tener su encanto por más que no podamos verlo. No quiero que sigas pensando en una mujer que no es para ti. Estamos a un par de días de que este compromiso sea irrompible. Ni siquiera la propia voluntad de tu primo pudo doblar la estrategia y entereza de lady Camellia. Tú menos podrías hacer por tenerla, nada de lo que pudieras hacer cambiaría lo que ha conseguido. Ambos están

entusiasmados con este matrimonio. Déjate de tonterías —insistió la anciana.

Michael no estaba convencido de que no pudiese hacer algo. Solo que no quería tener problemas con su primo. Quería hacerle una propuesta justa para tener a esa mujer para él. Sabía que estaba mal haberse fijado en Camellia desde un principio, pero no pudo evitarlo. Cuando la vio, supo que ella no era como cualquier otra dama con la que se hubiese cruzado antes. Tenía algo especial, quizá lo que más le atrajo fue la viveza de sus ojos o su forma un tanto extraña para conversar. En lo único que coincidía con su abuela era en que la joven parecía poder controlar de alguna manera las mañas de Roger, porque cada vez que le hablan de ella, aquel parecía más tranquilo, con un par de arrugas en los ojos por sonreír ante la sola pronunciación de su nombre.

Lamentaba profundamente la situación y, por más que quisiera hacerse a un lado, la situación dentro de él era un problema con el que tenía que lidiar, porque mientras más convivía con la futura esposa de su primo, deseaba hablarle de sentimientos y un futuro prometedor con otro hombre distinto a su prometido. Podía arriesgarse, pero no lo hacía porque tenía cierto respeto por Roger. Consideraba que, si podía conquistarla por su cuenta, nada sería tan sucio después si pretendía a esa mujer.

***

En Kent, Roger había recorrido el astillero de cabo a rabo, subiendo y bajando de andamios como si fuesen simples escaleras. No le importaba el peligro, estaba satisfecho con todo lo que había conseguido, aunque ya no estaba tan obsesionado con todo lo que representaba su obra. Sí, estaba orgulloso de lo que su mente podía aprovechar, pero mirando aquello desde otra perspectiva, este mundo en el que él había vivido desde su infancia le parecía solo una parte, ya no era la totalidad, era una fracción de lo que le daba satisfacción. Para su desgracia particular, otra parte la ocupaba Camellia, su prometida. Esa persona que cuchicheaba en su oído y

que lo alentaba a perder la cordura con sus comentarios estrambóticos hacia él. En su último encuentro le dijo que, con tantos planes para la guerra, parecía un chupasangre.

Esa idea, en un primer momento, le hizo hervir la sangre y, después de considerarlo por la noche, momento en que siempre procrastinaba las cosas, se dio cuenta de que sí. Claramente, sus acciones no eran las de alguien que se sentiría escandalizado por una guerra, sino que su mente no pensaba en el dolor de las personas o las familias, consideraba el dinero que podría ganar con el negocio de las armas y la salud. La parte de botánica sería otra idea que estaba a punto de colocar en marcha, pues poseía anotaciones de su madre sobre las plantas del jardín, con nombres y cantidades de qué cosas podían usarse y para qué fin. Las encontró días atrás, mientras daba órdenes a Donald para que arreglaran esa habitación. El egoísmo de su progenitora al guardar sus hallazgos no le sorprendió, porque la misma había guardado todo en un lugar secreto de su habitación, detrás de un mueble. Nunca supo que ese escondrijo existía, solo cuando movieron un par de cosas, pudo hallarlo y, cuando lo hizo, sonrió. La que nunca había hecho nada por él, le daba una herramienta más para enriquecerse.

Durante el trayecto a Kent no pudo dejar de leer esas páginas y halagar la inteligencia materna. Tendría que darle las gracias en la tumba a su madre. Se tomaría con calma el desarrollo de los remedios que saldrían de las plantas que conservaba en su jardín. Cualquiera diría que debió sacarlas hacía tiempo, desde que la combinación de dos de ellas en un ambiente cerrado causó su muerte, pero sueltas afuera no causaban ningún daño, salvo que algún tonto juntara esas flores de manera inadecuada, como lo hizo su progenitora en algún experimento, porque ella no era tonta.

—¿En qué piensa? —preguntó Donald a su jefe, que tenía la vista perdida en el barco que estaban armando.

—En muchas cosas a la vez. En las notas de mi madre, en Camellia... Quiero regresar —dijo de repente.

—¿Está seguro? Pero acabamos de llegar. Deberíamos estar aquí una semana.

—Nunca fui de creer en presentimientos y, de hecho, no lo creo. Michael está ahí y no creo que sea una buena idea que se quede cerca de Camellia.

—Hace un par de semanas estaría feliz de que alguien estuviese detrás de ella.

—Tú lo has dicho, semanas atrás. Esa criatura maquiavélica es entrañable.

—¿La extraña?

—Por supuesto que no. Es molesta, ¿cómo podría extrañar a alguien con su genialidad? Ni siquiera puedo hacer cálculos en paz, porque ella salta en mi cerebro como una liebre que me distrae. Lo mejor es casarme o viviré pensando en Camellia, cuando sea mi esposa, se me pasará. Ya sabes, la serpiente es inquieta y no le gusta el tiempo ni la expectación. Debe ser solo eso, la culpo por ser hermosa y atractiva.

—Puede que tenga razón. Prepararé para regresar a Londres mañana a más tardar.

—Sí, mientras yo continuaré con los cálculos necesarios y con los que saben de navíos.

Durante ese día, Roger siguió reuniéndose con otras personas que sabían más de barcos que él y podían ajustar el modelo original para conseguir una estructura más sólida. Por la noche, fueron a una taberna para beber, ya que ahí no existían clubes como White's u otros. En ese sitio, un par de mujeres jóvenes se sentaban en los regazos de los hombres con los que él compartía un par de copas.

Una joven de cabello oscuro se sentó sobre él y fue como si todo su cuerpo se tensara de manera incómoda. No le gustaba la

sensación que sentía. Sabía cuál era el objetivo porque su padre le hacía frecuentar a este tipo de mujeres años atrás. Sacó un par de monedas de su frac y las colocó sobre la mesa.

—Con eso es suficiente para que se vaya —ordenó con molestia, aunque tratando de no ser maleducado.

La mujer sonrió, cogió las monedas y se fue.

—¿Está seguro de dejar ir a esa joven, lord Warwick? Es placer absoluto —habló uno de los que lo acompañaban.

—Estoy comprometida con la hija de John Preston. No me metería en un lío solo por una noche apasionada con una desconocida que, lo mínimo que podría tener son ladillas, caballeros. Ni con muchos intestinos de cabra solucionarán ese problema.

—Es cierto, no es bueno acarrear problemas con un señor de leyes como John Preston. Usted es un hombre de alto compromiso, lord Warwick. Por eso es tan exitoso.

—No siempre los exitosos son personas correctas, pero sí es más ventajoso para conseguir mejores tratos. Una mujer cualquiera no vale la pena para romper un pacto de matrimonio con una familia importante y con eso perder dinero sin poder hacer negocios. Debemos ser bastante inteligentes.

Sus acompañantes asintieron y después continuaron con su noche. Algunos de ellos prefirieron el placer y otros siguieron el consejo de Roger.

Al salir del lugar, Donald lo acompañaba. Ambos irían a la posada para descansar y salir al día siguiente para regresar a la gran ciudad.

—¿Cómo le fue esta noche, milord?

—Como podría irle a cualquier persona... El olor a promiscuidad se me ha pegado a la ropa. Recuérdame no regresar aquí ni para pararme frente a este sitio.

Capítulo 27

En Londres, Camellia seguía con los preparativos para el compromiso, aunque cada día que pasaba se sentía enferma. Llevaba al menos dos días con problemas en la garganta, la sentía seca y tosía con frecuencia, como si todo estuviese rasposo en sus pulmones.

—¿Estás bien, Camellia? —le preguntó Lily que fue a visitar a la familia.

—Sí, lo estoy...

—Te ves bastante desmejorada. La ausencia de tu prometido no te está ayudando demasiado —se burló.

—Regresará en unos días. Lo extraño, pero puedo sobrevivir un par de días con su ausencia... —Ella tosió—. Creo que voy a enfermar en la semana de mi fiesta de compromiso. Esto es horrible. No debería pasar así.

—Es cierto, es horrible. Debe ser una señal del cielo para que recapacites...

—No lo haré. Mi naturaleza es la irreflexión, Lily...

El mayordomo fue hasta el salón con un par de flores.

—Disculpe, milady, esto le han enviado de la casa de lord Warwick...

Camellia miró esas flores con cansancio.

—Reemplaza las que están en mi habitación. Lord Belmont es alguien que parece tener tan pocos escrúpulos como conciencia del bien y el mal... —masculló la joven.

—¿No deberías rechazarlas?

—Ya han sido cortadas, ¿para qué desperdiciar la belleza de estas plantas? Además, son del jardín de Roger.

—Qué tontería. Esas flores huelen a azufre. ¿Estás segura de que son flores comunes?

—Supongo que sí. A mí lo único que me importa es que son bonitas y pueden adornar mi habitación. Pondré otras en el salón del té.

Mientras las dos seguían con la costura, Camellia parecía mejorar de su tos, aunque siempre le pasaba lo mismo y durante las noches comenzaba a sentirse mal.

Pasó el resto del día tranquila y, después de cenar con la familia, fue hasta su habitación, en donde comenzó a toser como si le faltara el aire. Abrió las ventanas de par en par para respirar, pero al poco tiempo se desvaneció.

La señorita Bruster, quien tenía sus días contados en esa casa, seguía con su rutina de recorrer los pasillos de la residencia. Oyó la tos severa de Camellia y después un estruendo. Aquella se acercó a la puerta y golpeó.

—Lady Camellia, no es hora de estar jugando en su habitación. Debe descansar... —la reprendió, pero no escuchó nada. Lo que le hacía suponer que algo no estaba bien, porque si algo tenía esa joven era que debía discutir por todo hasta hacer quedar a los demás como tontos.

No le quedó más remedio que abrir la puerta. La encontró tendida cerca de la ventana.

—¡Lady Camellia! —exclamó asustada. Corrió hacia ella y trató de despertarla, pero estaba inconsciente—. ¡Milord, milady! ¡Alguien, ayúdeme!

La institutriz gritaba con la joven en la mano, pero parecía que nadie la escuchaba. Tuvo que dejar a Camellia en el suelo y salió a gritar en el pasillo.

—¡Ayuda! ¡Lady Camellia está desmayada!

Después de gritar, regresó junto a la joven para darle golpecitos en la cara.

—¿Qué ocurre, señorita Bruster? ¡Camellia! —vociferó su padre.

—Algo ocurrió con milady, milord. Oí que tosía y después un ruido tan fuerte...

—¡Camellia! —Martha se arrodilló junto a ella.

—Pediré a los sirvientes que vayan a por algún médico y la subiremos a la cama —musitó John con urgencia en su voz. A su edad pudo bajar esas escaleras como si fuese un jovenzuelo en sus veinte. Llamó a la servidumbre y ordenó que cada uno hiciera algo. Quienes sobraban fueron hasta la habitación de Camellia para que la ayudaran a colocarla en su lecho.

El médico tardó al menos un cuarto de hora en ir a ver lo que ocurría. Camellia había despertado, pero la tos no la dejaba tranquila, la había llevado hasta el vómito por tanto esfuerzo.

—¿Darle láudano podría ayudarla a dormir? —preguntó John al médico.

—Puede ser. En su espalda se oye extraño, como si tuviese pulmonía, aunque eso no explica los vómitos. Si sigue así, puede que...

—¡No se atreva a decir que Camellia puede morir! —rogó Martha alterada.

—Milady, no quiero engañarlos. La medicaré por una pulmonía, pero no es seguro que prospere sin conocer con exactitud lo que ha causado su condición. ¿Estuvo en contacto con algún enfermo?

—No, no, doctor. Todos estamos sanos en la casa. Su prometido está en Kent, la abuela y el primo de él se ven igual de saludables que nosotros. No ha convivido con otras personas.

—Quizá fue alguna enfermedad que adquirió en la calle durante alguna caminata. No lo sabemos a ciencia cierta. Haré todo lo que esté en mis manos.

Camellia quería hablar, pero apenas podía respirar. Su garganta se sentía rasposa por culpa de haber tosido como si no existiera mañana. No entendía qué ocurría. No se sentía mejor, sino peor y no quería morirse. No después de haber conseguido conocer lo que era el amor, aunque no pudiese decírselo a Roger, pues él no era alguien que estuviese acostumbrado a recibir esa clase de elogio, por eso no quería asustarlo diciéndole lo que su corazón guardaba.

—Padre... —pudo pronunciar entre jadeos en busca de aire.

—No te esfuerces, el médico te dará láudano.

—Quiero que lord Warwick venga aquí. Si me voy a morir, quiero decirle algo...

Martha comenzó a llorar al oírla decir eso. John estaba a punto de quebrarse al coger la mano debilitada de Camellia.

—Iré a buscarlo personalmente para ti.

—Gracias, padre...

El letrado no perdió tiempo y buscó a sus yernos para salir a buscar a lord Warwick. Por más que él quería evitarles dolor a sus demás hijas, tuvo que decirles la razón por la que se estaban moviendo a esas horas.

Mientras que él partía con esa parte de la familia, sus hermanas fueron a cuidarla o al menos a ayudar en lo que podían. También, un sirviente fue enviado a comunicar sobre la situación en la residencia del conde, en donde se encontraban la abuela y el primo de este.

Al recibir la noticia de una enfermedad en Camellia, la anciana no dudó ni un minuto en salir de la casa para ir hasta donde se encontraba la joven. Michael la acompañó, preocupado por lo que ocurría.

***

Apenas amaneció, Roger estaba listo para partir en compañía de Donald. No soportaba un día más estar ahí. Necesitaba regresar con urgencia. No pensó que alguna vez dejaría tan pronto lo que le importaba para ir tras una falda. Había desmerecido el poder de una mujer.

El tiempo de resistirse a la que sería su esposa estaba pasando. Hizo lo posible por seguir siendo el ogro que todos conocían, pero la realidad era diferente. Seguía con mal humor y sin aceptar que estaba siendo dominado por el mal llamado sexo débil, al menos no su prometida. Ella era la razón de mejora. Incluso Donald lo notaba, porque tenía más tiempo libre, pues él andaba visitándola o simplemente no podía dejar de pensar en la joven en lugar de trabajar.

—¿Seguirá leyendo su libro durante todo el camino? —indagó Donald con curiosidad.

—¿Las notas de mi madre? Sí. Estoy aprendiendo de flores. No sabía cómo se llamaban, pero ahora lo sé. Ella se encargó de dejar dibujos, sus nombres y atributos bajo cada uno de ellos. No sabía que el lirio podría ser tóxico, tampoco la adelfa y el oleandro, esos últimos son lo mismo, pero con nombre distinto.

—¿Cree que esas flores fueron las que la mataron?

—Tal vez. Según dice aquí, tienen vapores que pueden hacer daño, no deben consumirse y tampoco quemarlos. Recuerdo que ella guardaba los tallos secos de sus plantas, no sé con qué fin, solo que pudo haberlos quemado durante el invierno y eso la mató de asfixia, o tal vez se equivocó de hierbas y se tomó un té... No, no era una tonta. Debió ser un accidente o...

El conde guardó silencio al llegar a una malvada conclusión, quizá su padre, cansado de los desplantes de su amada esposa, decidió que ella debía morir por lo que tanto perseguía. Si él no podía tenerla, tampoco la botánica.

—¿Está bien, milord?

—Como dije, mi madre no era tonta. Alguien puso eso en su habitación o en su bebida... No quiero creer que fuera mi padre, él la amaba...

—Nunca lo sabremos, milord. Ambos están muertos.

—Si hubiese encontrado esto antes, tal vez podría haberlo averiguado...

—Es tarde para lamentarse, no podremos saber lo que le ha ocurrido a su madre.

No le gustaba pensar que el hombre sonriente y libertino acabara con su esposa por celos a lo que ella amaba. Podría estar satanizando a su progenitor, pero no era descabellado pensar de esa forma.

Mientras iban por el camino, el carruaje se detuvo con brusquedad. Roger miró a Donald y este puso su mano sobre el arma que llevaba en el frac para defenderlo y defenderse. Él también hizo lo mismo y esperaron lo peor.

—¡Lord Warwick! —llamó John, que bajó desde su carruaje y fue hasta el del conde.

Al oír su título, Roger bajó la guardia, confundido, hasta que John abrió la portezuela del carruaje.

—¿Qué hace aquí, milord? —interrogó con un nudo en el estómago.

—Es Camellia, necesita verlo... Ella está...

—¿Qué pasa con ella?

—Al parecer, tiene pulmonía y su pronóstico no es tan bueno como quisiéramos —lamentó John con la mirada lastimera de un padre con el temor de perder a una hija—. Ella pidió verle para...

Él estaba petrificado con lo que escuchaba. Su estómago revuelto era el menor de sus problemas. Aquel estaba hablando de una posible muerte de su prometida.

—Ella estuvo bien hace unos días...

—Lo dijo usted, milord. Empezó tosiendo hasta que anoche perdió el conocimiento y ahora no sabemos qué ocurrirá.

—No llegaremos pronto si vamos en el carruaje... ¡Quite un caballo! —ordenó Roger a su cochero.

—Lord Warwick, usted no monta desde hace años... —advirtió su sirviente.

—Es cierto, no debería arriesgarse... —pronunció Dimitry—. Lo necesitamos con vida.

—No serviré vivo, si ella está muerta, milord... —replicó Roger, que no sentía temor de lo que podría esperarle sobre ese caballo. No importaba que llevara años sin subir al lomo de alguno. Esa situación era de vida o muerte y no se pondría quisquilloso, Camellia podría irse y era algo que, dentro de sus sentimientos inmaduros, no podía superar ni controlar.

Frente a los demás parientes de la familia, este subió sobre el animal y lo azuzó levantando polvo a su espalda.

Los demás los siguieron. Los caballos de los yernos de John y los suyos estaban cansados por no haber parado durante el trayecto hasta encontrar milagrosamente a lord Warwick en el camino, ya alejado de Kent. Si aquel seguía un buen ritmo, llegaría para la noche.

Las ideas más aterradoras se arremolinaban en su cabeza mientras, con cada milla que recorría ese caballo se acercaba más a donde se encontraba Camellia. ¿Por qué ocurría esta desgracia cuando él comenzaba a salir de su mundo? Siempre supo que debía quedarse solo y no intentar ser alguien distinto. Ella lo persuadía para todo, porque se convirtió en una sirena que lo embobaba e hipnotizaba sin explicación. No sabía cómo cayó en sus garras, se resistió todo lo que pudo para protegerse de lo que no era seguro, como las matemáticas, y, a fin de cuentas, cayó sin remedio y en ese instante vivía cosas que nunca había creído poder sentir: miedo, preocupación y desesperación. Era una mezcla peligrosa que le envenenaba.

Aquel animal apenas daba para más cuando llegó la noche. Estaban a las afueras de Londres y, pese al cansancio de ambos, lo azuzó un poco más hasta poder llegar a la residencia del letrado.

Al bajar del caballo, sus piernas temblaban y casi no le respondían, pero su mente no podía dejar que su cuerpo lo detuviera. Golpeó la puerta de la residencia y, cuando el mayordomo abrió, se hizo a un lado dejándolo pasar.

Las hermanas y la madre de Camellia estaban recorriendo ese salón entre idas y venidas desde diferentes partes de la casa.

—¿En dónde está? —indagó sin saludar. En ese momento un saludo era algo que no se podía permitir.

—En su habitación... Déjeme llevarlo. Su abuela y su primo acabaron de subir a verla para darnos un respiro... —dijo Martha con la voz apenas audible. Se veía devastada.

La presencia de su primo era una piedra en el zapato, pero lo único que a él le importaba era ver a Camellia. Él asintió para que Martha lo llevara con prisa al lugar.

En la habitación, la anciana estaba observando a la joven, mientras que Michael caminaba entre la ventana y la cama sin poder hacer nada. Tocarla sería un delito, porque su abuela se encargaría de que perdiera una extremidad.

La puerta se abrió con brusquedad y, antes de que Roger siquiera pensara en pasar junto a Camellia, hablarle y después golpear a su primo, se quedó quieto al percibir el aroma. Ese mismo que los aposentos de su madre tenían cuando falleció. La teoría del asesinato por parte de su padre se disipaba y regresaba a su mente la hipótesis de que fue el aroma de las flores combinadas.

Él no perdió tiempo y se acercó a la cama, pero no para hablarle. Le quitó las sábanas que la cubrían ante la atenta mirada de todos y cogió en brazos a Camellia.

—¡Qué estás haciendo! —exclamó Michael, impactado.

—¡Lord Warwick! ¡Baje a Camellia en este mismo instante! —ordenó Martha, que estaba a punto de desmayarse.

Aquel no dijo nada más, sacó a la joven de la habitación a largas zancadas y la llevó a la intemperie, lejos de ese lugar. Tenía la esperanza de que se salvara.

—¡Lord Warwick! ¿Qué hace con Camellia? Necesita descansar en su cama —dijo Daisy con desesperación en su voz.

El conde ignoraba a todos porque estaba sumergido en la idea de que esto le salvaría la vida. Él se sentó sobre el césped y recostó

la cabeza de ella sobre sus muslos.

—Camellia... —murmuró acariciando el rostro de la joven con delicadeza.

Ella tardó en responder, pues el láudano la mantenía dormida.

—Mi lord Warwick... —musitó con dulzura.

—¿Recuerda lo que le dije de las flores de mi casa, esas que mataron a mi madre?

—No creo que sea el momento... —Ella tosió con fuerza—. Quería despedirme.

—Eres demasiado astuta para morir así, tan absurdamente. Esas flores de tu habitación son una mezcla mortal. Mientras más tiempo permanezcas ahí, tus pulmones lo sufrirán. Confío en que te recuperes lejos. ¿Por qué las cogiste?

—Lord Belmont me las enviaba. Me gustan las flores y no las pude rechazar...

—Pues debiste, porque Michael ha puesto sus ojos en ti y pudo acabar contigo.

—Roger, esto es una locura... Debe estar en su habitación... —masculló Michael con dureza.

Esas palabras encendieron la furia en Roger. Acarició el cabello de Camellia y le hizo un gesto a una de las hermanas de la joven.

—Sostenga su cabeza y haga que las demás tiren esas flores tan lejos como puedan y ventilen la casa si no quieren acabar como Camellia... —afirmó Roger dirigiéndose a Daisy.

Las otras escucharon, pero aún no se movían, pues sabían lo que pensaba hacer el conde.

Una vez que Roger dejó a Camellia. Este se puso de pie y miró a su primo.

—¿Pretendes quedarte con mi prometida, Michael? Entre tantas mujeres, ¿te atreves a mirarla? —increpó.

—Roger, tú no la quieres. Podríamos hacer un trato. Puedes volver a tu vida y yo me quedaré con milady. Ella merece que la adoren y halaguen. No merece tu frialdad y tu repudio, esa indiferencia de todos los días...

—La amas más que yo, según tus palabras; sin embargo, la estabas matando con esas flores. ¡Son veneno, maldito!

—¡No lo sabía! Solo quería ser amable con ella... —se justificó perplejo ante esa confesión.

—Ahora sabrás cómo es el dolor que le causaste...

Sin mediar otras palabras, Roger comenzó a golpear a su primo con los puños cerrados. Estaba cargado de resentimiento hacia él y utilizaba sus habilidades de Cambridge para darle la paliza de su vida.

—¡Roger! ¡Suelta a Michael! —exclamó su abuela al ver la izquierda de Roger en la quijada de su primo.

La situación era desesperante para Camellia, porque apenas tenía fuerzas para moverse y hablar alto era imposible. Quería que se detuvieran y lo conseguiría.

—¡Alto! —gritó Camellia consumiendo sus fuerzas en ese grito, lo que causó que Roger se detuviera.

Al oír la voz de Camellia, él le dio una patada a su primo y se acercó a ella, agitado.

—Lo merecía por querer matarte.

—No es botánico, no sabía de las plantas... Es desleal querer robarle la prometida a alguien, pero no importa cuánto intenten alejarnos, mi corazón te perseguirá siempre, porque te amo, lord Warwick...

El hombre miró al cielo y después al suelo al oír esas palabras.

—Si encuentras algo en mi pecho que se parezca a un corazón, debes saber que es tuyo, criatura diabólica...

Para Camellia esa fue la confesión de amor más sincera de su vida. Ahí era donde quería permanecer. Para siempre.

Final

Michael quedó tendido en el suelo bajo la atención de su abuela, porque Roger no podía dejar sola a Camellia, ya que, si lo hacía, continuaría golpeando a su pariente hasta matarlo por haberle querido robar a su futura esposa.

John y su séquito llegaron después de que todo el alboroto culminara y que la casa estuviese siendo aireada.

—¿Qué están haciendo todos aquí afuera? —inquirió John con el rostro cansado por no haber dormido—. ¿Qué le pasó a lord Belmont?

—Es una larga historia, querido... —dijo Martha tan cansada como su esposo.

Mientras que las damas resumieron lo que ocurrió a los recién llegados, Camellia descansaba bajo los cuidados de Roger.

—¿Crees que estoy muerta? —le preguntó a Roger.

—No, si lo estuvieras, no me verías, pues estarías en el infierno.

—No sientes compasión por mí ni siquiera cuando estoy cerca de la muerte.

—La compasión y yo no somos compatibles. Sabes que vendo armas y vendajes, ¿no es irónico?

—Son negocios...

—Sí, solo eso.

—Deberías practicar la empatía.

—Tal vez. Quizá contrate a un preceptor para mí, pero solo si tú te salvas...

—El médico debe venir a verme para saber cómo estoy... Lo más seguro es que sobreviva para verte siendo educado.

Un rato después, el médico llegó para atender a la joven y para su sorpresa, todos estaban en el jardín.

—¿Por qué nuestra enferma está en el jardín?

—Ella no está enferma, ha sufrido una intoxicación por las flores que tenía en su habitación, son las mismas que mataron a mi madre —respondió Roger—. El aire libre es lo que puede ayudarla a recuperarse y beber vinagre, al igual que algo que vi que anotó en su cuaderno. Decía vapor de eucalipto.

—¿Eucalipto? Eso no lo encontramos aquí... —aclaró el médico.

—Estoy seguro de que mi madre lo plantó en el invernadero. Ella dibujó la planta. Lo traeré. ¿Podría atender a mi primo? Alguien lo golpeó —comentó Roger señalando a Michael, que tenía el rostro magullado.

La furia de Roger contra su primo aún no terminaba. Le molestaba que el cariño fraterno de su infancia se fuera a la basura por sus acciones.

Donald también fue a la residencia de los Preston para ver cómo estaba su patrón. Para su buena fortuna, él le serviría para ir al invernadero y buscar lo que esperaban encontrar.

Durante el resto de la noche, una vez que el aire renovado entró a la residencia, Camellia fue llevada a la habitación de su madre, todavía sentía temor por regresar a la suya por temor a empeorar. La tos seguía, aunque ya no la hacía vomitar. Todavía sentía rasposa la garganta y la respiración pesada, como si alguien estuviese parado en su pecho.

Roger y sus parientes se fueron, pero el compromiso de lord Warwick era regresar con lo que él creía que sería la medicina, por más que esa planta no fuera autóctona de la isla, sabía que encontraría lo que fuese en su propia casa.

No se equivocó. En el invernadero, el olor de esa planta era escandaloso, pero agradable. Ni siquiera se aseó para volver a la casa de su prometida. Lo único que deseaba era regresar para que ella pudiese mejorar pronto.

Cuando se retiraba, Michael se acercó a él.

—Perdóname, no sé en lo que estaba pensando cuando me fijé en ella, Roger... No quiero perder tu amistad...

—Eso te pasa por pensar con la cabeza equivocada. Créeme, también pasé por eso con ella, pero lo que al final me mantiene cerca es su carácter, ella puede ser el equilibrio que necesito en mi vida. La mujer para ti no está aquí, sigue tu camino. Verás con el tiempo que tengo razón...

Aquel dejó a su primo en la entrada de su propia casa y se dirigió de vuelta a su carruaje, no tenía pensado regresar hasta que Camellia se recuperara.

Pasaron varios días hasta llegar al del compromiso. Lo tuvieron que cancelar porque, si bien Camellia estaba recuperándose, todavía la tos no la dejaba por completo. El vapor con la planta que había sugerido la madre de Roger era la solución perfecta para descomprimir su pecho, se sentía mucho mejor.

—Hoy debía ser nuestro compromiso oficial... —comentó Camellia que caminaba despacio, cogiendo el brazo de Roger, que tenía su mano sobre la de ella.

—Lo que importa es que existirá el matrimonio...

—¿Por fin quieres casarte conmigo?

—Para librarme de ti, por supuesto... Y también por todo lo que me has prometido. ¿Qué otras razones puedo tener?

—Quizá que me amas, ¿o no?

—Mmm... Si sobrevivo al primer año de casados, considérame enamorado...

—¿Y si no?

—Podríamos usar la regla que me debes para saber a cuántos pies de ti debo estar...

Ella se aferró a su brazo con más fuerza y le sonrió. Él correspondió dándole un beso en la cabeza, todavía les quedaba el camino a lo que en ese momento ambos esperaban con expectativa: la boda.

Fin.

Continúa con la serie Hijas de la desgracia

Una salvaje adorable

Dimitry Preston, conde de Preston, aún no se sentía listo para entrar al mercado matrimonial, pero sus deseos le resultaban ajenos a la suerte que tenía preparada a una mujer extraña en un callejón de la ciudad, alguien con el carácter más salvaje y apasionado que no imaginaba.

Lady Maud Mortimer quería dejar el encierro en el que su tutor la mantenía no solo para encontrar un esposo, sino también para tomar venganza por los años de sufrimiento. Por azares del destino, encontró al hombre perfecto para cumplir sus objetivos. Sin embargo, ella tenía un terrible defecto: no tenía aprobación ni dote para tentar al caballero a arriesgarse.

Una dama salvaje enamorada, un libertino tentado por una demente y un ajuste de cuentas, ¿serán capaces de llevar a algo bueno o cada quien sucumbirá a sus propios intereses?